

seaQuest dsv



La novela

**Universal Television
y Amblin Entertainment
presentan**

A large purple triangle with a white border. Inside the triangle, the word "seaQuest" is written in yellow, with a stylized yellow flame or leaf design integrated into the letter 'Q'. Below "seaQuest", the letters "DSV" are written in a yellow, stylized font.

seaQuest
DSV

**Novela de Diane Duane y Peter Morwood
Basada en la obra televisiva
de Rockne S. O'Bannon y Tommy Thompson
Idea original de Rockne S. O'Bannon**

Lectulandia

Año 2018. Los inmensos, oscuros y misteriosos océanos del mundo son... la última frontera. Y la única esperanza para la paz es el submarino más poderoso jamás construido:

seaQuest DSV

El capitán Nathan Hale Bridger dejó la Marina hace años. Ahora le han ofrecido la oportunidad de su vida: el mando del submarino de investigación más grande del mundo, el *seaQuest DSV*. Su potencial científico es asombroso. Pero también lo son los desconocidos peligros que acechan en el fondo del océano...

Lectulandia

Diane Duane & Peter Morwood

SeaQuest DSV

La novela

ePub r1.0

viejo_oso 24.08.14

Título original: *seaQuest DSV. The Novel*

Diane Duane & Peter Morwood, 1993

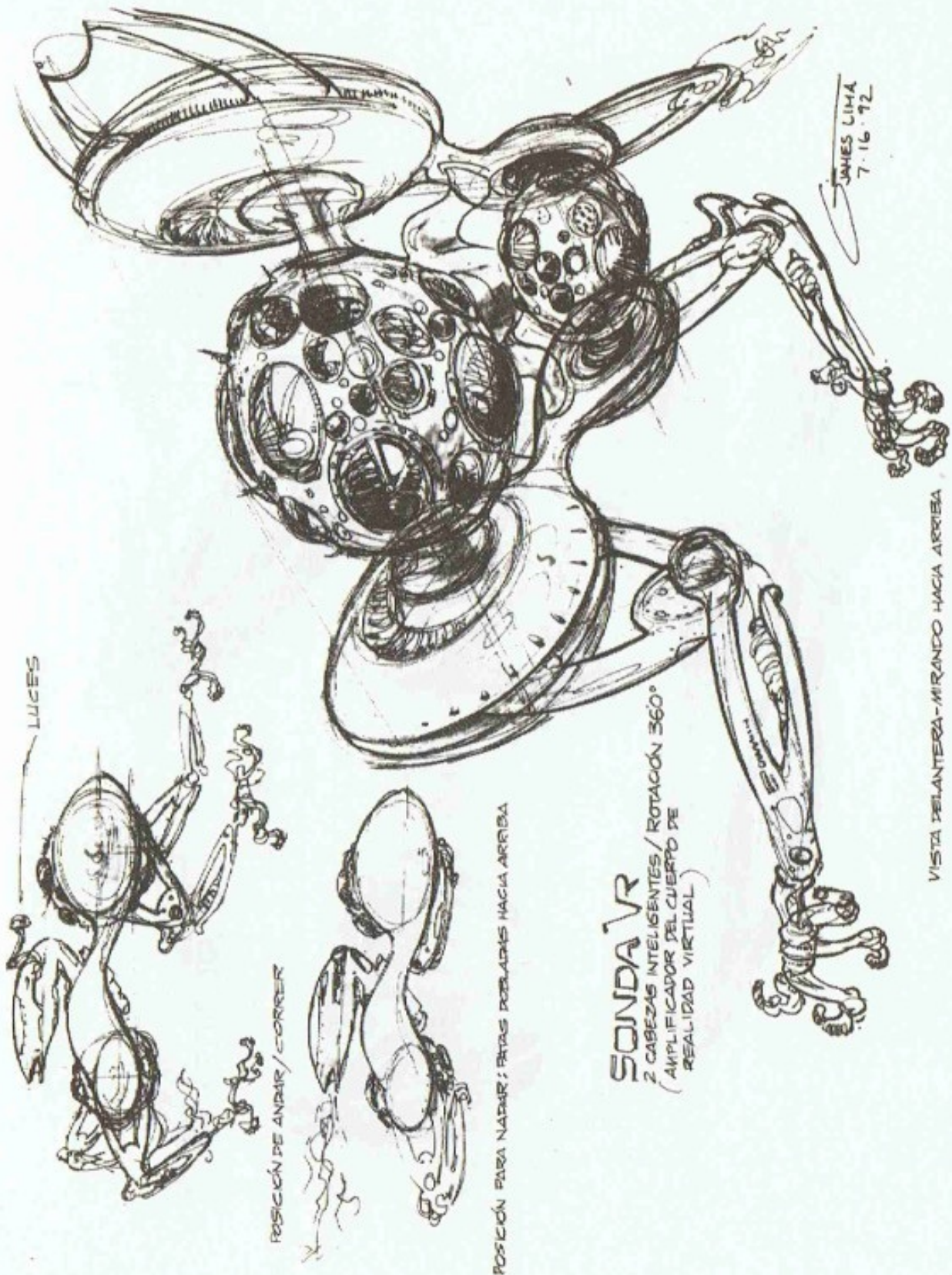
Traducción: Roger Vázquez de Parga & Sofía Coca

Basada en la obra televisiva de Rockne S. O'Bannon y Tommy Thompson

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



LUCES

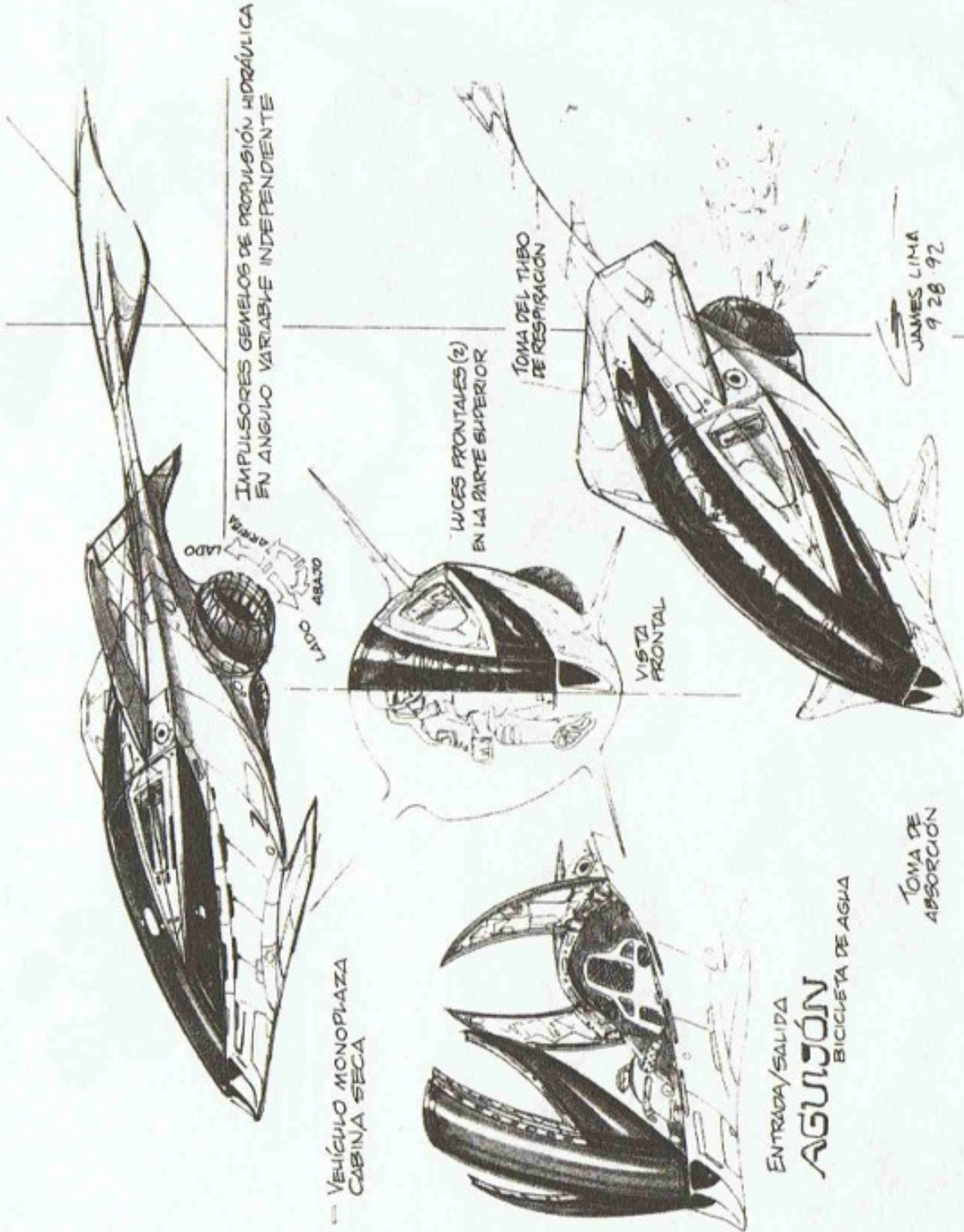
POSICIÓN DE ANDAR / CORRER

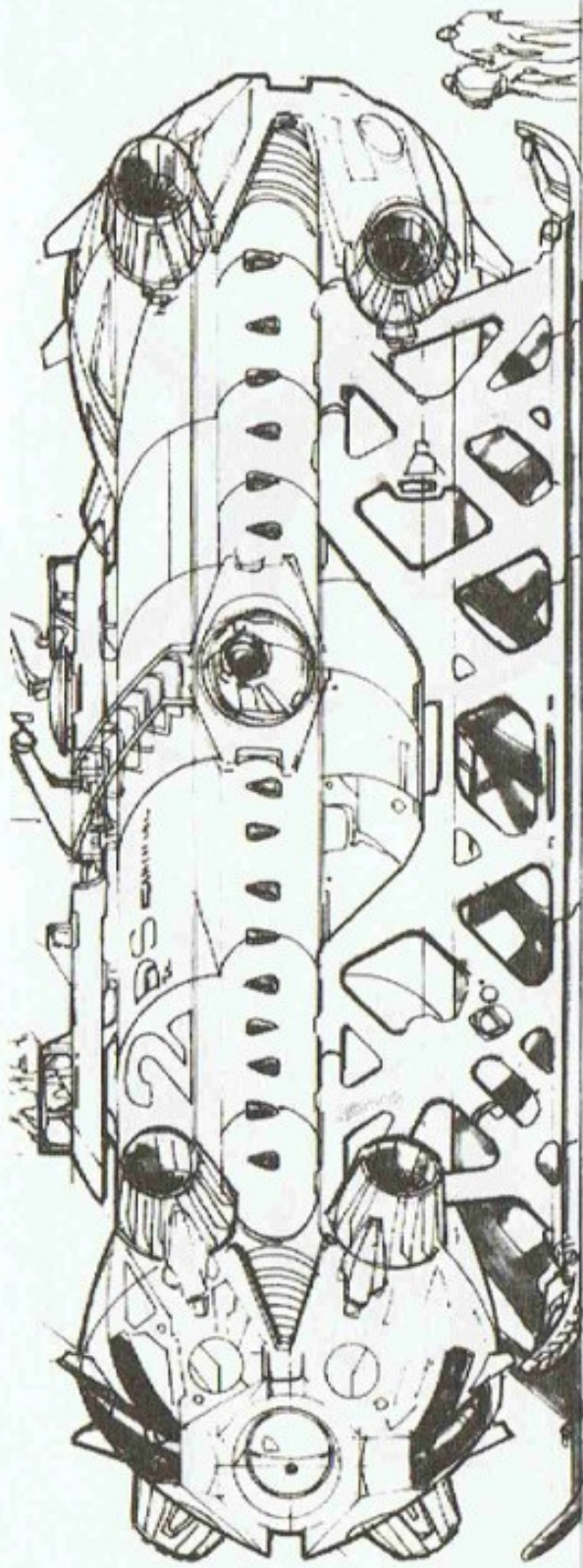
POSICIÓN PARA NADAR; BRAS DOBLADAS HACIA ARRIBA

SONDA VR
 2 CABEZAS INTELIGENTES / ROTACIÓN 360°
 (AMPLIFICADOR DEL CUERPO DE REALIDAD VIRTUAL)

JAMES LIMA
 7.16.72

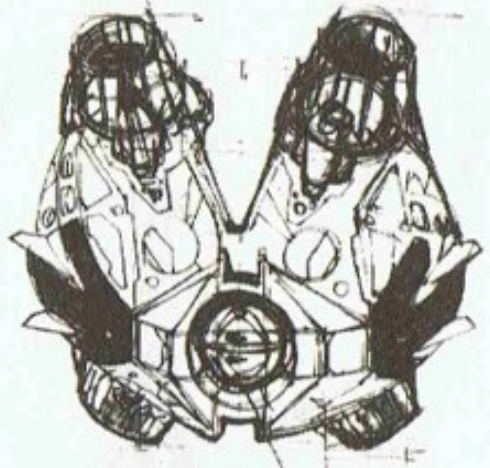
VISTA DELANTERA-MIRANDO HACIA ARRIBA





JAMES LIMA 1-18-93

StarQuest : NAVE TRANSBORDADORA



CABINA DE LA NAVE TRANSBORDADORA

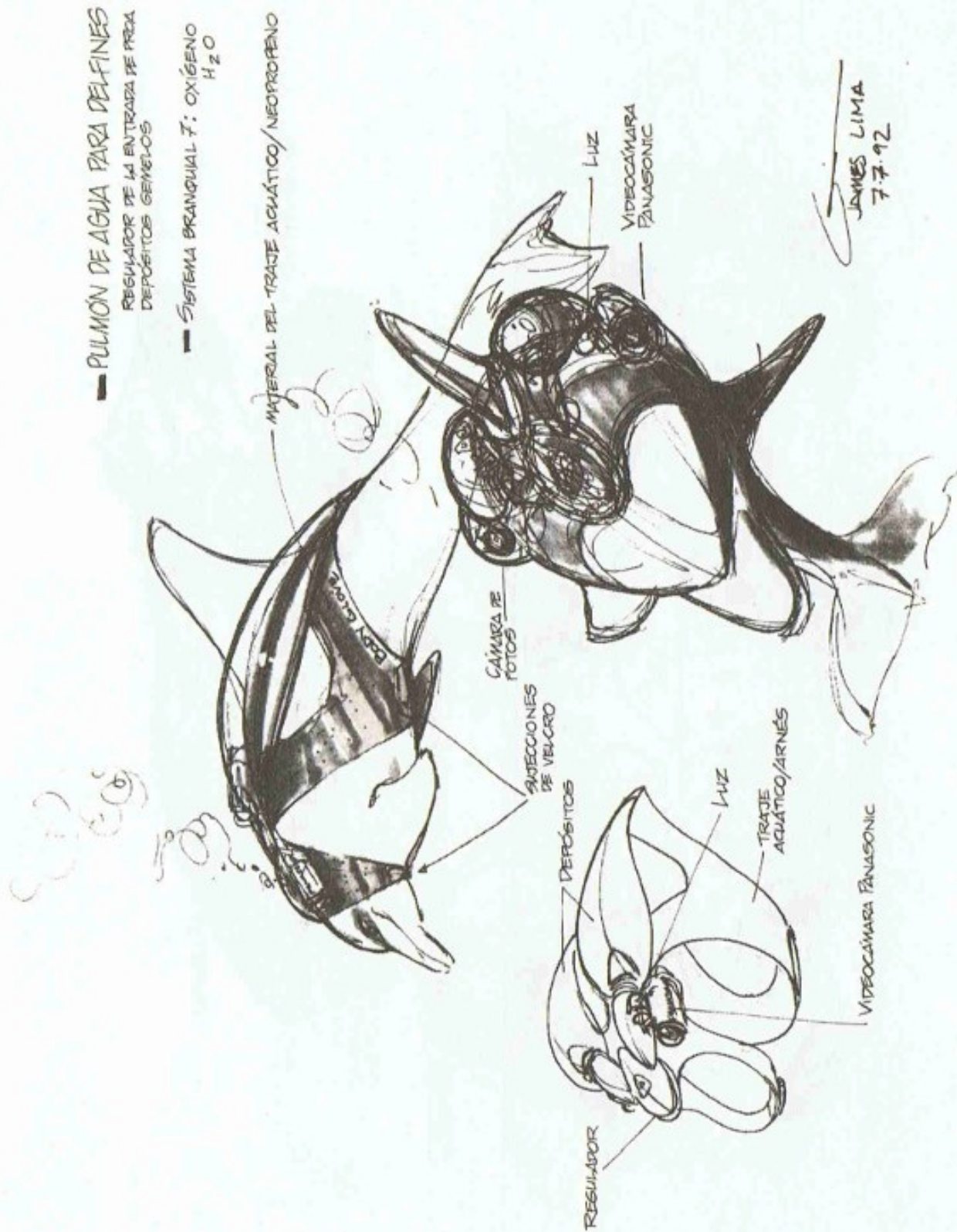
- CADA CABINA PUEDE RESPEGARSE
PEL MÓDULO DE PASAJEROS

UNIDAD DE ATRACHE/ENTRADA/SALIDA

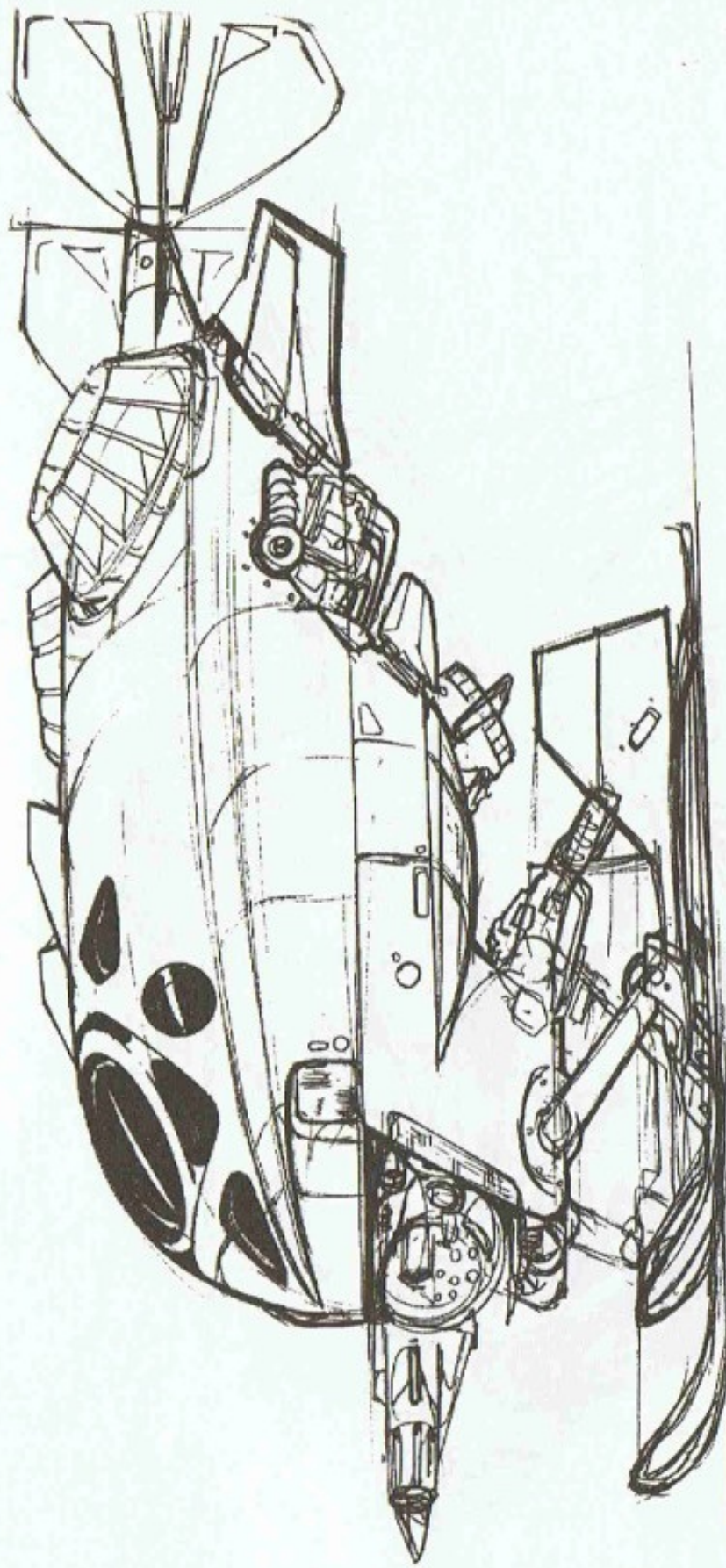
— PULMÓN DE AGUA PARA DELFINES
RESUMADOR DE LA ENTRADA DE FREJA
DEPOSITOS GEMEOS

— SISTEMA BRANQUIAL 7: OXÍGENO
H₂O

MATERIAL DEL TRAJE AQUÁTICO/NEOPRENO



JAMES LIMA
7.7.92

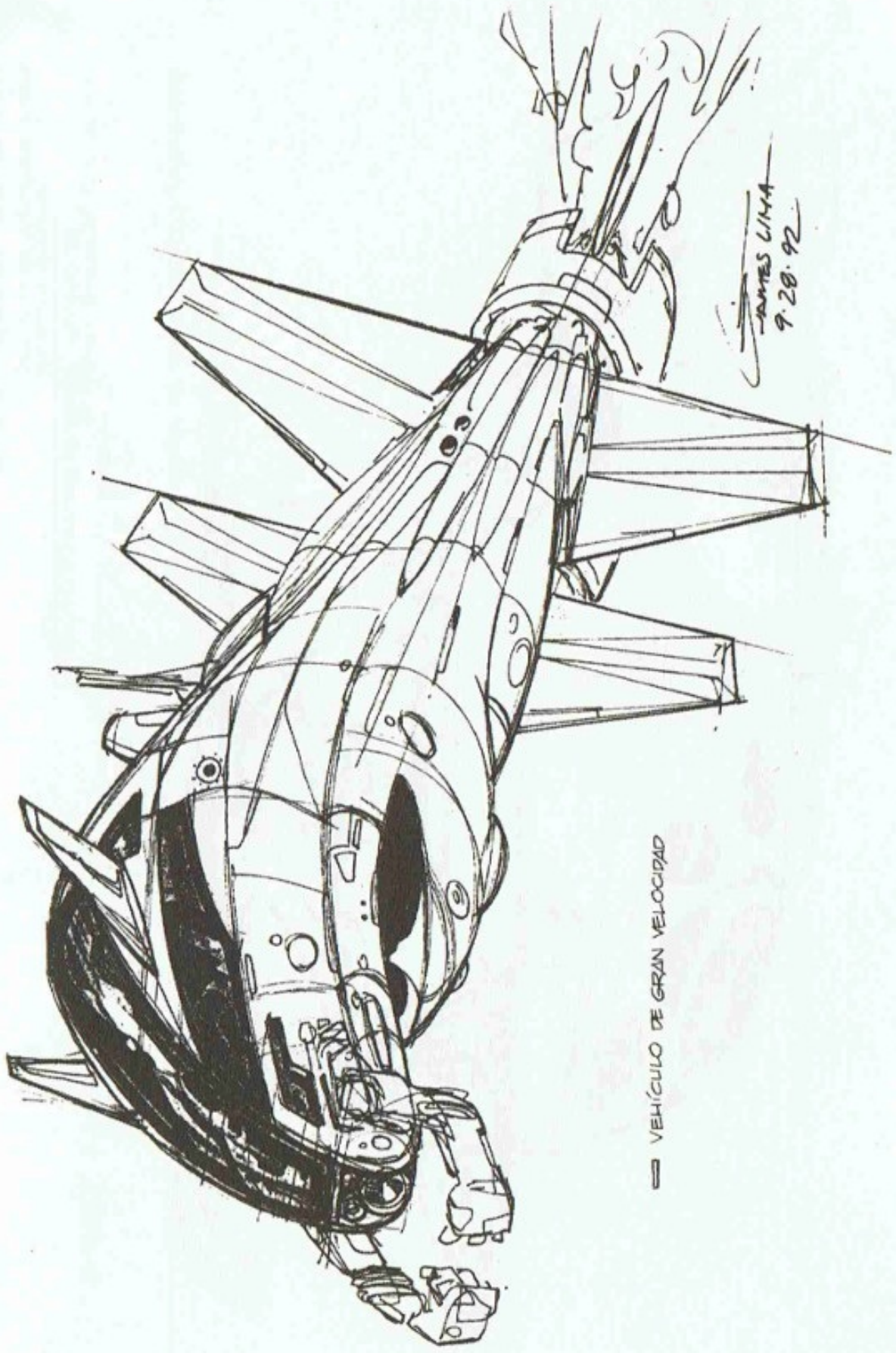


O.A.V. - 22

(VEHICULO MONOPLAZA DE ATAQUE - MODELO 22)

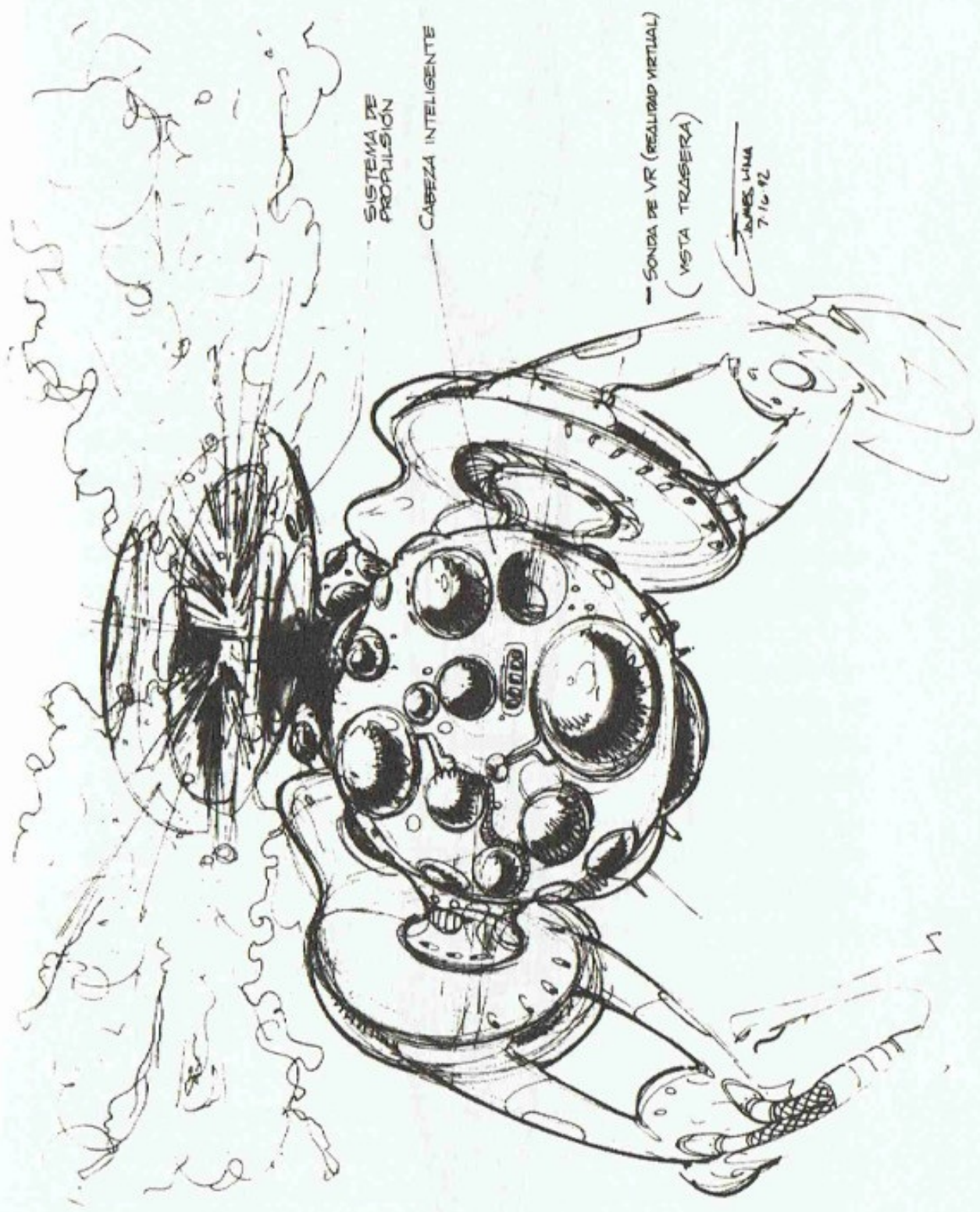
JAMES LIMA

10.92



JAMES LIMA
9.20.92

VEHÍCULO DE GRAN VELOCIDAD

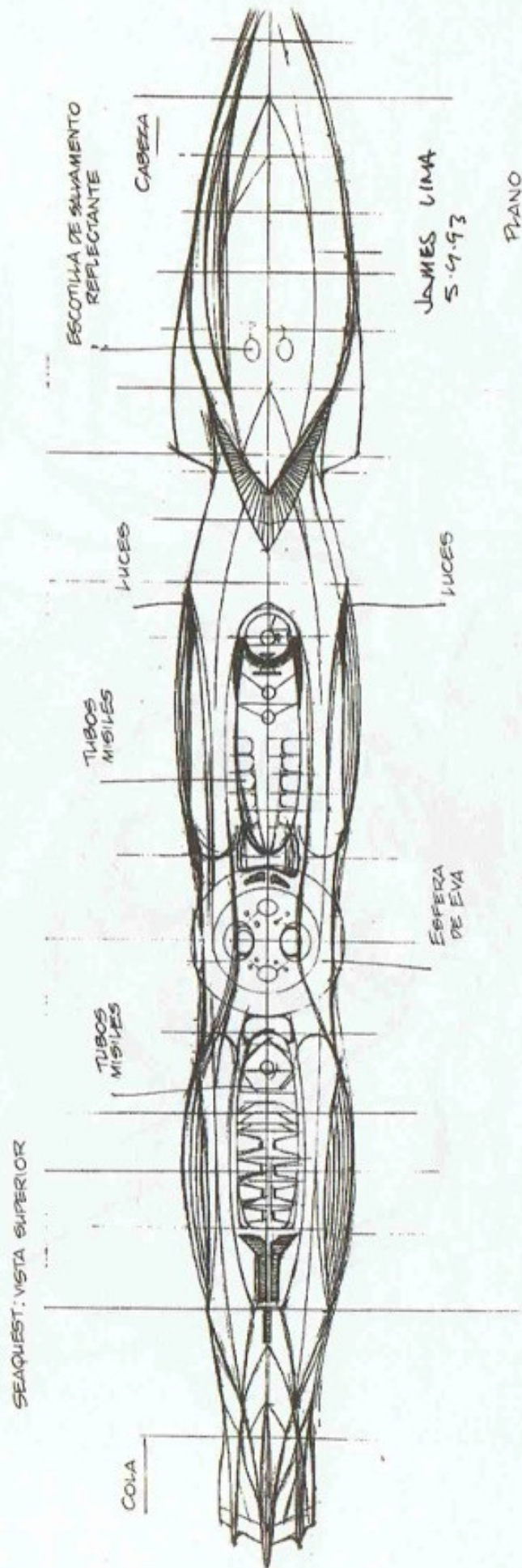


SISTEMA DE PROPULSION

CABEZA INTELIGENTE

SONDA DE VR (REALIDAD VIRTUAL)
(VISTA TRASERA)

JAMES LUNA
7/10/92



Capítulo 1

Todo el mundo sabe, sea o no marinero, que el mar puede volverse abominablemente duro y peligroso cuando se desencadena una tormenta. Pero hay que vivir bajo el agua para saber cuán tranquilo puede ser ese mismo mar tormentoso una vez que uno se sumerge bajo la superficie azotada por el viento y se adentra en las apacibles profundidades.

Existen campos mineros esparcidos por el lecho de todos los océanos, y los que bordean la Fosa Livingston se encuentran a doscientas cincuenta brazas de profundidad, a cuatrocientos cincuenta metros bajo las olas. Verdaderamente, éste puede ser un lugar muy apacible: tranquilo, quieto, oscuro y lo suficientemente alejado de los avatares del mundo y de sus confederaciones industriales como para permitir que un hombre se las apañe y consiga llevar allí una vida más o menos honrada.

Aunque tal honradez depende en gran parte de que ese hombre se quede en el lugar que le corresponde y no se meta donde no le llamen. En la segunda década del siglo XXI se está ganando tal cantidad de dinero, a costa de las excavaciones mineras del fondo del océano, que las profundidades han perdido cualquier rastro de su apacibilidad anterior. Las fronteras territoriales son ya tan notorias bajo el mar como en cualquier lugar en tierra firme.

Y están defendidas con el mismo celo...

Bobby MacLaine se hallaba inclinado sobre los mandos de su camioneta de reparto. Tenía las manos puestas en la palanca de control y la sujetaba con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos y sus dedos habrían podido dejar surcos en las gastadas barras de plástico. Aunque el vehículo ya avanzaba a toda velocidad, Bobby necesitaba sacarle un par de nudos extra al sistema de propulsión a chorro hidráulico de la camioneta. Se habría soltado del asiento y habría pateado el renqueante motor si ello hubiese servido de algo pero, a juzgar por los ululantes sonidos que el aparato había estado haciendo durante los últimos cinco minutos, Bobby era consciente de que le estaba sacando a aquel viejo equipo todo el partido que era posible sacarle. Y probablemente ni siquiera eso sería suficiente.

La camioneta —un vehículo de carga con una cabina esférica presurizada, añadida en la parte frontal a modo de parche de última hora— estaba pensada para realizar tareas de transporte en aguas profundas, no para ser protagonista de persecuciones a grandes velocidades. Veinte nudos no significaban en ningún caso una velocidad alta, pero sí serían más que suficientes si Bobby llegaba a toparse de frente con algún escollo. A aquella profundidad, el contenedor externo se rompería

como el cascarón de un huevo, y todo terminaría en milésimas de segundo. Y si el agua entraba de golpe no tendría tiempo ni siquiera de ahogarse. Bobby tenía veintidós años y no deseaba morir. Y mucho menos de aquel modo. Aunque quizá fuera menos doloroso, y ciertamente más rápido, que ser capturado por...

Echó una ojeada a los espejos y al repetidor de vídeo, que cubrían la parte trasera de la camioneta, y tragó saliva, nervioso. Todavía no había nada, aunque eso en realidad no quería decir mucho, pues, si corrían guiados por el sonar y con las luces apagadas, los tendría justo encima antes de que él pudiera ver nada. La camioneta de Earl disponía del sonar emisor que exigían las ordenanzas de seguridad de tráfico, pero éste era estrictamente unidireccional y sólo funcionaba en la dirección en que la camioneta viajaba. Nadie se había tomado nunca la molestia de pensar en una camioneta fija de alcance global. A nadie le había parecido necesario. Hasta ese momento.

Bobby se echó hacia atrás la vieja y sucia gorra de béisbol, se limpió el sudor de la cara con la manga de la camisa de franela, igualmente sucia, agarró el micrófono de la radio y tecleó uno de los canales de la base.

—¡Reef Runner a Home Plate!

No hubo respuesta alguna, excepto el indiferente siseo de las interferencias y el zumbido de la realimentación del propio sistema eléctrico de la camioneta.

—¡Vamos, Home Plate!

Se quedó mirando nerviosamente el micrófono y lo desconectó, pero después lo encendió de nuevo. Seguía sin obtener respuesta, a excepción de aquel ruido que producían las interferencias, semejante al del tocino al freírse.

¿No sería que estaban interfiriendo con otra radio?

No..., por allí abajo nadie disponía de aquel tipo de material, por lo menos nadie que él supiera. Pero ¿y si lo *tenían*? Volvió a echar un vistazo a los retrovisores y notó que la camisa empezaba a pegársele a la espalda.

—¡Vamos! —imploró—. ¡Vamos, contestad!

La voz que le respondió surgió de forma tan repentina que, aunque Bobby estaba deseando desesperadamente oírla, el sonido le sobresaltó.

—Home Plate a Reef Runner, adelante.

—¡Jenny, soy Bobby!

—¿Dónde demonios te has metido?

Bobby advirtió la preocupación que había en aquella voz, aunque matizada por la cansada ira y la impaciencia que ya conocía de otras veces, cuando a él le salía el tiro por la culata en alguna de sus osadas proezas. Era de esperar, sólo que Jenny no sabía lo serio que había sido este tiro por la culata.

A pesar de que ella no podía ver el gesto, Bob sacudió la cabeza con desesperación. Las explicaciones tendrían que esperar para más tarde, ya que de otra

manera tal vez no hubiese un «más tarde» para él.

—¡Déjalo! ¡Ábreme la compuerta principal, deprisa! ¡Voy a entrar y traigo compañía!

No obtuvo respuesta, excepto el chasquido que se produjo cuando Jenny cerró el micro; luego, la realimentación del canal abierto cambió de un confuso siseo a un zumbido profundo y siniestro, parecido al de un enjambre de avispas. Bobby tragó saliva. Un solo motor no podía generar tal cantidad de interferencias por mucho que se lo estuviera forzando. Tenía más compañía de la que había imaginado. Volvió a mirar a los retrovisores y lanzó un juramento en voz baja al ver que un resplandor amarillo comenzaba a dejar estelas luminosas a lo largo de la pantalla.

El resplandor se hizo más brillante, se dividió y se convirtió en dos fuentes de luz que continuaban acercándose.

—Oh, oh, Bobby —murmuró para sí, deseoso de oír alguna voz compasiva, aunque fuera la suya propia—, fíjate bien en lo que haces...

Las camionetas que le perseguían se acercaron aún más y Bobby llegó a la conclusión, a juzgar por su batería de luces en cuadrángulo, que una de ellas era la enorme semivariante provista de tres cubiertas. Eso significaba que tenía un propulsor a chorro hidráulico muy resistente; más velocidad si estaba sin carga, como seguramente estaría, y un peso mayor en el caso de que el conductor tratara de aplastarle, cosa que seguramente intentaría si lograba alcanzar la camioneta que Bobby se esforzaba por lanzar frenéticamente a la carrera. Las colisiones eran un tipo de accidente con una fácil explicación, puesto que ocurrían con bastante frecuencia en las aguas, a menudo turbias, de los campos mineros, a pesar de las luces y el sonar; pero, debido a los chorros de desaceleración, que se disparaban automáticamente cuando se detectaba un eco de proximidad, por lo general no eran fatales.

Por lo general.

Bobby MacLaine sabía bien que, en caso de que llegara a producirse, su colisión sí *sería* fatal. Aunque tuvieran que chocar con él una docena de veces para asegurarse de que fuera así. Les había hecho enfadar lo suficiente. Entonces vio la brillante luz azul del faro de Home Plate y sonrió con alivio.

Blink-blink. Blink. Blink. Blinck-blink.

A menos de quinientos metros de distancia el faro hizo una pausa y repitió luego la señal siguiendo siempre la misma pauta. Bobby inclinó la palanca de control de la camioneta únicamente los grados necesarios para alinearse en dirección a las compuertas de la cámara de aire del puesto avanzado MacLaine. El vehículo se desvió amenazadoramente al correrse en el contenedor el cargamento de muestras de mena, puesto allí a toda prisa, así que Bobby corrigió el rumbo con un par de chorros procedentes de los propulsores de maniobras. Ya casi había llegado a casa y, de

momento, no estaba muerto en el agua.

Seguía sin recibir otra respuesta de Jenny, probablemente como precaución por si había alguien escuchando en el mismo canal, pero el faro de identificación le indicaba que ella estaba haciendo lo único que era posible hacer. Los faros de los puestos avanzados emitían normalmente una luz blanca, y el cambio al azul significaba que la cámara de aire principal estaba abriéndose. Al mirar a través de la penumbra del fondo del mar, con los ojos entornados para tratar de evitar el resplandor de los instrumentos de su propio salpicadero, Bobby comprobó que, en efecto, las macizas puertas se abrían hacia atrás. Lo único que tenía que hacer era conseguir llegar hasta ellas antes de que las dos camionetas que le perseguían le dieran alcance a él...

Entonces fue cuando la unidad de propulsión a chorro hidráulico de la camioneta se puso a toser y, luego, empezó a rechinar con un estruendo que Bobby no había oído nunca antes. Y que no quería volver a oír, porque sonaba como un triturador de basuras que estuviera engullendo vidrios rotos. No le hizo falta mirar el indicador de lectura para saber que la pequeña camioneta estaba perdiendo el rumbo. Ya lo notaba él. El vehículo entero se había estremecido como si el agua que lo rodeaba se hubiese vuelto espesa de repente y, aunque la vibración de la desaceleración duró sólo un instante, antes de que el propulsor volviese a funcionar, aquel instante había sido lo suficientemente largo como para que las luces que aparecían en la pantalla retrovisora se acercaran cada vez más.

—Vamos, dulzura —canturreó Bobby, reprimiendo un renovado deseo de emprenderla a puntapiés con el motor y decidiendo, por el contrario, ni insultarle siquiera—. Vamos, tú puedes hacerlo...

Como si se hubiera visto espoleado por aquellas palabras de ánimo a realizar un esfuerzo mayor, el chorro de agua gimió tenuemente y aumentó su potencia en unas cuantas revoluciones. No lo bastante para dejar atrás a las camionetas perseguidoras, pero sí lo suficiente para mantenerlas a la distancia anterior.

Las puertas de la cámara de aire se inmovilizaron momentáneamente y, justo antes de que empezaran a moverse de nuevo, la luz del faro se volvió roja, confirmando lo que ya le habían dicho a Bobby sus propios ojos, que la cámara de aire no estaba abriéndose, sino cerrándose...

La camioneta de Bobby, lanzada a toda velocidad, se encontraba a doscientos metros, y se acercaba...

Los avispones que le pisaban los talones se encontraban a cien metros por detrás, y se acercaban...

Bobby MacLaine se pasó la lengua por los labios e hizo una inspiración profunda, consciente de que podía ser la última si el peso de doscientas atmósferas de agua le aplastaba. En vez de correr el riesgo de dejar que las camionetas que le perseguían

entrasen tras él en la cámara de aire, Jenny confiaba en la habilidad de Bobby como jinete cabalgando en un chorro de agua. Era, desde luego, una confianza que podía matarle si ella se equivocaba; pero que los perseguidores consiguiesen entrar en el puesto avanzado podía suponer la muerte de todos. Aquél era un territorio notoriamente hostil, y lo mismo podía ocurrirle un accidente a una cúpula de presión que a una camioneta... Bobby dirigió una sonrisa nerviosa al reflejo de su propia imagen, dejó de apretar con tanta fuerza la palanca, estabilizó la camioneta presionando ligeramente con la punta de los dedos y dirigió la pequeña nave hacia la abertura existente entre las puertas.

«¡Demasiado estrecha! ¡Te vas a estrellar, con toda seguridad!», le gritó una voz, presa del pánico, desde lo más profundo de la mente. Intentó ignorar aquella voz. Ya lo había hecho antes, en una ocasión, y tanto Earl como Jenny le echaron una bronca de campeonato. ¿Por qué le asustaba tanto hacerlo de nuevo, si esta vez tenía permiso? No había ninguna diferencia. Sólo que si el miedo se lo impedía no le quedaría ningún otro sitio al que dirigirse. Las otras camionetas le darían caza y... Bobby apartó de la cabeza aquel pensamiento.

Cien metros y acercándose...

Se acercaba a veinte nudos, más que suficiente para cometer un error fatal si actuaba con torpeza. A doscientas atmósferas, difícilmente iba a vivir lo suficiente como para sentir las consecuencias de un error si su cabina se resquebrajaba. Las compuertas exteriores de la cámara de aire se estaban cerrando poco a poco, como las mandíbulas del gran tiburón blanco que Bobby había visto en cierta ocasión en un vídeo educativo del Canal de la Tierra; a cámara lenta, sólo que sin dientes, pues no los necesitaban, ya que, aun sin los impulsores hidráulicos, cada una de las válvulas pesaba diecisiete toneladas y, tanto si ellas le aplastaban como si él se estrellaba contra ellas, la diferencia sería mínima.

Pero aquello no funcionaba a cámara lenta. Las compuertas se movían a tiempo real, y él también.

—Allá vamos, Bobby, muchacho —susurró para sí mismo y para la camioneta, al tiempo que se lanzaba hacia las compuertas—. ¡Piensa con claridad..., piensa con claridad!

Y por fin supo que los había vencido.

La camioneta entró disparada en la cámara de aire, con el espacio tan justo y a tanta velocidad que la onda de presión produjo un momentáneo estremecimiento en los bordes de acero de las puertas. No quedaron más de veinte centímetros de holgura a cada lado, pero incluso veinte centímetros fueron suficientes. Bobby sintió y oyó aquel estremecimiento, vio que la pantalla retrovisora se llenaba brevemente de enmarañados remolinos de burbujas plateadas, arrancadas del agua por el paso de la camioneta, y vio también cómo sus perseguidores viraban frenéticamente hacia un

lado para evitar las planchas gemelas de metal, que ya se encontraban demasiado juntas para permitirles pasar.

Se echó a reír, con la risa salvaje que produce la tensión, y seguía riéndose cuando el sonar chocó con la parte trasera de la esclusa de aire del puesto avanzado y emitió el agudo sonido que avisaba de la colisión. La ráfaga de empuje de los frenos zarandeó la camioneta, como si se tratara de una rata entre los dientes de un terrier, y despidió fuera del asiento a Bobby, que no dejó de reírse ni siquiera cuando dio con su trasero en el suelo.

Ya había contenido la risa cuando entró en la sala de control, aunque no podía dejar de sonreír. Tampoco podía evitar que le temblaran las manos pero, como era habitual en él, nunca lo hubiese admitido. Aquel lugar era igual que la ropa que Bobby llevaba puesta, igual que la camioneta, igual que todo lo que había allí: un poco gastado, un poco sucio; pero amorosamente conservado y por completo funcional. Bobby nunca se habría atrevido a decirlo en voz alta y, de haberlo hecho, quizá le hubiesen calentado las orejas, pero Earl y Jenny hacían juego con el lugar donde vivían.

Jenny estaba en la cámara de comunicaciones del puesto avanzado, inclinada sobre el tablero como si se encontrase ante una vieja máquina de coser a pedales. Era una mujer de cuarenta y tantos años, con un rostro atractivo y de facciones enérgicas que ocultaban en parte las huellas de una vida dura. La camisa de franela, de cuadros escoceses, y los tejanos que llevaba puestos eran un recuerdo de otros tiempos; pero el modo de recogerse el pelo en un severo moño remitía a una época todavía más remota, un tiempo en el que curtidas damas de mediana edad, como ella, llevaban cofias en la cabeza y se agazapaban en el refugio que suponían los carromatos tirados por caballos mientras cargaban unos rifles, tan largos como las faldas que vestían, para ayudar a mantener a raya a los malos. Tal vez los carromatos ya no iban tirados por caballos, pero las fronteras seguían siendo igual de inhóspitas.

Y los malos eran igual de malos.

Jenny no llevaba en la cabeza una cofia, sólo los auriculares de fibra óptica que la unían al tablero de comunicaciones; pero tenía una expresión tan grave como si toda una banda de cuatreros estuviera atacando el rancho. Al levantar la mujer la mirada, Bobby saludó con la mano y, sin importarle que ella no respondiera al gesto, se dejó caer contra un mamparo.

—¡Yu-piiii! —Se quitó la gorra de béisbol y comenzó a abanicarse con ella—. ¡Creí que esos avispones llegarían a cogerme!

Jenny le echó una fugaz mirada de reojo, asintió dándose por enterada y volvió a centrar su atención en el tablero de comunicaciones. Aseguró un interruptor, afinó la sintonía del receptor y frunció el ceño escuchando con atención por los auriculares y

desoyendo, con la facilidad que proporciona la larga práctica, cualquier otra cosa que Bobby pudiera decir, mientras intentaba captar algo coherente entre los chirridos de las interferencias y el parloteo de numerosas voces en la misma longitud de onda. Ya fuera una actitud deliberada por lo que el muchacho acababa de hacer, o casualidad por estar ocupada en otras cosas, el efecto fue el mismo. Actuaba como si Bobby no existiera, y ello sirvió para calmar la forzada jovialidad del joven de un modo tan efectivo como un cubo de agua fría. Aceptando aquel mudo rapapolvo, Bobby volvió a ponerse la gorra y se acercó hasta donde ella se encontraba.

—Jenny, el cálculo de tiempo que has hecho con las compuertas de la cámara ha sido sencillamente...

—¡Chiss!

Aquello hizo callar a Bobby tan bruscamente como si le hubiera dado una bofetada, y quizá Jenny sintiese lástima por él, o quizá no. Muchas cosas habían cambiado durante las últimas horas, de manera que Jenny ya no era la mujer de carácter permisivo que él había dejado al marcharse. Era consciente de que tenía un aire de severidad que el muchacho nunca había visto hasta aquel momento, y detrás de ese aire severo se ocultaban un miedo y una impotencia que se extendían por el aire como un escalofrío.

Los Winchester se reducían a un puñado de cartuchos por persona, y los cuatros continuaban llegando...

Jenny puso el micro y los auriculares en posición de espera, los apartó a un lado y echó la silla hacia atrás con el pie, la retiró del tablero de comunicaciones y la hizo girar lentamente para así poder mirar mejor a Bobby. Éste no le sostuvo la mirada, y aquello bastó para que Jenny comprimiera los labios hasta formar una delgada línea de preocupación. Muy bien, nada de cuatros; ladrones de minas. Y de repente le asaltó la duda de si, al fin y al cabo, serían realmente *ellos* los malos de la película. Y si no lo eran ellos ¿quién entonces? Como conocía a Bobby demasiado bien, tenía fundadas sospechas al respecto.

—Estabas haciendo prospecciones más allá de la línea de demarcación, ¿verdad?

—¡Ni hablar! —respondió Bobby, pero al mismo tiempo se puso a contemplar fijamente los tableros de control para evitar encontrarse con la mirada de la mujer. Aquello confirmó a Jenny lo que ya suponía, aun antes de que él levantara la vista y añadiera—: Bueno, puede que un poco... —Luego, como era habitual en él, se puso agresivo y a la defensiva, cosa que Jenny ya le había visto hacer en numerosas ocasiones con anterioridad—. ¡Demonios, todo el mundo lo hace!

«Y, si todo el mundo se quemase el trasero sentándose en una hoguera, ¿tú también lo harías?», pensó Jenny, y esbozó una amarga sonrisa al darse cuenta de que probablemente sí. Era inútil decirle nada; a lo largo de los últimos años ya había quedado dicho todo, demasiadas veces y cada vez con menor efecto. Furiosa, meneó

de un lado a otro la cabeza y, en lugar de perder más tiempo tratando de razonar con él, volvió de inmediato a comprobar las frecuencias y, con una creciente sensación de incomodidad, se percató de que, en los pocos segundos que había estado apartada del receptor, el murmullo de las transmisiones se había duplicado. Bobby debió de adivinar algo de aquella preocupación reflejada en la cara de ella, porque abandonó la expresión de penitente truculencia que había adquirido. Por primera vez desde que hizo su entrada en el puesto avanzado, empezó a dar la impresión de que estaba preocupado, y Jenny tuvo el feo presentimiento de que aquella preocupación no iba a ser más que el comienzo, para todos ellos.

—Yo..., bueno, he conseguido unas muestras de magnesio realmente selectas.

Bobby no dijo aquello porque las muestras de magnesio tuviesen importancia, sino porque el silencio empezaba a ponerle los nervios de punta. Jenny le echó por el rabillo del ojo otra mirada llena de furia, sin apartar la atención del tablero de comunicaciones, pero consciente, por propia experiencia, de lo que se avecinaba. Hubiese hecho lo que hubiese hecho, y sin preocuparse de a quién hubiera fastidiado, irritado o herido, Bobby no se avergonzaba de sí mismo durante mucho rato. En seguida salía con alguna de aquellas tácticas suyas y todo quedaba en el olvido, al menos para él, hasta que ocurriera otro incidente.

—¿Dónde está Earl? —preguntó Bobby.

«¡Maldito muchacho! ¿Es que no se da cuenta de lo que está pasando...?» Jenny MacLaine sintió que una oleada de rabia la recorría como una marea caliente, pero de nuevo se esforzó por reprimirla. Ya habría tiempo para eso más tarde... si tenían suerte. A pesar de todo, fue incapaz de suavizar el tono brusco de su voz.

—¿Dónde crees tú? Pues con todos los demás. Ahí fuera, asegurando el perímetro con listones.

Mientras Bobby la miraba parpadeando, todavía sin comprender del todo la situación, Jenny lanzó un suspiro para tranquilizarse, aunque no se calmó en absoluto. Si Bobby no lo sabía ya, tendría que decírselo ella sin más rodeos.

—Esta mañana ha habido una escaramuza en el Mojón Norte.

Hasta Bobby sabía lo que aquello significaba, y el comprenderlo supuso un duro golpe para él. Jenny vio cómo le desaparecía el color de la cara, vio cómo movía la boca intentando formar explicaciones mudas, excusas, quizás incluso disculpas por primera vez en muchos años. Pero todo ello llegaba demasiado tarde porque ya no le escuchaba nadie, nadie en absoluto. Todo parecía indicar que por fin las cosas habían ido más allá de las simples palabras.

—¿Qué? —preguntó finalmente Bobby, incapaz de decir nada más.

—Sabes de sobra que no se puede ir por ahí correteando por las fronteras de otra confederación. —Por lo menos debería haberlo sabido, pues el tema había salido a colación bastante a menudo. Pero, no, claro, Bobby no—. Esos avispones han estado

esperando una excusa para asaltar estas instalaciones.

Bobby se ruborizó ante aquella acusación; una súbita oleada de enojo hizo que le subiera el color a la pálida cara.

—Yo..., yo no sabía... —comenzó a decir rápidamente. Demasiado rápidamente, y a Jenny la boca se le curvó hacia abajo en un gesto de silenciosa repugnancia porque aquello no era más que una excusa, como todas las demás veces. Hubiera sido demasiado esperar una disculpa—. Yo...

Jenny se ajustó más los auriculares a las orejas y, con un rápido gesto de la mano que le quedaba libre, le indicó que se callase. Ya había oído antes todas las razones de Bobby y, si vivía lo suficiente, probablemente volvería a oírlas. Pero lo que oía en aquel preciso momento era otra cosa, algo que ponía un signo de interrogación en la duración de la vida de todos los que se encontraban allá abajo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Son esos dos que te venían persiguiendo —le respondió Jenny en voz baja, mientras trataba de obtener una mejor recepción a través del viejo sistema de comunicaciones.

Earl hacía cuanto podía con los medios disponibles, pero Jenny sabía bien que lo que aquella radio necesitaba no era tanto un mantenimiento regular como unos cuantos miles de dólares empleados en mejorar su calidad. Aun así, la falta de dinero o de reparaciones no era la causa de lo que acababa de oír, y debía asegurarse de que aquellas palabras eran reales y exactas y no producto de su asustada imaginación. El zumbido y el siseo de las interferencias duraron unos segundos más. Después, bruscamente, la señal se hizo más nítida, signo inequívoco de que estaba siendo lanzada a través de un satélite de comunicaciones. Jenny se sobrecogió al comprender lo que aquello podía significar.

—Están en conexión con el satélite —comentó en voz baja—. Llaman a su base central...

«Malditos seáis, formulad una queja real. Pedid consejo. Ejerced cualquier coacción legal. Suplicadnos. Pero no hagáis nada más. No...», les dijo con el pensamiento.

Los avispones no escuchaban.

¡Oh, Dios...!

Jenny MacLaine sintió un tirón en el pecho, como si el corazón se le hubiese aplastado contra las costillas, y cerró los ojos durante un instante. En la última revisión la habían encontrado estupendamente bien, pero era consciente de que, después de una vida llena de esfuerzos y de muy pocas comodidades, se encontraba ya en esa edad en que cualquier impresión repentina podía... Y entonces el corazón siguió latiendo como si no hubiera pasado nada. Volvió a abrir los ojos, sabedora ya de que las cosas podían ponerse tan mal que era fácil concluir que no podrían

empeorar más. Y aquél era el punto en que llegaba la calma.

—Están pidiendo intervención militar.

Bobby abrió mucho los ojos y dio la impresión de que iba a desmayarse; o a vomitar. Jenny lo miró, sintiéndose extrañamente ajena a todo: a aquel joven idiota que probablemente no era el verdadero responsable de que se hubiese desencadenado todo aquello que parecía ya tan inevitable como la llegada del invierno al finalizar el otoño; ajena a las frenéticas transmisiones mientras todos los demás, a lo largo de la Fosa Livingston, reaccionaban a lo que ella y ellos habían oído; ajena incluso a Earl, que se encontraba en algún lugar allí fuera, en la fría oscuridad.

—¿Qué vamos a hacer...?

El miedo y el susto parecían haber elevado una octava el tono de la voz de Bobby, lo que le hizo parecerse más al hijo por el que ella y Earl siempre le habían tenido, y asemejarse menos al joven e irreflexivo canalla en el que se había convertido.

Jenny manipuló los botones de la consola para abrir su propio canal comunicándolo con otro oscuro y frío y con el satélite que, suspendido allí arriba, esperaba que ella enviase su mensaje, y esbozó la sonrisa más tranquilizadora que pudo.

—Supongo —respondió, al accionarse el sistema— que podríamos rezar una oración...

La respuesta inicial tardó casi once horas y fue imposible determinar a quién pertenecía el retén militar que llegó antes al lugar, pero su ventaja sólo duró unos cuantos minutos. Ahora cuatro submarinos aguardaban por encima de la zona en disputa de la Fosa Livingston, morro con morro, en un tosco círculo de sólo unos cientos de metros de diámetro. Era aquél un despliegue más apropiado para luchar con cuchillos que con torpedos, pero se trataba del procedimiento aceptado que se había llevado a cabo durante los encuentros de tanteo realizados sin objetivo en todas las zonas comercialmente viables de cualquiera de los océanos del mundo. No había distintivos visibles en el negro revestimiento antieco de los cascos, y las cuatro siluetas se diferenciaban bien poco entre sí. Cincuenta años de diseño de submarinos se habían encargado de que fuese así. Era la misma evolución coincidente que había originado similitudes de forma en los delfines, en las oreas y en los grandes tiburones de mar adentro. En el diseño, al igual que en la naturaleza, la forma buscaba lo funcional, y la función en este caso era dar caza y matar a otros de la misma especie.

Aquellos guerreros submarinos tenían muchos antepasados, naves que en su época fueron consideradas las mejores del mundo: *Alfa*, *Víctor* y *Ak'yula*, de la ya hacía tiempo desaparecida Unión Soviética, y las *Advanced-Albacore*, formas de casco usadas por los barcos de ataque de la antigua Marina de Estados Unidos y sus aliados. Algunos de aquellos viejos barcos tenían altas velas cuadradas, otros tenían

aletas más bajas y aerodinámicas, como las formas cetáceas desarrolladas por los submarinos rusos; pero todos sus descendientes eran objetos veloces y enormes; siluetas amenazadoramente brillantes, negras y siniestras flotando con engañosa placidez en el agua; tiburones de acero en espera de que un frenético festín diera comienzo.

Y para un frenético festín lo único que hacía falta era sangre en el agua. Un solo movimiento erróneo bastaría para eso. No servía de consuelo que no hubiese sucedido todavía; sólo tenía que suceder una vez.

Bobby se apoyó contra la pared de plástico y observó las caras preocupadas que llenaban la sala de control. Ninguna de ellas tenía una expresión que pudiera considerarse tranquilizadora, y el único consuelo era que nadie lo había mirado a él de otra manera que no fuera con pesar. Por lo menos no le echaban la culpa. Todavía no; y el hecho de que lo hicieran o no dependía muchísimo de si sobrevivía alguien para lanzar la acusación de que todo aquello había ocurrido por culpa suya. Probablemente no era así. Él no había sido más que el pretexto, no el motivo. *Aquello* se calculaba en territorios y en dinero, como se había hecho siempre.

El puesto avanzado minero se encontraba más abarrotado de gente que nunca. Earl había regresado, y con él media docena de trabajadores de la mina que no tenían otro sitio adonde ir. Eran hombres y mujeres solteros, reunidos allí en busca de cierto consuelo mientras el mundo exterior decidía su destino. Y, como siempre, sin consultarles a ellos. Ése había sido el destino de la gente de a pie a lo largo de la historia. Bobby meneó la cabeza. Era un poco tarde para hacer filosofía, una asignatura que él, de todos modos, había abandonado en favor del taller mecánico.

La cara más preocupada de toda la habitación se encontraba muy lejos de allí; el locutor de las noticias del Canal de la Tierra, desde la pantalla de la sala de control, conseguía mantener en vilo a todos los seres afortunados que lo contemplaban desde una distancia segura en cualquier otro lugar del planeta, aunque, si aquello llegaba a estallar, seguramente no habría ninguna distancia segura en ningún lugar del planeta...

«Volvemos a repetir: tenemos noticias en nuestros estudios de Earthcast News, en Greenwich, que indican que submarinos de guerra, pertenecientes a varias de las confederaciones económicas del mundo, se dirigen hacia la Fosa Livingston, un profundo cañón en medio del Atlántico Norte; por lo que la amenaza de combate armado se ha hecho de repente peligrosamente real...»

La voz, con un excesivo tono dramático, continuó hablando y mostrando una rápida sucesión de diagramas de submarinos militares, gráficos político-económicos del mundo y un mapa, del Instituto Oceanográfico y algo anticuado, del lugar donde estaban sucediendo los hechos. La realista imagen del monitor de vídeo cambió para

dar paso a un grupo de personas que, con aire de preocupación, salían con dificultad de una lanzadera en el helipuerto del antiguo edificio de las Naciones Unidas, en Nueva York. Mientras los miraba, Bobby pensó con frialdad que si de verdad querían saber lo que era sentirse preocupado deberían estar allí abajo.

«Representantes de varias confederaciones celebran reuniones urgentes en un intento de detener la escalada de la situación, pero...»

Bobby se dio cuenta de que Jenny no prestaba atención. No había nada que ella pudiera hacer, excepto continuar buscando información en las diferentes bandas de radio, y, teniendo en cuenta la cantidad de información que se acumulaba a cada minuto en cada una de las bandas, lo estaba haciendo con consumada habilidad. De pronto masculló algo en voz baja y apretó los puños ante el monitor. Se irguió un poco y miró a Earl, no a Bobby ni a ningún otro; en aquel momento lo más probable era que no existiese nadie más para Jenny.

—Los submarinos están intentando establecer comunicación con sus bases en la superficie —murmuró dirigiéndose a todos los presentes, y, aunque lo dijo en voz baja, se escuchó claramente por encima del parloteo del monitor—. Están tratando de conseguir luz verde para abrir fuego...

Los mineros se miraron unos a otros, con el temor visible en sus curtidas facciones, que no sabían bien cómo expresar una emoción tan fuerte. Una cosa era tener una avería en el equipo allá fuera, en los campos mineros, porque por lo menos eran situaciones en las que sabían cómo actuar, pues no había hombre o mujer, presente en la habitación, que no hubiera desmontado alguna herramienta de excavar en mal estado para volverlos a montar, o que no supiera lo que significaba cualquier ruido extraño y cómo arreglarlo. Pero esto era diferente, y ni toda la pericia del mundo podría solucionar la situación o hacer que se marchasen de allí los submarinos; no sin antes recibir instrucciones directas de los centros de mando situados en la superficie. Esa indefensión era lo que resultaba aterrador, incluso más que la propia amenaza.

«Ha habido escaramuzas territoriales bajo el mar durante años, desde luego, pero en esta ocasión las tensiones parecen haber llegado al límite en esta profunda fosa oceánica, muy rica en minerales. Los observadores han etiquetado la zona, donde coexisten en peligrosa proximidad puestos avanzados mineros de diferentes confederaciones, como un detonante en potencia...»

Nada de todo aquello serviría en absoluto de ayuda. Bobby miró a su alrededor, a las caras de sus amigos, de sus compañeros de trabajo, de la única familia que tenía; pero ninguno de ellos quiso encontrarse con su mirada. El miedo, como el dolor, era un sentimiento íntimo. Intentó desentenderse de las amenazadoras palabras de la emisión y, a falta de otra cosa mejor que hacer, se quedó mirando la hilera de monitores externos. El sonar fijo, el detector de anomalías magnéticas, la velocidad

del sonido; todo aquello era un material que treinta años antes constituía un secreto militar y que a él lo único que le decía era que nada había cambiado. Los cuatro submarinos de guerra seguían allí fuera formados en círculo, sin moverse de sus posiciones para no facilitarle a alguno de los otros una ventaja táctica. Los campos mineros estaban inactivos; nada se movía en ellos. Nadie iba a ser tan suicida como para producir un rastro de eco que pudiera interpretarse como un movimiento hostil. A no ser que...

Bobby frunció el ceño. En uno de los monitores había una señal que indicaba movimiento, pero en un lugar donde no debería haber movimiento alguno. Agradecido por tener algo que hacer que le distrajera de todo aquel nerviosismo inútil, se acercó al indicador de lectura y se quedó mirándolo durante unos segundos; luego, le dio unos golpecitos a la pantalla con el nudillo. El repiqueteo hizo que todos los que estaban en la sala de control volvieran la cabeza y Bobby se ruborizó un poco al saberse el centro de atención. Agitó la mano ante la pantalla del escáner.

—Eh, esto... Vaya, esta lectura es realmente absurda.

Aquella afirmación no desvió la atención de los demás; más bien al contrario, pues unos cuantos mineros se acercaron a ver qué pasaba. Un indicador luminoso era algo que ellos sabían manejar bien, lo que no podía decirse de la situación exterior, y, al menos, investigar los caprichosos sistemas MacLaine era mejor que quedarse allí de pie, impotentes, mientras los periodistas del mundo entero empezaban una especie de cuenta atrás.

—Es el sistema de vigilancia del perímetro —les indicó Bobby, volviendo a dar un golpecito. La señal pegó un ligero brinco, se estabilizó de nuevo y la escala digital de su eco empezó a subir por primera vez. Y aquello no debería ser así—. De acuerdo con... —Bobby se calló, volvió a mirar y sacudió la cabeza—. No, no puede estar bien. Según esto, hay algo ahí abajo, en la fosa.

Era imposible. La Fosa Livingston no era tan honda como algunos de los abismos del Pacífico, pero sí lo bastante profunda para que cualquier buque tripulado, que no fuese un batiscafo, únicamente pudiera introducirse en ella en una sola dirección: hacia abajo, directo al fondo, aplastado como una lata de cerveza vacía. Pero la fuente de aquel eco señalaba lo contrario. El indicador de lectura se puso a registrar datos a mayor velocidad mientras los monitores fijos recogían datos adicionales; luego, pasó a una confusión de números resplandecientes, volvió a aminorar la velocidad y finalmente se mantuvo a un ritmo constante. Bobby lo estuvo mirando fijamente, parpadeó y durante un instante se negó en redondo a creer lo que aquello le decía.

—Es una cosa... *enorme* —dijo por fin, con una voz dominada por el asombro—. Y está subiendo...

Vio que Jenny se volvía y se le quedaba mirando fijamente, y vio también la duda reflejada en sus ojos.

—¿Qué clase de cosa? —Su tono fue brusco, y tan escéptico como si hubiera vuelto a sorprender a Bobby inventándose excusas otra vez—. ¿Un barco?

Bobby movió la cabeza negativamente. No tenía excusas ni una falsa sinceridad que le ayudasen a salir de otro enredo. No las necesitaba. Así lo indicaban los instrumentos.

—Ningún barco que yo conozca emite señales como éstas.

Desvió la mirada de los monitores a lo que mostraba la cámara de baja intensidad de luz, y se quedó boquiabierto de incredulidad. Sin hacer caso de las noticias que emitían las emisoras, todos los que se encontraban en la sala de control se apiñaron para ver.

Era algo negro, pero que brillaba con muchas luces; algo que se movía, pero tan enorme que parecía estar quieto; algo que ninguno de ellos había visto antes allí fuera. Bobby dio un paso atrás y luego otro, como si temiera que aquella cosa fuese a pasar entre los demás para perseguirle a él una vez que le dieran forma.

—¡Esperad un minuto! —exclamó, y señaló la hilera de monitores, al tiempo que los ordenadores resaltaban la imagen y la proyectaban en pantalla. Él había visto aquella cosa antes, adornada con banderas, durante la ceremonia de botadura; pero no tenía nada de raro que ahora no la hubiese reconocido, pues ya no llevaba banderas, sólo un aura de contenido poder interno que el muchacho casi podía palpar—. ¡Salió en las noticias! ¡Acordaos!

Los otros se quedaron mirándole durante unos segundos, como si Bobby hubiera perdido el juicio, y entonces alguien se echó a reír de puro alivio.

Bobby contemplaba aquella gran forma oscura, el monstruo de las profundidades que les había salvado el cuello a todos. Él no se reía; lo único que podía hacer era sonreír... Pero de pronto le entraron ganas de reírse, porque conocía el nombre de aquel monstruo.

¡seaQuest!

Capítulo 2

Un sombrío leviatán surgió de la Fosa Livingston.

Aquel buque submarino no tenía vela dorsal, ni casco cilíndrico ni empenaje de control. En vez de eso, la lustrosa y aplanada proa y las curvas majestuosas del cuerpo principal parecían... no tanto extrañas como no pertenecientes a este mundo, una forma alienígena que se asemejaba de un modo espeluznante a un calamar gigante. Y no a cualquier calamar, sino a un «kraken» de los abismos, la pesadilla de las oreas en las oscuras profundidades. En una lenta y arrogante exhibición de tamaño y poder, el navío ascendió sin esfuerzo en dirección al centro del círculo formado por los submarinos y se quedó flotando allí, haciendo que las cuatro naves bélicas pareciesen diminutas y desafiándolas a enfrentarse con él, en la seguridad de que no se atreverían.

Aquél era el *seaQuest DSV*, diseñado para cumplir una única misión: ser el mejor.

Era el más eficiente, el más rápido y el más mortífero submarino militar de la Tierra.

Había cierta curiosidad macabra, tanto entre quienes lo concibieron y construyeron como entre los que componían su tripulación en esa situación de permanente víspera de guerra, por saber hasta qué punto su diseño era bueno, por saber qué era lo que realmente podía hacer. Pero hasta que alguien diera las órdenes oportunas no habría manera de averiguarlo.

El ambiente en el puente del *seaQuest* era tenso. Esa situación, y otras muchas como ella, se había estado produciendo durante quince años, desde que el primer intento de reclamación territorial de una zona del fondo del océano tuvo que ser respaldado con el uso de la fuerza. Algunos miembros de la dotación se habían visto involucrados desde el principio; otros eran tan jóvenes que toda su experiencia la habían adquirido a bordo de aquel barco.

Sea como fuere, no había mucha diferencia. La nave llevaba en el mar casi dos años. Era un buque diseñado para ser tan claramente superior a los demás que de algún modo habría de poner fin a aquellos interminables altercados. Y en esos dos años nadie en toda la Confederación del Pacífico Norte se había atrevido a dar la orden de fuego. Un siglo y medio antes, el CSS *Hunley*, tripulado enteramente con medios humanos, resultaba más peligroso de lo que lo era el *seaQuest* en la actualidad, pues a aquella dotación se le concedía al menos carta blanca para emplear las armas como considerasen oportuno. Y los superiores que lo autorizaban eran capaces de hacer entender su mensaje...

—¡Comandante! ¡El Mando del Pacífico Norte está intentando comunicarse con

nosotros, pero la conexión se interrumpe! ¡Hay muchas interferencias en la comunicación vía satélite!

La comandante, Marilyn Stark, miró fugazmente al puesto de comunicaciones, pero en principio no respondió. Pasó unos segundos más estudiando lo que mostraban los sensores de Maxwell antes de molestarse en contestar.

—Siga intentándolo, teniente.

Eso fue todo. La confianza en los miembros de su tripulación había sido la característica más acusada de la comandante Stark a lo largo de toda su carrera. Llevaba media vida en el servicio, tanto en superficie como bajo el mar, y hacía falta algo más que una radio enloquecida para resquebrajar su calma glacial. El oficial de comunicaciones, Mack O'Neill, había aprendido su oficio ante tableros de comunicaciones punteros en tecnología militar, que parecían arcaicos en comparación con el equipo que había a bordo del *seaQuest*. Stark sabía que, aunque no funcionase debidamente, el equipo indicaría la razón de su anomalía y de ese modo un buen oficial de comunicaciones podría empezar a tomar las medidas pertinentes.

Se daba cuenta de que el *seaQuest* estaba justo en los límites que abarcaba el satélite transmisor geostacionario del Pacífico Norte, y en ello radicaba la mayor parte del problema. La transmisión lanzada por láser óptico apenas penetraba en la profunda capa de agua que había entre el submarino y la superficie, y la señal que lograba filtrarse se degradaba tanto a causa de la profundidad como por la interferencia activa de los otros cuatro submarinos. Pero siempre existía alguna manera de solventar aquello. Cuando Marilyn Stark volvió a mirar a O'Neill, éste estaba ya alimentando la secuencia que desplegaría la antena de medio kilómetro para frecuencias extremadamente bajas del *seaQuest*; dado que empleaba siete minutos para un código de tres letras, el ritmo de traslado de datos desde la unidad de frecuencias era muy lento, pero fiable y casi siempre imposible de interferir. Stark se volvió otra vez hacia el jefe de sensores.

—Despliegue las sondas —le dijo a Maxwell, en un tono de voz similar al que hubiese empleado para pedir una taza de café, y extendió el brazo para indicar unos puntos en la pantalla principal de las WSKR—. Barrido en conos estrechos. —Se incorporó, se puso ambas manos en la cintura y estiró la espina dorsal como un gato perezoso al acecho de un ratón. Luego dio unos golpecitos con los dedos en el tablero secundario de la mesa de sensores—. Introduzca directamente los datos en el control de fuego.

Fue una orden inesperada, pues no era uno de los movimientos aceptados en aquel juego. Maxwell la miró y, antes de atreverse a responder, se pasó la lengua por los labios con nerviosismo.

—Sí, comandante. —Se puso a trabajar en el tablero de mandos—. Las sondas están fuera. Estamos introduciendo los datos.

El tono con el que aceptó la orden resultó poco firme. Stark le dirigió una sonrisa seca y dándole una palmadita tranquilizadora en el hombro, tomó nota mentalmente de que debía vigilarlo y se fue a su puesto de mando.

—Cuatro torpedos de plasma cargados y listos para disparar —comunicó Phillips, el oficial de armamento.

Stark le obsequió con una rápida sonrisa de aprobación, porque había hablado en un tono de viva eficiencia en el que ella reconoció el eco inconsciente del suyo propio. En otro momento y en otro lugar, quizás hasta le hubiese resultado divertido, pero en esa situación era sencillamente tranquilizador saber que él cumpliría las órdenes sin cuestionarlas. En aquel momento y en aquel lugar cualquier vacilación podía ser mortal para todos ellos.

—Gracias, señor Phillips.

No solicitó ninguna otra información; en cualquier nave que estuviera bajo el mando de Marilyn Stark no había nunca necesidad de que la comandante gastase saliva en balde. Si la tripulación tenía algo que decir, lo decía y, si no, cada cual volvía a sus obligaciones.

A medio camino de su puesto de mando se encontró con su segundo comandante, y automáticamente lo miró, buscando en él algún signo de la tensión que había detectado en Maxwell. No advirtió ninguno. Aunque se sentía tan cansado como todos los que se encontraban en el puente del *seaQuest*, que no se molestaban en ocultarlo, Jonathan Ford se las arreglaba para guardar para sí todas las preocupaciones y emociones. Aquel dominio de sí mismo era uno de los motivos que le habían hecho alcanzar el rango de capitán de corbeta con tanta rapidez, y de ahí que fuera el segundo comandante más joven de la flota. No estaba mal para un muchacho negro y pobre del este de Chicago, alguien que había conseguido escapar de la horrible y violenta vida de las pandillas. Ella misma contribuyó en parte a aquel rápido ascenso de rango con sus informes favorables, y la comandante Stark no repartía a la ligera sus recomendaciones; pero casi todo era únicamente mérito de Ford. En cualquier caso, sin dichos méritos no hubiera habido recomendaciones.

El segundo comandante miró rápidamente hacia O'Neill, que se hallaba en el puesto de comunicaciones, pero sólo consiguió un gesto negativo de la cabeza.

—Todavía no ha llegado ningún mensaje del Mando del Pacífico Norte —informó—. Supongo que los otros submarinos también están llamando para pedir órdenes.

Stark ya lo sabía. Por lo menos, gracias a los últimos adelantos del equipo de comunicaciones del *seaQuest*, si había instrucciones que estuvieran tratando de abrirse paso a través de las interferencias provocadas a propósito por el hombre, las dirigidas a ella serían las primeras en llegar. Aquella certeza no la hizo más feliz en absoluto.

—¡Maldición! —exclamó bruscamente—. ¿Cuántas demoras como ésta vamos a tener que soportar antes de que se tome una decisión?

—Supongo que no ocurrirá nada desagradable mientras ninguno de esos comandantes pierda la sangre fría —observó Ford con una seguridad que ninguno de ellos sentía realmente, ya que siempre había que contar con el factor X: los errores, los accidentes, las averías...; demasiados riesgos.

Stark asintió con aire ausente y pensó: «Igual que todas las otras veces.»

—Y luego todos nos marcharemos de aquí —dijo en voz alta— y continuaremos patrullando. Siempre esperando. Siempre a punto.

Lo mismo que alguien que se sube al trampolín pero nunca se zambulle. Si se hace demasiadas veces, la gente empieza a pensar que uno no tiene agallas y que no lo hará nunca. Y no le tendrá el menor respeto. Pensarán que es un cobarde, un incauto, un monigote porque, como cuando llega el momento de la verdad siempre se echa atrás, ¿por qué iba a ser diferente esa vez? Y cuando por fin sucediese, moriría mucha gente. Mejor perder unas cuantas vidas cuanto antes y recuperar el respeto.

—¿En cuántos de estos puntos muertos nos hemos visto en los últimos veinte meses? —se preguntó en voz baja.

Ford la oyó con claridad, pero no dijo nada; la pregunta no iba dirigida a él, y, en cualquier caso, lo más probable era que no necesitase respuesta. Tras dejarse caer en el sillón de mando, Stark paseó la mirada por el puente. Todos estaban en sus puestos, atentos para realizar un trabajo eficiente, aunque cuando llegasen por fin las órdenes lo más probable sería que el trabajo consistiese en abandonar las posiciones de combate y volver a otra de las rutinarias patrullas habituales.

Hasta la siguiente vez. O la siguiente a ésa. Stark sonrió con pesar para sus adentros. Aquélla era una buena tripulación, quizá la mejor de cuantas había tenido bajo su mando, y la constante sucesión de situaciones de alerta y de puntos muertos estaba haciéndola pedazos, acabando con cualquier vestigio de empuje. Estaban malgastándolos. Hizo un gesto con la mano hacia más allá del lugar donde se encontraba el segundo comandante, un rápido gesto en abanico que abarcaba no sólo el puente, sino todo el barco, todas las estrategias, todas las armas, todo el potencial que la nave contenía. De mala gana, permitió que sólo una pequeña parte de la ira que sentía saliera al exterior.

—¿No comprende esa gente que la única manera de asegurar la paz es mediante la fuerza, y que este juego del gato y el ratón continuará eternamente a no ser que alguien adopte una actitud firme? —Miró de soslayo a Ford—. Esta tripulación está preparada. Hace años que estamos preparados.

Ford no dijo nada, y eso era lo que Stark esperaba. Ford y todo el cuadro de mando a bordo del *seaQuest* sabían lo eficaz que el personal de aquel barco podría ser si el Mando del Pacífico Norte les diera la oportunidad de demostrarlo. Pero no

sabían, no podían saber lo profundos que eran los sentimientos de la comandante al respecto.

—Mi padre se enfrentó a una situación parecida en Vietnam —explicó Stark—, en mil novecientos sesenta y nueve, sólo unos cuantos años antes de que yo naciese. Con el enemigo a la vista, con un armamento superior y con ventaja táctica, no pudo establecer comunicación con sus superiores para que le dieran luz verde. —Eché una mirada esperanzada a las comunicaciones, pero sólo recibió otro gesto negativo que O’Neill hizo con la cabeza—. ¿Saben ustedes de qué se acordó mi padre entonces? De algo que mi abuelo el general le había dicho: que a veces no hay nadie para darte órdenes, que hay ocasiones en que es uno mismo quien tiene que sopesar la situación y tomar sus propias decisiones, siempre que estés dispuesto a asumir las consecuencias, tanto si estás en lo cierto como si estás equivocado. —Vio cómo a Ford le cambiaba la expresión; sólo un poco, pero lo suficiente como para que su rostro no ocultara ya lo que pensaba. Aquel asunto, y las connotaciones que llevaba consigo empezaba a inquietarlo, y se le notaba. El problema de Ford era que, si quería llegar más arriba de segundo comandante, si quería tener mando, ya era hora de que se pusiera a considerar las implicaciones que acarrea la toma de decisiones, tanto las buenas como las malas—. Mi padre sopesó la situación, tomó una decisión y se atuvo a las consecuencias. Ordenó abrir fuego, y ello le valió varias condecoraciones de oro. —Terminó de hablar, en un tono tan bajo que había sido más para sí misma que para Ford. Hizo girar el sillón hasta situarlo de frente al puesto del timón—. Dé la vuelta. Dos-cero-nueve y mantenga el rumbo.

—Pero nosotros no estamos en guerra, comandante —oyó que Ford decía a su espalda.

Marilyn Stark apretó los labios en una tensa sonrisa desprovista de humor, al tiempo que anotaba mentalmente en el expediente de su segundo comandante: «No apropiado para el ascenso más allá del rango que ocupa actualmente.»

—Él tampoco lo estaba oficialmente —replicó.

El puente se inclinó ligeramente al empezar a balancearse la proa del *seaQuest* y luego, cuando el timonel estabilizó los controles, se niveló.

—Uno-nueve-cinco, dos-cero-cero, dos-cero-cinco, cero-siete. Nos mantenemos a dos-cero-nueve, comandante, y avanzamos con rumbo firme.

En el tablero principal de sensores, Maxwell empezó a manejar controles.

—¡Están llegando los datos de la sonda! Cuatro submarinos armados de clase C...

Las grandes pantallas frontales habían estado mostrando imágenes, aumentadas por ordenador, de los cuatro amenazantes submarinos desde que el *seaQuest* emergiera de la fosa. No habían sido más que simples imágenes de observación rutinaria, hasta ese momento. Las nuevas indicaciones de rumbo relativo y los datos

de alineación con el blanco que se deslizaban lentamente a lo largo de la pantalla significaban mucho más que una simple observación.

—¿Posición del blanco? —le preguntó Stark a Maxwell en tono autoritario.

Notó que Ford se acercaba a ella por detrás y sintió la presión de los dedos del segundo comandante hundiéndose en el acolchado del sillón.

—Comandante, permítame recordarle...

—Ahora no, capitán. —El tono uniforme y duro sonó casi como una orden para que se retirase, y Stark dio por concluido el asunto. Ford estaría presente en el puente, pero en lo que a ella concernía, en aquellos momentos Ford ya no era un miembro útil de la tripulación—. ¿Señor Maxwell?

El jefe de sensores ojeó los monitores como quien mira un barril de pólvora.

—Todos los blancos, en vulnerabilidad del setenta y ocho por ciento. Estamos en posición cerrada de ataque.

—Cuadrículas de los blancos.

—Cuadrículas activadas.

El sistema estaba ya en posición de espera y se activó de inmediato, lanzando líneas de disparo a los blancos por las áreas de ataque principales de cada buque enemigo. Stark dedicó una mirada pensativa a los cuatro submarinos que aparecían en las pantallas frontales; luego abrió el tablero cubierto, empotrado en el brazo de su sillón, y levantó el control de uso independiente del armamento hasta situarlo en posición activa.

El puente quedó sumido en el silencio, y Stark vio que varios miembros de la tripulación intercambiaban miradas de preocupación. Entendía por qué e incluso lo comprendía. Aquello se estaba acercando demasiado. El *seaQuest* nunca había hecho uso de sus armas en ninguno de los encuentros anteriores con buques de otras confederaciones. Y Stark lo hacía ahora sin recibir órdenes para ello, basándose únicamente en su propio criterio como comandante.

Pero ese gran paso había que darlo algún día y quién mejor para hacerlo que alguien que estuviera en primera línea; alguien que tuviera preocupaciones más inmediatas que los votos y la opinión pública; alguien que tuviera el entrenamiento suficiente como para ver una oportunidad y saber aprovecharla. Alguien como Marilyn Stark...

Los torpedos del *seaQuest* estaban cargados, los tubos inundados, los pistones de proa abiertos al mar y, con las sondas desplegadas, no había ni siquiera necesidad de utilizar el sonar, con su traicionero silbido, para hacer puntería. Exactamente igual que su padre: el enemigo bien a la vista, armamento superior y ventaja táctica. El paralelismo era demasiado evidente como para que aquello fallara.

—Comandante, le recomiendo encarecidamente que esperemos órdenes específicas del Mando del Pacífico Norte...

Ford estaba inclinado sobre el sillón de mando y hablaba en voz baja, concediéndole a Stark la cortesía de mantener en privado su diferencia de criterio. Por el momento.

Stark correspondió a aquella cortesía fingiendo otra vez no percatarse de la existencia de su segundo comandante. Lo miró desde el sillón y advirtió el sudor de su piel, el miedo reflejado en la mirada, la reticencia para admitir que ella tenía razón. No, decididamente no era apropiado para tener más mando.

—¿Órdenes específicas? ¿Es que no está usted cansado de este juego? —le preguntó ella, indicando con un gesto de la barbilla las pantallas frontales y las imágenes de los blancos que brillaban en ellas. Parecían imágenes de un videojuego, aunque con un tanteo más alto que el de los simples puntos—. Nosotros apuntamos hacia ellos, ellos apuntan hacia nosotros y, mientras tanto, el mundo espera. ¿Para qué? Para nada. Hasta la próxima vez. Todos tienen demasiado miedo para disparar, miedo de lo que podría desencadenar un ataque. Se olvidan de que si uno quiere poner fin a algo, tiene que empezarlo primero. —Golpeó el sillón con la mano, tan cerca de la palanca del tablero de control que vio cómo Ford se estremecía a causa del miedo—. Nosotros no tenemos por qué temer nada. Mire este barco, lo último en barcos de guerra. Tenemos la fuerza y la ventaja. ¿No lo comprende? Tenemos la oportunidad de acabar con esta locura de una vez por todas, de hacer aquello para lo que se nos ha entrenado. —Había subido el tono de su voz, de manera que todas las cabezas del puente de mando se volvieron en su dirección. No le importaba; aquel asunto sobrepasaba ya la mera discusión teórica. Como mínimo, la tripulación del mejor submarino de la flota tenía derecho a saber lo que el mejor comandante les tenía reservado. ¡La gloria!—. Llevo años sopesando esta situación, señor Ford —continuó diciendo; y le sonrió—. Sabía que tarde o temprano tendría que tomar esta decisión. Pero me atenderé a las consecuencias. Mi nombre se merece un lugar en los libros de historia. Quizá lo mencionen a usted también...

El tono urgente de la voz de O'Neill interrumpió todo lo que Stark hubiera podido añadir. El oficial de comunicaciones estaba incorporado a medias, a causa de la excitación y el alivio que sentía.

—¡Comandante! —Fue casi un grito—. Están llegando órdenes confirmadas del Mando del Pacífico Norte: ¡No disparen! Repito: ¡No disparen! —Recuperó el dominio de sí mismo, al tiempo que toda la tripulación del puente soltaba un colectivo suspiro de alivio, y comunicó el resto del mensaje en un tono más normal—. Los demás submarinos están recibiendo órdenes semejantes...

Stark no se movió. Seguía contemplando fijamente las pantallas principales como si no hubiera oído nada o hubiese decidido no escuchar. Querían que volviera a echarse atrás otra vez, que dejara en mal lugar a sus antepasados, que tirase por la borda el respeto acumulado a lo largo de generaciones y sólo porque ellos temían las

consecuencias de las acciones que les daba miedo emprender. No era nada más que miedo y falta de decisión; falta de fibra moral. En otros tiempos a los soldados se los apartaba del servicio por cosas así o se los colocaba ante el paredón y se los fusilaba. Alguien tenía que adoptar una actitud firme; alguien como Marilyn Stark...

Movió la mano hacia la palanca de abrir fuego.

—¡Comandante...!

La fría mirada que le dirigió a Ford no fue diferente de la que había estado dirigiendo a los submarinos que tenía en el punto de mira. Contenía una promesa de inminentes medidas disciplinarias, además de una exigencia de que lo trasladaran a otra parte, a cualquier parte con tal de que no estuviera en el *seaQuest*. Un hombre como aquél no merecía estar en el puente de un barco así ni formar parte de una tripulación como aquélla ni servir a una comandante como ella.

—La historia está esperando, capitán, y yo no voy a aducir la excusa de que me limitaba a cumplir órdenes.

Alargó la mano hacia la palanca, pero la mano de Ford llegó primero y volvió a colocar el dispositivo en su lugar de descanso para desactivar el control de disparo. Luego, agarró el brazo de la comandante Stark y lo sujetó, impidiéndole reactivar el sistema. La comandante echó una furiosa mirada a los dedos que le apretaban la muñeca, incapaz de creer lo que le mostraban sus propios ojos. Aquello iba más allá de revocar una orden: ¡aquello era un motín!

—No puedo permitir que lo haga, comandante.

El tono de la voz de Ford parecía angustioso, bien fuera por el miedo que ella había visto con tanta claridad reflejado en el rostro de su segundo comandante, bien porque seguía respetándola y odiaba hacer lo que estaba haciendo. Buenos, malos o indiferentes, los motivos no le importaban a Stark, sólo el resultado a que habían conducido. Entrecerró los ojos y dio paso a la furia que ardía en su interior.

—¡Queda relevado, señor!

La voz sonó como el estallido de un látigo, un sonido que en toda la carrera de Stark en la flota nunca había sido desobedecido. Si Ford no se echaba atrás, Maxwell o alguno de los otros subiría allí y le obligaría. Siempre había sido así antes; no había razón alguna por la que no pudiera volver a ser igual ahora.

Pero se equivocó.

Capítulo 3

Trece meses más tarde, la oscuridad había pasado y brillaba la luz en todas partes.

El azul ardiente de una tarde clara en el Caribe es difícil de creer, aunque se encuentre uno inmerso en él. El cielo se mira en el mar y el mar refleja el cielo... hasta que la mirada queda desconcertada y busca algún sitio donde descansar, cualquier lugar, cualquier diferencia de color. La calidez y la claridad del agua revelan de forma evidente lo que otros mares situados más al norte no pueden: detalles del color y de la textura del fondo y, de manera muy especial, detalles de las profundidades. Aquí y allá, mar adentro, a medida que el blanco y el rosa de la arena se van oscureciendo pasando de un tono opalino al turquesa y verdoso, aparece algo abrupto que viene a romper la suave transición de los matices; una súbita mancha o un agujero de un color índigo puro e intenso, indicio de aguas mucho más profundas; un agujero azul que lleva hacia abajo y quizás a otra parte, lejos. Los fondos de mar no son sólidos en esta zona; han conocido demasiada actividad durante los cuatro o cinco últimos milenios y, por todas partes, en la cálida oscuridad hay cuevas y túneles en el sustrato para aquellos que saben cómo encontrarlos.

Uno de estos seres se deslizaba a unos cuantos metros por debajo de la superficie, sobre la profunda inclinación de uno de los agujeros, cuando oyó el ruido por encima de él. El delfín volvió la cabeza hacia arriba; a pesar de la escasa conductividad que tiene en el agua el sonido llegado con fuerza desde fuera, se dio cuenta de que aquello no era en absoluto normal, así que se dirigió a la superficie.

Cuando la elegante y brillante cabeza en punta irrumpió en la superficie, el ruido se le hizo casi insoportable, retumbando y rugiendo sobre la piel con un estruendo grave y monótono que golpeaba el agua de la laguna y espantaba los pájaros de todos los árboles que alcanzaba la vista. El delfín dio un respingo y levantó la cabeza mientras la maciza y angulosa forma se abría paso por el agua, hendiendo las olas en medio de un remolino de espuma cremosa y avanzando con la rapidez de un tiburón, aunque ni con mucho igual de silenciosa. El vehículo se dirigió a las costas de la isla que rodeaban aquel agujero en el agua, aminoró la velocidad al acercarse a la playa y empezó a asentarse, produciendo al hacerlo una gran tormenta de arena y mucho ruido. Por fin se quedó quieto sobre la arena, y el delfín lo observó durante un momento mientras algo semejante a una boca se abría en uno de los costados. Vio movimiento en el interior oscuro y aquello le hizo decidir lo que tenía que hacer, así que, con mucho menos alboroto que el que había producido el hovercraft, se sumergió de nuevo.

De un pozo azul situado no demasiado lejos de allí, la silueta del delfín salió de nuevo a la superficie y, justo a su lado, emergió del agua un hombre que llevaba por todo atuendo el bronceado del sol y del aire. Se sacudió el agua de los oídos y se

dirigió a la orilla con los peces que tenía ensartados en el arpón; sacudió la ropa que había dejado colgada en una rama cercana, se la puso, echó a andar y se adentró en la maleza.

El hombre subió por el sendero abierto entre las plantas tropicales, apartándolas a los lados mientras de vez en cuando mascullaba algo cuando alguna de ellas se saltaba y le golpeaba en los ojos. «Debería coger un machete para evitar esto. Se están descontrolando otra vez. Pero ¿quién tiene tiempo?», pensó. Se cambió de mano el arpón con los peces, movió los hombros para colocarse bien el dispositivo de vigilancia que llevaba colgado de una cinta gastada, apartó otra gran rama de buganvilla y salió a los bordes del claro.

Y allí se detuvo. Había personas, personas de uniforme, a la puerta de su casa. Prácticamente dentro de ella.

Sus ojos se estrecharon en la cara rugosa, como un cepo a punto de cerrarse. Podía imaginarse lo que aquella gente pensaría de la casa. Bueno, el exterior, de todos modos, no era más que una barraca con el techo de paja sujeto sobre unos postes, pero el modo en que todas aquellas personas se congregaban en la rampa que conducía a la puerta principal, mirando con ojos desorbitados el interior, indicaba que el contenido de la casa los había cogido por sorpresa. «Estupendo», pensó con cierto fastidio.

Esperó un momento, pensativo, y decidió tomárselo a la ligera. Salió de debajo del refugio que le proporcionaban las palmeras y echó a andar a grandes zancadas, silbando, y fue apartando a aquellas personas con los hombros, excusándose educadamente mientras subía por la rampa.

—Disculpe. Perdone. Permítame pasar... Lo siento mucho...

Pasó por delante de aquellas caras atónitas, y entró en la casa, advirtiendo que no dejaban de mirar fijamente a su espalda y sonriendo ligeramente al comprobar el desconcierto que les producía. Si se habían sorprendido con lo que había dentro de la casa, sólo el cielo podía saber lo que estarían pensando de él: totalmente bronceado, con la barba desaliñada, un arpón de pesca perversamente afilado que tenía ensartados tres grandes peces azules y vestido con una ajada y descolorida camisa hawaiana y unos pantalones cortos viejos de color caqui, sandalias y una gorra de béisbol que se había hecho él mismo con tiras de hojas de palma y que lucía, entretejidas encima, las iniciales NY de los Yankees. «Un auténtico mamarracho», pensó, mientras echaba una ojeada alrededor para asegurarse de que nadie se hubiera introducido en la casa para toquetearle el equipo.

Tenía bastantes cosas, pero era la parte correspondiente a la cocina lo que le interesaba en aquellos momentos. Había lavado los peces en el agua al borde del mar, así que los desenganchó del arpón, cogió un cuchillo y comenzó a prepararlos. Los visitantes aprovecharon la circunstancia para entrar tras él en la habitación principal y

se quedaron mirándolo todo. Bueno, pues que mirasen. Apiñado en aquel espacio de menos de cuatro metros cuadrados, alineado contra las toscas paredes, había suficiente material y equipo científico como para que a cualquier observador fortuito le recordase una estación de control casera o, más probablemente, el puente de algún barco protagonista de una serie de televisión. Escogido cuidadosamente todo ello a lo largo de varios años, para hacer exactamente aquello que él necesitaba y sin tener en cuenta el precio, los instrumentos y los ordenadores de control allí almacenados permanecían cumpliendo su función en silencio y alimentados por acumuladores.

Una de aquellas personas, una mujer, se adelantó unos pasos y lo miró. Llevaba el mismo uniforme, propio del trópico, que los demás, iba en mangas de camisa y lucía los galones que indicaban el grado de comandante general cosidos en las presillas de los hombros, además de una diminuta placa, en la que ponía «Webber», sobre uno de los bolsillos de la camisa.

—¿Capitán de navío Bridger...?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza, puso a un lado un pescado y empezó con el segundo.

—¿Bridger? —Aplastó el pescado, lo que produjo un crujido, y sacó la espina y las costillas de una sola vez—. Bridger... No, por aquí no hay ningún Bridger. ¿Han probado ustedes en el otro lado de la isla, alrededor de la calle Setenta y Siete? Creo que por allí hay algún Bridger. Pero tenga en cuenta que se va a trabajar temprano, así que será mejor que se den prisa. —Inclinó la cabeza hacia la mujer, con un gesto similar al que hacen dos desconocidos al cruzarse en la calle, y pasó por delante de ella; luego miró a otro de los intrusos y sometió al hombre a un lento examen de la cabeza a los pies—. Bonito atuendo.

Eso fue todo.

Webber lo miró con incredulidad y le hizo una seña al oficial cuya pulcra apariencia de oficina de reclutamiento había sido tan despreciada. Éste se adelantó hasta ponerse junto a ella y le ofreció un pequeño bloc en el que había algo escrito. Webber le echó un vistazo, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y sonrió.

El segundo pez estaba listo y el desaliñado habitante de la playa alargó el brazo, tomó una sartén y vertió en ella un poco de aceite de oliva, haciendo caso omiso por completo de aquellas dos personas que, tras echar una ojeada al escrito, le miraron a él otra vez.

—El hombre al que estamos buscando se llama Nathan Bridger —insistió Webber—. Años atrás fue capitán de navío de la Marina norteamericana y sirvió durante nueve años en las fuerzas de la Confederación del Pacífico Norte como comandante de submarino. Todo el mundo, incluso sus enemigos, y sobre todo éstos, decía que era el mejor.

«Qué conmovedor», pensó él, y cogió un molinillo de pimienta.

—No puedo ayudarle, querida. No conozco a ese tipo, lo siento. No soy más que un científico muerto de hambre.

Le dedicó un guiño alegre y malicioso que a ella la desconcertó momentáneamente, de manera que tuvo que volver a consultar el escrito.

—Geología marina —leyó en voz alta, sin molestarse en disimular el matiz cada vez más dubitativo de su voz—. Título superior. Condecorado siete veces...

—Ocho —puntualizó él con aire ausente, y le echó una mirada al reloj—. En punto. ¡Cielos, cómo pasa el tiempo!

Se encogió de hombros y no hizo caso alguno de la sonrisa de satisfacción que cruzó el rostro de la comandante Webber. Aquel pequeño descuido había sido suficiente para ella, pero él tenía otras cosas más importantes que hacer. Desayunar, por ejemplo. Puso la sartén sobre el pequeño quemador de gas y la movió para asegurarse de que el aceite se calentara por igual. El pescado chamuscado sabía bastante mal y ni siquiera la salsa *aioli* lograba salvarlo. El aceite empezó a chisporrotear y saltar. Nathan frunció el ceño. Se había calentado demasiado, así que bajó el mando del quemador al mínimo, absorto por completo en lo que estaba haciendo y sin interesarse en absoluto por nadie ni nada más.

Webber se aclaró la garganta y Nathan levantó una ceja. Era evidente que llegaba la «parte importante».

—Señor, he venido aquí porque me lo ha pedido el Mando de OUT...

—¿Quién?

Nathan miró al pez que quedaba intacto y, luego, a Webber. Dejó caer el pescado sobre la tabla de cortar, lo examinó cuidadosamente y, acto seguido, miró a Webber un poco más. Ella le echó un rápido vistazo al pez, se ruborizó ligeramente y volvió a aclararse la garganta.

—La Organización de los Océanos Unidos de la Tierra —le explicó, y su voz denotó un poco más de sufrida paciencia de la que realmente era necesaria.

—No me suena nada eso —comentó Nathan. Cogió un machete, que evidentemente no era un cuchillo de cocina—. Pero, claro, yo estoy un poco fuera de onda.

Sin dejar de mirar a Webber, bajó el machete con un golpe seco y rápido que seccionó limpiamente la cabeza del pez, la cual cayó rodando desde el mostrador de la cocina y fue a parar casi encima de los inmaculadamente brillantes zapatos de la comandante, que se quedó mirándola durante varios embarazosos segundos. El pez le devolvía la mirada, y si a Bridger le pareció que existía algún otro parecido entre el pez y la comandante Webber, era demasiado caballero para decirlo en voz alta.

—Capitán, hemos recorrido una larga distancia para encontrarle —comenzó ella de nuevo.

Nathan la miró a los ojos, y el forzado buen humor empezó a disipársele. Después

de todo, tal vez no fuera un mensaje lo suficientemente claro para un insensible marino de carrera.

—Bien, lamento desengañarle —dijo fríamente—, pero ha malgastado el tiempo. Le dio la espalda y echó a andar a grandes zancadas hacia la puerta.

—Capitán...

¿Es que no aceptaba nunca un no por respuesta? ¡Ya era suficiente! Nathan notó que la ira reprimida se inflamaba en su interior cuando se dio bruscamente media vuelta hacia ella.

—Mire, no sé qué es lo que venden ustedes, pero ¡no me interesa! —Dio un paso adelante y quedó frente a la comandante Webber casi nariz con nariz—. Y ahora hágame un favor... ¡y lárguense de una puñetera vez de mi isla!

Aquello se parecía más al auténtico modo de hablar del viejo Nathan Bridger, ocho veces condecorado, un capitán de pies a cabeza, tan al mando cuando pisaba tierra en su choza como en el puente de un barco de guerra. Webber arrugó las cejas y abrió la boca, pero prudentemente volvió a cerrarla y dio un paso atrás, lo que le proporcionó a Nathan espacio suficiente para pasar junto a ella y salir de allí, con paso rápido, hasta la rampa.

Se detuvo al ver a un hombre al final de la rampa, mirándole. Otro individuo de uniforme. Pero aquella cara...

—Hola, Nathan —le saludó.

Bill. William Noyce. Almirante William Noyce. Estaba sonriendo, pero no con la misma sonrisa de Webber, que a él le producía dentera, sino con la sonrisa de un hombre auténticamente complacido de volver a ver a un viejo amigo. «Oh, ¿qué demonios haces tú aquí?», pensó Nathan, como si realmente tuviera necesidad de hacerse tal pregunta.

—Debí haberme dado cuenta de que tú andabas detrás de todo esto.

—Yo también me alegro de verte. Ha pasado algún tiempo, chico. ¡Seis años!

Bill avanzó sonriendo más abiertamente y olvidándose de todo, excepto de aquel feliz encuentro.

«Ni hablar», se dijo Nathan y empezó a bajar por la rampa con una dura expresión en su rostro.

—Márchate, Bill. Ya no estoy en esto. Te dije que no quería hablar nunca más contigo, ni con nadie de aquella época, nunca más. Así que... —Se le ocurrieron varias posibilidades, pero se trataba de Bill Noyce, un amigo, no de la cabezota de Webber. Ya estaba mostrándose bastante grosero—. Así que, sencillamente, márchate a casa.

Pasó junto a Noyce, apartándole, y se dirigió hacia el sendero abierto en la jungla.

—¡Escúchame, Nathan! —le gritó Bill—. ¡Las cosas han cambiado! ¿Quieres escucharme? ¡El mundo ha cambiado! ¡Maldita sea, déjame que te lo explique! —

Nathan intentó no oír aquella voz, perderla sumergiéndose otra vez entre la acogedora vegetación. Pero no funcionó—. ¡Nathan, ya está terminado! ¡Lleva tres años en servicio activo!

Nathan se detuvo sólo durante un instante. Tragó saliva y continuó adentrándose en la jungla, impaciente por dejar atrás el pasado...

Y temiendo que ya fuera demasiado tarde, que, después de todo aquel tiempo pasado en la isla, cayera otra vez en la trampa y se viera obligado a abrirse paso en el presente...

Había dispuesto un espacio para trabajar junto al pozo azul donde el delfín y él habían estado entrenando; no era más que una mesa toscamente labrada y con un dosel de hojalata por encima, pero suficiente para proteger de los imprevistos chubascos que caían allí a menudo el generador y el diverso equipo deteriorado por el tiempo. De todos modos, la pieza más valiosa de todo el equipo era una que a él no le preocupaba que se mojase, y Nathan se encontraba arrodillado en ese momento al borde del pozo azul atándosela al delfín. Se trataba de un arnés hecho a mano, en una de cuyas correas laterales había un bolsillo para llevar el sensor electrónico que transmitía información de la temperatura y la profundidad al maltrecho equipo que esperaba arriba.

Estaba asegurando las últimas sujeciones cuando oyó pasos en el claro a su espalda. Hizo caso omiso de momento, aunque vio la mirada de interés que dirigía el delfín. Se puso de pie.

—Venga, Darwin, ya sabes qué tienes que hacer. —Hizo con la mano ciertos movimientos que sabía con toda certeza que el delfín entendía—. Sigue a la máquina. Tres niveles hacia abajo. ¿Entiendes? Tres.

Darwin se limitó a quedarse allí flotando; se volvió un poco hacia un lado, mirándole con uno de sus ojos oscuros, y con una aleta golpeó el agua y le salpicó.

Nathan resopló.

—¡Maldita sea, Darwin, no te pongas tonto, que no estoy de humor! —Se inclinó con la baliza, metió la correa en aquella boca de dientes finos y sonrisa fija y repitió los signos con la mano—. Tres niveles hacia abajo.

Darwin permaneció flotando unos segundos más, mirando a Nathan con un ojo y, luego, sacudió con rapidez la cola y se zambulló en el agua azul. Nathan se quedó allí preguntándose, y no por primera vez: «¿Qué ocurrirá dentro de esa cabeza? ¿Hasta qué punto entiende lo que sucede?» Desde luego, no tenía ninguna esperanza de recibir respuesta. Pero la compañía del animal, aunque fuera de un ser tan diferente, constituía suficiente recompensa; las respuestas no lo eran todo.

Sólo *casi* todo...

Se acercó a la mesa, echó un vistazo a los instrumentos, y comprobó el batímetro.

Ya estaba a treinta metros de profundidad: Darwin hacía su trabajo con diligencia.

—¿Te comunicas con movimientos de las manos? —oyó la voz de Noyce a su espalda—. Incluso los números. Y con un ser nacido en estado salvaje. Es realmente impresionante.

Nathan abrió la boca para soltarle una de las posibles réplicas que se le ocurrieron, pero la descartó y dijo:

—No es un método perfecto, pero nos entendemos, lo cual es más de lo que puedo decir de ti y de mí.

Noyce no respondió a la puya. Lo que hizo fue acercarse, ponerse al lado de Nathan y curiosear el equipo, asintiendo levemente con la cabeza.

—Por lo que recuerdo, fue Carol quien hizo que te interesaras por los delfines —comentó rompiendo el silencio, pues era un poco extraño todo aquello—. Me enteré de lo que ocurrió. Lo siento. Era una mujer maravillosa.

El batímetro emitía su tictac para sí mismo en posición de grabación, como siempre; apenas si necesitaba que se le prestase atención. Nathan miró de reojo a Noyce, sintiéndose receloso de pronto.

—¿Cómo te enteraste?

—Vamos, Nathan. No pensarás que la Marina va a permitir que uno de sus hombres más valiosos huya a una isla como ésta sin tenerle bien vigilado, ¿verdad? —Nathan hizo una mueca, y Noyce hizo caso omiso de ella—. No estás completamente aislado aquí. De vez en cuando proporcionas información sobre los datos que recoges a los barcos de investigación que van de paso, a cambio de víveres y material para el equipo.

—Y cuando ellos se marchan los zarandeáis para que os informen acerca de mí. Estupendo. ¿Qué ha sido del derecho de las personas a la intimidad? Puede ser que ahora Estados Unidos forme parte de la Confederación del Pacífico Norte, pero, la última vez que oí hablar de ella, la Declaración de Derechos seguía vivita y coleando...

La ira que se hacía evidente en su voz habría debido poner a Noyce sobre aviso de que se alejase. Pero no se movió; y, para sorpresa de Nathan, cuando el almirante habló había en su voz un matiz más de compasión que de otra cosa.

—También sé que, con Carol desaparecida, tu única pasión es la investigación y que, en el último año, tu trabajo ha entrado en un compás de espera. Ya sabes todo lo que se puede saber desde esta roca. Y eso te produce una frustración de mil demonios.

Nathan volvió a concentrar toda su atención en la máquina, que no la necesitaba; movió ligeramente un control de amplificación y realizó un par de ajustes innecesarios más.

—Todo ha cambiado, Nathan —continuó Noyce. Su voz era casi un ruego—. Ha

habido una tregua. Estamos intentándolo. He recorrido medio mundo para contártelo.

Nathan se volvió de espaldas, sin querer tener que vérselas con la esperanza y el miedo perceptibles en la voz de Bill, sin querer tener que vérselas con nada de todo aquello; viejos recuerdos, viejos imperativos que reaparecían de pronto. A su lado, Noyce le hizo una seña a uno de los miembros del equipo de Webber. Era otra vez el joven oficial que parecía un figurín; se adelantó apresuradamente, saludó, le entregó algo a Noyce y se retiró.

—¿Te acuerdas de cuando en la academia nos quedábamos levantados toda la noche? —preguntó Noyce en tono pensativo—. Un par de veces a la semana, por lo menos...

Ciertamente, no había manera de olvidar aquello.

—Intentábamos absorber todas las ideas y teorías que nos lanzaba el Anciano Danielson —repuso Nathan.

Era siempre un esfuerzo horrible, agotador, todos ellos asaltados siempre por el miedo al fracaso, el miedo a quedar mal ante Danielson o, peor aún, ante los demás; jóvenes cachorros comportándose con orgullo.

—¿Qué era lo único que nos ayudaba a pasar aquellas noches? —insistió Bill.

Sin poder evitarlo, a Nathan empezó a hacersele la boca agua.

—Aquel helado de regaliz rojo de la sala de cadetes...

Algo frío le dio en el codo. Sorprendido, Nathan se volvió, bajó la vista y vio un envase metálico de más de tres litros de capacidad, con un contenido cremoso, surcado de rayas rojas, y dos cucharas.

—Nathan —le dijo Bill—, lo único que quiero es hablar contigo...

Dejaron atrás al grupo de Webber y bajaron caminando juntos hasta la playa, pasándose el envase el uno al otro cuando las manos se les enfriaban demasiado para seguir sosteniéndolo. Nathan se dedicó a disfrutar del helado y, por otra parte, se esforzó desesperadamente por no demostrar cuánto le intrigaba todo aquello, hasta qué punto las noticias de su viejo mundo le hacían sentirse extrañamente ansioso por saber más.

—Cuando la Organización de las Naciones Unidas se vino abajo en el año 2011, todo empezó a desenmarañarse —le estaba explicando Bill—. Bueno, ya sabes, se levantaron fronteras bajo el mar y las naciones se dividieron en confederaciones para proteger sus límites territoriales. El mundo vivía bajo la constante amenaza de una guerra... Ése es el mundo al que tú le volviste la espalda y ése *era* entonces nuestro mundo. Luego, hace trece meses, todo cambió.

—La Fosa Livingston.

Noyce levantó bruscamente una ceja a causa de la sorpresa, y Nathan percibió el rápido torbellino de preguntas que le pasaba por la mente; preguntas del estilo de

«¿cómo? ¿cuándo? ¿qué más sabe este barbudo vagabundo de playa que no dice?».

—¿Estás enterado?

Bridger se encogió de hombros como con esfuerzo y dejó perderse su mirada en el agua.

—Retazos de aquí y de allá —contestó en tono de desdén.

No ofreció ninguna otra explicación acerca de cómo le había llegado la información y Noyce fue lo bastante prudente para no presionarle. El almirante ya había advertido que Nathan no estaba tan aislado ni tan desinteresado como pretendía hacer creer. «¿Y qué? Eso no cambia las cosas», pensó.

—Submarinos armados, pertenecientes a varias confederaciones, se enfrentaron unos con otros —continuó Noyce en un tono pausado. Miró a Nathan, levantó la mano derecha y puso el pulgar y el índice muy juntos, casi tocándose—. Estuvimos así de cerca de hacer saltar por los aires todo el puñetero planeta. Realmente parecía que iba a suceder, pero... no fue así. Gracias a Dios. Ahora que, eso sí, estuvimos muy, muy cerca... —La expresión en los oscuros ojos de Bill Noyce le dijo a Nathan todo lo que necesitaba saber; todo y mucho más—. Tan cerca estuvimos que los Gobiernos de las confederaciones empezaron a entablar conversaciones. Elaboraron un tratado de paz y se creó la Organización de los Océanos Unidos de la Tierra para administrarlo.

Nathan sonrió ligeramente; sabía reconocer un discurso de propaganda en cuanto oía uno.

—Administrar... suena a momento crítico. Y ya lleva funcionando un año entero. ¡Vaya!

—Ha funcionado... y yo formo parte de él. Formo parte de la OUT.

Nathan le miró fijamente, atónito. ¿Un marino de carrera como Bill?

—¿Has dejado el Mando del Pacífico Norte?

Noyce asintió.

—Sí, porque creo que esto podría ir en serio, esta vez sí, Nathan. —Miró hacia el océano—. Ahí abajo las cosas son un poco diferentes de cuando tú las viste por última vez. No sólo hay bases científicas e instalaciones mineras, sino granjas y colonias y familias. Pero siguen existiendo muchas fronteras y un montón de... problemas. La gente de los viejos tiempos se había acostumbrado a coger sin más lo que querían. Y a veces todavía lo hacen. De modo que la OUT necesitaba una manera de controlar la situación. —Caminó un poco, se detuvo y se volvió a mirar a Nathan—. Por eso el Mando del Pacífico Norte nos dio el *seaQuest*...

Nathan parpadeó. Creía haberse sorprendido muchas otras veces, pero sin duda nunca había sido nada comparado con esto. ¿Cuántos miles de millones de dólares invertidos en investigación y desarrollo, cuánto dinero gastado en la construcción de la propia nave, para terminar regalándola? Era impensable; y no sólo por el dinero

que ello suponía, sino por el poder que implicaba. Y todo aquello ¿en manos independientes...? Recordó el aspecto que presentaban sobre el tablero de dibujo los sistemas de armamento del *seaQuest* y, a pesar del calor que hacía hervir la arena, sintió un escalofrío.

—No como barco de guerra —puntualizó Noyce—, sino para mantener la paz.

—¿Hay alguna diferencia?

—¿Qué otro buque hay más apropiado? Y... —Miró significativamente a Nathan—. Y se le hicieron los reajustes necesarios para poder transportar un gran contingente científico a bordo.

—¿Qué quieres decir con lo de «gran contingente científico»? ¿Y para qué?

—Se trata de investigación, Nathan, de investigar las profundidades del océano. Es la nave de investigación submarina de mayor tamaño que haya existido *jamás*. Piénsalo.

Nathan lo pensó y, al cabo de un momento, preguntó:

—¿Por qué has venido, Bill? —Noyce se limitó a mirarle a los ojos. Su silencio lo confirmaba todo—. Oh, no —protestó Nathan—. ¡Ni hablar! Esa..., esa parte de mi vida ha terminado. Ya no..., ya no existe.

Volvió la espalda al mar y echó a andar playa adentro.

Noyce se quedó mirándole la espalda mientras se alejaba y de pronto perdió la paciencia.

—¿No comprendes lo que te estoy ofreciendo? —gritó, lleno de frustración—. ¡Nathan, no puedes dejar pasar esta oportunidad! —Bridger continuó andando. Era evidente que sí podía y que lo haría; y que, prácticamente, ya la había dejado pasar—. ¡Por amor de Dios, Carol está muerta! ¡Déjalo ya!

Nathan se detuvo.

—No —dijo por fin—. No puedo.

—¿Por qué no?

Nathan dio media vuelta. Durante unos largos y silenciosos segundos se quedó mirando a su viejo amigo, sabiendo a ciencia cierta que sólo su amistad le impedía volver sobre sus pasos y asestarle un puñetazo en la cara a Bill Noyce por lo que acababa de decir. Bajo la descuidada barba, sus labios se movieron dando forma y descartando todo lo que tenía necesidad de decir para que lo que deseaba hacer tuviera algún sentido. Pero nada de ello le servía.

—Porque... —empezó a decir por fin, y su voz y su enfado estallaron a un mismo tiempo—. ¡Porque le di mi palabra a ella!

Permaneció allí de pie, respirando con fuerza y con los puños apretados. Un capitán de navío no debía gritarle a un almirante, y hasta la amistad más íntima podía verse en peligro por el rencor y la amargura que él acababa de descargar sobre Bill Noyce. Nathan le miró, esperando su reacción; pero Bill se limitó a mover la cabeza.

No pasaba nada. A lo hecho, pecho; y un estallido de dolor no era ni con mucho lo peor.

—Sé cuánto te dolió perder a Eric —le dijo suavemente Bill—, y cuánto te culpas a ti mismo de que decidiera ingresar en el ejército. Yo también tengo hijos, ¿recuerdas? —Hizo un leve gesto que abarcaba la laguna, la playa, los árboles; todos ellos vacíos, una hermosa desolación sin rastro de presencia humana, con excepción de las pequeñas figuras uniformadas que se veían a lo lejos, además de ellos dos—. Pero, Nathan, mira a tu alrededor. Estás completamente solo aquí. ¿No te das cuenta de hasta qué punto tu investigación, tu pasión, podrían ser satisfechas a bordo de un barco en el que tú personalmente pusiste tu vida, tu alma y tu corazón? —Le miró y no vio nada malicioso ni taimado en su expresión—. Sólo te pido que vengas a verlo, que subas a bordo. Déjame que te enseñe de qué te estoy hablando. A Carol no le importaría eso, ¿no crees?

Aun antes de que él abriera la boca para pronunciar su respuesta, cualquiera habría adivinado cuál sería ésta. Nathan podía oír ya el creciente estruendo de los motores del hovercraft. Miró a Bill y, luego, miró al mar y se puso a pensar. Los pensamientos daban vueltas y vueltas, sin llevar a ninguna parte...

Unas horas después, tras ponerse unos desgastados pantalones de algodón áspero y otra camisa, Nathan se arrodilló al borde del pozo azul; el delfín, ya sin arnés, flotaba en el agua mirándole.

—Darwin —le dijo en voz baja—, no será por mucho tiempo. Volveré en seguida.

Hizo con la mano los signos que expresaban «volver pronto» y otro que él nunca había estado seguro de hasta qué punto el delfín lo entendía: «No te preocupes.» Nathan apenas era consciente de la presencia de Noyce, que se encontraba detrás de él jugueteando nerviosamente con el comunicador portátil. Noyce entendía qué estaba ocurriendo. Lo que Darwin pudiera comprender resultaba difícil de saber, así que tranquilizarle era más importante que irse corriendo a otra parte.

Y tranquilidad era, desde luego, lo que hacía falta. El simbolismo de isla y útero materno, de retiro, de huida, de rechazo, no se había perdido aún en Nathan. Llevaba mucho tiempo negándose a admitirlo y, sin embargo, tener que marcharse, aunque fuera empujado por su propia curiosidad, le producía una sensación de angustia.

El delfín emitió un gorjeo débil; un sonido que acostumbraba a ser su respuesta al signo de «no te preocupes». Nathan acarició una vez más aquella piel increíblemente suave y, con mucha dulzura, le dio dos rápidas palmaditas en la abultada frente, el «melón» u órgano del sonar sensorial: «Hasta pronto.»

Darwin le miró oblicuamente con su ojo brillante, dio media vuelta y se zambulló, mostrándole de lado la eterna sonrisa.

El corazón de Nathan se encogió de miedo; ¿por quién?, no lo sabía. Se puso en

pie, cogió la pequeña bolsa con sus pertenencias y siguió a Bill Noyce hasta el hovercraft, que los estaba esperando. El cierre de las puertas y la aceleración del motor le pasaron casi inadvertidos y, en cuanto se sentó, toda su atención se concentró en lo que veía a través de la ventana, antes siempre abierta, ahora encapsulada en vidrio y acero, irreal, remota. La nave se alzó, alejándose de la playa en medio de una tormenta de arena, y lo que se veía por la ventana se contrajo, pasando de ser una llamarada de verdor y blancura a un punto verde en un más amplio resplandor de azul; un ojo verde, una pupila azul que le devolvía la mirada mientras se alejaba de él, perdiéndose.

Aspiró lenta y deliberadamente aquel aire extraño del interior del hovercraft; un aire fresco y con un cierto olor a metal; un aire acondicionado y completamente artificial, totalmente diferente del que solía respirar en la isla. Luego, se apartó de la ventana para ver el nuevo mundo que Bill le había prometido.

Capítulo 4

Al principio se encontró un poco perdido. Se paseaba de un lado a otro por el *seaQuest*, sintiéndose más bien como un niño de cinco años en su primer día en el jardín de infancia, abandonado de repente entre otras personas, casi todas desconocidas, que le miraban con expresión de incertidumbre e incomodidad. «Debe de ser ese tal Nathan Bridger, pero a simple vista no parece más que un maldito vagabundo de playa...», parecían estar pensando.

No tenía intención, sin embargo, de dejar que se le notase lo intranquilo que se sentía ni por todo el dinero del mundo —ni siquiera por los auténticos billetes verdes antiguos de Crocker—, y tampoco que se lo imaginaran tan siquiera; de manera que, finalmente, se puso a deambular otra vez. Recorrió el *seaQuest* de punta a punta, en todos los niveles, asomando la cabeza por los laboratorios, curioseando en los camarotes y metiendo la nariz en la sala de máquinas, en las salas de ordenadores e incluso en la cocina (que, a pesar de ser nueva y estar reluciente, era como cualquier otra cocina de submarino que él hubiera visto, siempre con un ligero olor a cebolla frita flotando en el aire por mucha ventilación que pasase por los depuradores). Todo ello le ocupó un buen rato. Mientras caminaba, los diminutos crujidos y los movimientos del barco que percibía a su alrededor, aunque tenían un sonido diferente a los de los otros submarinos en los que había estado antes, le indicaban que avanzaban a mucha velocidad y se sumergían gradualmente; a unos cientos de metros de profundidad ya, quizás, con un rumbo que los alejaba de las escarpadas montañas submarinas de la cordillera Hawaiana y los llevaba hacia el profundo valle que se encontraba entre éstas y la cadena de islas Line en el centro del Pacífico. Le resultaba difícil abandonar aquella exploración del espacio que le rodeaba; pero, al mismo tiempo, le seducía la idea de volver al puente y echar una ojeada a la penumbra exterior de las profundidades. Ya habría tiempo más tarde de coger aquella lancha.

Recorrió otra vez el pasillo longitudinal de estribor. Los miembros de la tripulación todavía se quedaban mirándole al pasar, pero Nathan no se fijaba en ellos, absorto en el destello de azul plateado que se acercaba a él por el tubo que se extendía a lo largo del pasillo por debajo del suelo. La elegante figura se detuvo a medio pasillo, mirándole de reojo. «Todavía no ha logrado superarlo», pensó Bridger, y se arrodilló un momento para dar unos golpes en el cristal en señal de saludo. Darwin le miró, dio la vuelta en el agua, hizo una floritura con la cola y se fue nadando hacia estribor, en espiral y evidentemente de muy buen humor.

—Por lo menos uno de los dos se lo está pasando bien —comentó Nathan en voz baja; y se puso en pie, sacudiendo la cabeza. Un miembro de la tripulación, que pasaba junto a él, le echó una fugaz mirada. Nathan le indicó el delfín y dijo—: ¿No es estupendo?

—Sí, señor —contestó el marinero, poniendo en evidencia que a él el delfín no le decía nada en absoluto; y continuó su camino.

«Claro, supongo que a estas alturas ya están más que acostumbrados...», supuso Nathan, y pensó en cualquier anterior dotación de delfines que el barco hubiera podido tener. ¿Cuántos serían y qué habría sido de ellos? Parecía extraño que no hubiese habido ninguno en el *seaQuest* desde que estuvo listo para navegar.

A no ser, por supuesto, que Noyce ya hubiera tenido noticias de la existencia de un delfín determinado... y hubiese quitado a cualquier otro delfín para poner a éste...

Sacudió la cabeza. ¿Se trataba de una paranoia, o sólo de una extraña sospecha...? De todos modos, era una pena. A menudo tenía la preocupación de que Darwin «no salía lo suficiente», que no veía con frecuencia otros delfines, debido a que siempre rondaba por la isla trabajando con Nathan. Habría sido bonito que se hubiese encontrado otros delfines en el barco para hablar con ellos, seres con los que no necesitase traductor.

«No me lo puedo creer. Me preocupo de la vida social de un cetáceo», pensó Nathan y, tras hacer una mueca irónica para sí, continuó adelante y se detuvo ante uno de los paneles de «situación», se colocó en la nariz las gafas bifocales y se puso a curiosear las informaciones (la presión y la temperatura internas, la presión y la temperatura externas, y las mediciones del batímetro); todo, muy eficiente. Se dio la vuelta y volvió a encaminarse despacio hacia el puente. Ford le alcanzó por detrás y se puso a caminar a su lado.

—Señor, acabamos de recibir este mensaje para usted —le dijo, al tiempo que le tendía una nota—. Creo que es del almirante Noyce.

Nathan resucitó la imagen de Noyce con un recipiente de helado de tres litros de capacidad a modo de gorro sobre la cabeza. Tomó la nota, la abrió, la leyó y se rió en voz baja.

—¿Buenas noticias? —le preguntó Ford.

Nathan volvió a reírse.

—El almirante se pregunta si, ya que me encuentro a bordo, podría echarle un vistazo a la unidad principal de propulsión. Por lo visto ha habido algunos fallos en el sistema de retorno del agua. —Se metió la nota en el bolsillo—. Y yo que pensaba que los grupos de presión habían pasado de moda. De todos modos, las averías eran de esperar. Esta chiquilla lleva once meses sentada con los pies para arriba, así que ahora empezarán a salir los bichos de la madera, como es natural.

Ford asintió.

—¿Significa esto que no va a regresar a tierra firme según los planes? —quiso saber.

—No ve usted el momento de tenerme fuera del barco, ¿eh? —le comentó Nathan, divertido.

Ford pareció sorprendido.

—No, señor; es sólo que...

—No se preocupe, comandante. Yo probablemente sentiría lo mismo si me encontrase en su pellejo. Se lo aseguro, no tengo la menor intención de arrebatárle el mando con malas artes.

—¿Arrebatármelo, señor?

Ford puso una expresión de total extrañeza, una expresión adquirida se diría que casi demasiado cuidadosamente. Nathan levantó las cejas.

—Vaya, no me irá a decir que no piensa que este barco le pertenece a usted, ¿verdad?

—No, señor —respondió Ford con mucha calma—. No le digo nada de eso. Pero el hecho es que ese tipo de decisiones está fuera de mi control.

Bridger se quedó mirándole un momento.

—Creo que tiene usted razón —dijo finalmente—. Sólo quiero que sepa que, sea lo que sea lo que tenga pensado Noyce..., pues bien, no va a funcionar.

—Sí, señor —convino Ford en el mismo tono calmado de antes—. ¿Significa eso que el capitán está dispuesto a marcharse del *seaQuest*?

Bridger miró el tubo; Darwin había vuelto otra vez, curioso, supuso él. ¿Escuchaba disimuladamente? Quién sabía qué clase de actitudes adoptaría un delfín en lo referente a la intimidad. Claro que ahora podía preguntárselo...

—A su debido tiempo —respondió, contestándose a la vez a sí mismo y a Ford.

Y desde el final del pasillo una voz gritó:

—¡Comandante! ¡Comandante Ford!

—Oh, *no*...

Ford se dio la vuelta, con la expresión de un hombre al que agobiaran con un problema más que en ningún caso deseaba. Nathan cerró la boca y esperó a ver qué pasaba; en medio de su propio fastidio, confiaba en cierto modo en disfrutar con el desconcierto de Ford.

La mujer que iba hacia ellos llevaba el uniforme del equipo científico; era una dama atractiva, de unos cuarenta y cinco años, muy energética, de aspecto muy profesional y que en aquel momento, a juzgar por la expresión de su cara, estaba realmente enfadada. Pasó junto a Nathan, rozándole con el hombro como si él no estuviera allí, levantó la cara directamente hacia Ford y le espetó:

—¡Ya está bien! ¡Basta! Vamos a poner una cosa en claro, ¿de acuerdo? ¡Mi gente no está dispuesta a aceptar que se les trate como si formaran parte del... cargamento! Somos científicos capaces de pensar por nosotros mismos, no unos zánganos militares sin cerebro...

Ford no se apartó ni un centímetro; entrecerró los ojos y le soltó a la científica a la cara:

—¿Cuál es la queja, doctora?

—Gente que está bajo su mando ha ocupado zonas destinadas sin ningún género de dudas a laboratorios de investigación. ¡Quiero que se marchen de allí inmediatamente!

—Permítale recordarle, mi querida doctora, que están ustedes a bordo de un buque militar. Y sus órdenes son...

Los ojos de la mujer comenzaron a lanzar destellos de desprecio.

—¿Órdenes? ¡Yo no recibo órdenes! Éste es un buque de investigación y exploración. Nosotros somos más numerosos que ustedes. Ciento veinticuatro contra ochenta y ocho.

—Eso suena a amenaza.

—¡Vaya, al menos capta usted lo evidente!

—Entienda usted esto...

—¡No me apunte con el dedo!

Nathan no pudo contenerse más. Hasta ese momento había logrado contener la risa, pero aquello último le abrió las compuertas. Empezó a reírse, y de inmediato la científica se volvió en redondo hacia él, desechando la vieja discusión para empezar otra nueva y más alentadora.

—¿Lo encuentra divertido?

—Pues en realidad sí. —Aunque Nathan lo intentaba, no lograba reprimir la risa—. ¿Cómo puede nadie esperar que haya paz duradera en el mundo si ustedes y sus respectivos equipos no consiguen ponerse de acuerdo en nada?

La mujer miró a Nathan lentamente de arriba abajo, sin molestarse en disimular el desprecio que sentía por el hecho de que aquel tipo tan desaliñado se atreviera a aventurar semejante opinión. «Ya me estoy cansando de esta manera de reaccionar. Voy a tener que hacer algo...», pensó Nathan con pesar.

—¿Qué es usted? ¿Una especie de polizón? —le increpó ella.

—Me llamo Bridger.

Aquello al menos surtió efecto, porque el sarcasmo se esfumó como si alguien hubiese accionado un interruptor. La científica parecía estar bastante desconcertada.

—¿Usted es... Nathan Bridger?

Nathan asintió.

—Por lo menos lo era la última vez que lo comprobé.

La mujer movió la cabeza lentamente a un lado y a otro, y una expresión pensativa ocupó el lugar del asombro.

—Yo... conozco la labor que ha hecho usted. Topografía y variaciones termales, ¿no es cierto? He leído los datos que enviaba... desde esa isla suya del Yucatán.

Nathan se permitió una rápida sonrisa. Nunca estaba seguro de hasta qué punto el material que enviaba llegaba a la comunidad de investigación científica; al fin y al

cabos, una vez que se extiende el rumor de que uno se está comportando de un modo raro, la gente a veces empieza a cuestionar los hallazgos basándose en que el «estado mental» del que los realiza podría estar contaminándolos.

—¿Le han sido útiles?

—Mucho. En una ocasión intenté ponerme en contacto con usted, pero me dijeron que estaba... —Hizo una pausa, buscando alguna palabra que resultase neutra y sin dejar de mirarle con una expresión llena de curiosidad—. Vaya, que era usted inaccesible. —Nathan no tenía nada que decir a esto de momento—. Mi nombre es Kristin Westphalen —continuó la mujer al cabo de unos segundos—. Doctora en medicina, física oceanógrafa y jefa del equipo científico a bordo de este barco.

—Doctora —la saludó con reconocimiento Nathan, y le tendió la mano mirándola a los ojos.

Él también conocía el trabajo de ella. Era una mujer con una mente incisiva, aunque, a juzgar por el tono de sus escritos, llena de sentido del humor; una mente que no consideraba que ningún hecho fuese demasiado pequeño para no merecer una investigación ni ningún problema lo demasiado grande para no poder abordarlo. Por ejemplo, la institución militar de la OUI al completo. En el rostro de la científica había trazas de ese humor y ese interés, así como una dureza de temple que sobrepasaba todo lo que Nathan hubiera podido esperar.

Y entonces notó que, tras el apretón de manos, ella continuaba estudiándole; no, mirándole más bien de un modo que él no había visto en mucho tiempo. Empezó a preguntarse qué estaría mirando, una vez que ella había superado el nivel de vagabundo de playa. Deliberadamente apartó la mirada.

Westphalen también dejó de mirarle a él.

—Sí, bueno, se me hace tarde para una reunión del personal. Ha sido... muy agradable... conocerle. —Se volvió otra vez hacia Ford y retomó el asunto que la había llevado allí—. No he terminado con esto, comandante. ¡Ni mucho menos!

Dio media vuelta y se alejó.

Ellos la siguieron con la mirada. Nathan se alegraba de que el enfado no hubiera sido contra él. De cerca aquella mujer era como un tifón: violento, pero impresionante.

—Parece estar muy... entregada a su trabajo —le dijo a Ford.

El comandante resopló y contestó:

—Más le vale estarlo. Señor...

Se despidió con una inclinación de cabeza y se marchó a su vez, decididamente enfadado.

Nathan sonrió ligeramente. Había sido un cambio agradable ver desconcertarse a alguien que no fuera él mismo, muy agradable en verdad. Echó una rápida mirada al lugar donde había estado Westphalen, levantó los ojos hacia el punto por donde se

había marchado tan llena de justa ira, sonrió otra vez y continuó con su inspección.

La oscuridad a mil quinientos metros de profundidad es casi total, rota sólo esporádicamente por la luminosidad natural de los peces y los invertebrados que pasan de vez en cuando. Pero hay otras fuentes de luz, incluso tan abajo, salpicando aquí y allá las grandes profundidades.

La Central Energética Gedrick era una de ellas; unas instalaciones enormes, que ocupaban una extensión de varios kilómetros a lo largo del fondo del océano sobre una corteza de lava, arena y nódulos de manganeso. Justo en el centro de toda la instalación se encontraba el complejo de intercambio de calor, situado sobre la principal fuente geotérmica de la central, una enorme grieta en el fondo del océano, a través de la cual se liberaban originalmente en el mar los gases y el agua a alta temperatura procedentes de la masa volcánica que había debajo.

Aquella energía era gratuita e ilimitada. Puesto que no tenía sentido malgastarla, la enorme grieta por donde se escapaba el gas, enterrada entre dos rebordes de casi un kilómetro de longitud, formados por lava antigua, había sido barrenada para dejarla más o menos al mismo nivel. Se sellaron los bordes con nustone y el resto, la apertura principal, se cubrió con un casquete y, luego, se construyeron la conducción y la columna de intercambio, una turbina de tipo estándar activada primero por la presión de los gases que subían y después extrayendo calor de los gases una vez agotada su presión. Otras grietas más pequeñas tenían construidas y selladas sus propias torres de fugas, y sus gases se canalizaban hacia la columna de intercambio principal, puesto que la presión que generaban solía ser insignificante.

Poco después se instalaron los tanques de almacenaje que contendrían el gas para su procesamiento (cuando se enfriaba, emanaba azufre y algunos hidrocarburos demasiado buenos para desperdiciarlos, teniendo en cuenta que la naturaleza los regalaba de forma tan generosa) y se añadieron también otros tanques para almacenar los líquidos y gases sobrantes tras el procesamiento, bien fueran valiosos productos derivados, bien desperdicios tóxicos y semitóxicos susceptibles de ser separados.

Alrededor de la fuga principal, las otras torres más pequeñas de la central energética traspasaban verticalmente la agobiante oscuridad, salpicando aquí y allá la telaraña de tuberías que iban a los tanques de almacenamiento y a los edificios industriales que proporcionaban accesos y servicios: las oficinas, y las viviendas para el personal de plantilla y para el equipo de mantenimiento y sus familiares. La red de los conductos de conexión era de una complejidad impresionante; haces de tuberías de todas formas y tamaños se entrelazaban unos con otros formando un tejido multidireccional. Unas luces amarillas brillaban en aquellas profundas aguas, delineando las estructuras y las tuberías. En otro tiempo, la central energética hubiera podido confundirse con una de las enormes plantas de procesamiento de petróleo de

la costa oeste de Norteamérica. Pero ya no existían, y estas instalaciones eran sus herederas, más limpias, más seguras y capaces de producir una forma de energía mucho más fácil de encontrar y prácticamente inagotable. Cientos de centrales como aquella se hallaban diseminadas por los fondos de los océanos de todo el mundo, invisibles cimientos de las necesidades energéticas y tecnológicas del nuevo siglo.

Otras fuerzas, igualmente invisibles, se movían en aquellas profundidades. La oscuridad cobijaba la enorme y achatada forma de garrote que se mecía suavemente, una forma propia del siglo anterior, aunque mortal para cualquier época. Con los reactores apagados y la conducción eléctrica produciendo sólo las revoluciones suficientes para aproximarse lenta y silenciosamente, el *Delta-IV* estudiaba a su presa.

El trazado de la Central Energética Gedrick se extendía como un mapa en una de las pantallas de sensores, brillando con diferentes clases de luz; líneas que indicaban por dónde circulaban los gases fríos y calientes, los caminos de los conductos de energía y, debajo de todo ello, el gran mar de fondo del calor geotérmico, un rojo apagado y semejante al que se ve cuando se cierran los ojos.

El tripulante que se inclinaba sobre aquel despliegue luminoso no tenía ojos para nada más en aquel momento. Marilyn Stark paseaba por el puente oscuro y estrecho sin hacer caso de lo que mostraba la pantalla; reflexionaba sobre las opciones de que disponía, porque incluso una operación tan fácil como aquella llevaba consigo la posibilidad de que muchas cosas saliesen mal. Si se pasa uno un buen rato preparándose para cualquier contingencia inimaginable, si se tienen a punto respuestas por si ocurre algún desastre, pase lo que pase se conseguirá llegar a la cima; pero, si se descuida aunque sólo sea una posibilidad, se encontrará uno con la amenaza del desastre. Stark paseaba y pensaba, con el entrecejo fruncido.

Maxwell se le acercó en silencio, sin querer romper aquella quietud; ya le había visto perder la calma en alguna ocasión y no era algo que uno quisiese provocar voluntariamente, no si quería tener paz en los días posteriores.

—Estamos aproximándonos a la Central Energética Gedrick, comandante — informó, y esperó órdenes.

La comandante asintió sin responder nada; se limitó a echar una rápida mirada a Maxwell, preguntándose hasta qué punto podría confiar en él. Con aquella tripulación en particular, ella nunca se desahogaba demasiado, pues ya el equipo anterior le servio de escarmiento y le hizo ver lo equivocado que se podía estar si se confiaba demasiado en los demás, si se permitía que los otros supieran lo que uno realmente está pensando. Ni siquiera a Maxwell, el único que le había sido leal, el único que hasta el momento había demostrado ser digno de confianza..., ni siquiera a él podía decirle siempre la verdad. Aquella vocecita que le hablaba desde el fondo de su

cabeza le advertía que tuviera cuidado con las confidencias, que no permitiese que ningún otro ser humano conociese demasiado los entresijos de sus propios pensamientos. Siempre existía la posibilidad de una traición, y ésta era más dolorosa cuando procedía de alguien en quien uno había cometido el error de confiar...

Un súbito y confuso movimiento a un lado la puso alerta y la obligó a darse la vuelta. Era Pollack, el oficial de control de armamento de popa, si es que oficial era la palabra que ella buscaba; un tipo grande y torpón, de cara embotada, que se movía lentamente por el barco como un toro borracho, arrojando literalmente aquel enorme peso suyo por todas partes en un intento de dominar a los demás. Mientras el hombre se aproximaba, Stark pensó con disgusto: «Es todo un pirata, pero un pirata de los viejos tiempos. No tiene ni la mitad de la madera que ha de tener un oficial.» Una de las desventajas de hacerse... independiente, como se había hecho ella, era que el personal disponible tendía a ser de una calidad mucho peor de lo que en otra situación ella misma hubiera tolerado. Pero, en aquellas circunstancias, se trataba de uno de los gajes del oficio, y no quedaba más remedio que aguantarse. Al fin y al cabo había un trabajo que hacer y no podía permitir que nada interfiriese en él...

Pollack se detuvo a su lado, demasiado cerca. Stark arrugó la nariz.

—No lo entiendo —dijo el oficial—. ¿Por qué quiere que atacemos *esta* central energética?

—Es estratégica —contestó Stark con cierto hastío, y es que, si todavía no había comprendido el objetivo, no serviría de mucho volver a explicárselo.

—¿Para qué? ¡Tenemos todo el combustible que podemos transportar! ¡No tienen nada que merezca la pena llevarse! Deberíamos estar...

La cabeza se le disparó hacia atrás cuando Stark le abofeteó en plena cara. Pollack soltó un grito. «Como si tú tuvieras voto, pedazo de sapo», pensó Stark con satisfacción al ver que Pollack perdía el equilibrio a causa de la bofetada y luego se incorporaba tambaleante, apretándose la cara con las manos y con el dolor del golpe todavía reflejado en la mirada. La rabia deformaba el rostro del oficial cuando se irguió por encima de ella desde su superior estatura; pero a Stark aquello no la preocupaba lo más mínimo, pues sabía muy bien que, si tenía que hacerlo, podía partirlo en dos. Se quedó mirándole con frialdad.

—No te atrevas nunca a cuestionar mis órdenes —susurró, y dejó transcurrir unos segundos para dejar que aquellas palabras se asentasen en la mente de su subordinado—. Mientras el *seaQuest* ande por ahí, vosotros nunca tendréis el respeto con que merecéis que os trate la comunidad mundial. Yo destruiré esa nave, pero poniendo mis propias condiciones.

Pollack la miró con verdadero odio y Stark le sostuvo la mirada, se la sostuvo hasta que el oficial no pudo soportarlo más y bajó la vista. Se dio la vuelta y se alejó dando tumbos de nuevo, sin tan siquiera soltar maldiciones en voz baja. Volvió a

sentarse en su sillón y miró furioso a la pantalla de su tablero.

Stark paseó la mirada por el puente, atenta a si algún otro pensaba que aquello era una democracia en la cual se tenía derecho al voto. Casi deseaba que alguien pensase así, pues a veces dos lecciones, una después de la otra, daban mucho mejor resultado que una sola. Pero por todo el puente los ojos que se habían alzado para observar cómo reaccionaría Pollack se bajaron apresuradamente hacia los tableros de control. Stark ni se molestó en sonreír. «No tienen carácter. Es una lástima tener que trabajar con un material de tan baja calidad...», pensó.

Reanudó los paseos durante un rato, dejando que las personas que había en el puente volviesen a la normalidad. Al cabo de unos momentos, como sin darle importancia, le preguntó a Maxwell:

—¿Qué población tiene la central energética?

Él no tuvo que consultar ningún registro; se lo sabía, y eso fue algo que le vino muy bien.

—Cincuenta y nueve trabajadores. Con sus familias. En total, ciento veintisiete personas entre hombres, mujeres y niños.

Stark hizo un gesto de asentimiento.

—Perfecto. Pon nuevo rumbo y abandona la marcha silenciosa.

Se quedó esperando, porque había una especie de súplica en la mirada de Maxwell. Stark ya la había visto en un par de ocasiones anteriores y la toleraba... mientras no se convirtiera en algo parecido a la insubordinación. Desde luego, ése era el problema de tener aunque sólo fuera un hombre realmente bueno en el barco, que los buenos a menudo mostraban debilidad, se doblegaban ante la tensión y, en el momento de la verdad, se dispersaban en direcciones imprevisibles. Contempló a Maxwell, a la espera de ver por dónde salía.

—Comandante —le advirtió él—, si recuperamos la marcha normal, el *seaQuest* se dará cuenta de que estamos aquí.

Stark le miró.

—Antes de que hayamos terminado con esto —afirmó rotunda—, el mundo entero sabrá que estamos aquí.

Maxwell se acercó lo suficiente como para que sólo ella pudiera oírlo.

—¿Está segura de que es la única solución, comandante? —le preguntó en voz baja, y volvió a notarse el tono de súplica en su voz—. Quizá podríamos...

—No —le cortó la comandante rápidamente, antes de que llegara a decir algo que le hiciera a ella preguntarse si en realidad aquel hombre le era más útil que Pollack—. En la guerra no hay inocentes.

En silencio, sin mover un solo músculo del rostro, Maxwell dio media vuelta y volvió a sus obligaciones. Stark le siguió con la mirada sólo un momento, lamentando un poco que no fuese capaz de ver las cosas por sí mismo, que alguien tuviera que

decirle que estaban en guerra. Era ésa la gran diferencia, y siempre lo sería, entre un oficial como él y una comandante como ella.

Se puso a pasear en la penumbra, pensando, y esperando el momento de actuar.

El puente estaba de bote en bote cuando llegó; parecía que la tripulación se hubiese duplicado desde la última vez que él estuvo allí, y Nathan se alegró de nuevo de que fuese tan espacioso, porque, de otro modo, aquel lugar habría parecido un zoo. No había manera de pensar correctamente cuando a uno continuamente se le cruzaban en el camino otras personas, tropezándose entre sí y pisándose mientras iban y venían de sus puestos.

Miró a su alrededor y vio a Ford y a Hitchcock junto a la mesa de comunicaciones. O'Neill estaba sentado y escuchaba atentamente con los auriculares, mientras sus dos superiores se inclinaban sobre él y le observaban.

Se unió a ellos y los saludó con la cabeza de uno en uno.

—¿Quería verme, señor Ford?

Ford le miró rápida y brevemente de reojo; no quería apartar la vista del tablero por mucho tiempo.

—Estamos recibiendo una llamada de socorro.

—¿Por qué me lo dice a mí?

Ford le miró a los ojos.

—Las normas de la OUT me obligan a informar de cualquier situación de emergencia al oficial de mayor rango que se encuentre a bordo. Y ése es usted.

Volvió de nuevo al asunto que acaparaba su atención, con el aire de alguien que ha logrado desembarazarse de una tarea rutinaria e innecesaria. Bridger titubeó, pero le ganó la curiosidad y avanzó un poco para ponerse junto a Ford cerca del puesto de O'Neill.

—¿Cuál es la fuente de la llamada?

Ford le miró y contestó:

—La Central Energética Gedrick. Por lo visto se encuentra bajo alguna clase de ataque. Se desconoce el agresor.

—La señal se debilita por momentos —indicó O'Neill, entornando los párpados con preocupación—. Al parecer han hecho saltar las defensas de la central, las pocas defensas que tenían. Informan de que han sufrido numerosas bajas, señor. Y el ataque continúa.

Hitchcock miró a Ford y observó:

—Ésta podría ser la primera misión del *seaQuest* desde que se encuentra bajo el mando de la OUT. Quizá debería usted ponerse en contacto con Pearl para pedirle órdenes específicas antes de que...

O'Neill meneó la cabeza.

—No se puede, teniente. Estamos a demasiada profundidad para conseguir rápidamente comunicación directa, señor.

—¿A qué distancia está la boya de comunicaciones más cercana?

O'Neill consultó sus aparatos y frunció el entrecejo; Nathan oyó al jefe de comunicaciones maldecir brevemente en voz baja.

—A casi quinientos kilómetros en dirección opuesta. Es un largo rodeo.

Bridger se inclinó para echar un vistazo a las lecturas del tablero de comunicaciones, mucho más interesado por sus propias implicaciones que por la situación política.

—¿Y a qué distancia estamos de la central? —quiso saber.

O'Neill miró primero fugazmente a Ford, que le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y luego contestó:

—Está en una frontera, en parte del territorio Gedrick. Distancia, cuarenta y ocho kilómetros; profundidad, mil quinientos metros.

Nathan hizo un cálculo mentalmente; dos veces, para estar más seguro.

—Con estas corrientes, podríamos llegar allí en veinte minutos.

Ford respiró profundamente; tan alto, o por lo menos eso le pareció a Nathan, que estaba a su lado, que pareció más un jadeo que otra cosa. Pero el rostro de Ford seguía estando sereno. Se volvió hacia Nathan en una postura extrañamente erguida, una pose oficial.

—Capitán —declaró—, estoy dispuesto a cederle el mando del *seaQuest* en este mismo momento.

—¿Qué...?

Bridger captó el nerviosismo en la voz de Hitchcock y vio la preocupación, disimulada de inmediato, que se le reflejó en el rostro; se trataba en su mayor parte de una seria duda, teñida de cierta intranquilidad por Ford. Hizo un esfuerzo para pasar por alto aquello, al menos de momento, se incorporó desde la posición en que se encontraba, examinando las lecturas en el tablero, y pasó por alto también la mirada asustada de O'Neill.

—¿Cómo dice?

Ford titubeó un segundo y repitió:

—Sólo me preguntaba si el capitán querría asumir el mando en este momento.

Todos los que se encontraban en el puente los miraban, esperando a ver qué sucedía. «¿Cuánto le habrá costado a este hombre hacer semejante ofrecimiento, lo haya hecho de grado o a la fuerza?», se preguntó Nathan y, por un momento, sus pensamientos se ocuparon de nuevo en lo que iba a hacerle a Noyce cuando saliera de aquella desamparada embarcación; utilizaría, desde luego, algo lento, como plomo derretido o aceite hirviendo. «Pero eso puede esperar. Mientras tanto, no puedo debilitar la autoridad de Ford ante su gente; él se ha entrenado con ellos, él ha

trabajado con ellos durante todo este tiempo...»

Hizo lo único que se le ocurrió para relajar la tensión: se echó a reír. Todos los presentes intercambiaron miradas de asombro. Resultaba evidente que nadie en el puente se esperaba aquella reacción.

—Perdone —se excusó—. Me ha cogido totalmente por sorpresa. —Miró a Ford durante un momento y añadió—: No me parece usted de la clase de oficiales que esconden la cabeza a la primera oportunidad que se les presenta de tomar una decisión de mando, comandante. —Hizo una mueca irónica—. Me parece que sé bajo las órdenes de quién está usted actuando y, si él estuviera aquí ahora mismo, le sacaría los ojos a puñetazos... de parte de los dos, de usted y de mí. —Aquello no era suficiente, pues todo el mundo permaneció de pie, quieto y demasiado silencioso, y no era precisamente un momento para distraerse—. La respuesta es no, comandante —continuó Nathan, en un tono de voz más alto—. Yo sólo estoy aquí para dar un paseo. Usted es quien está al mando.

Fueron perceptibles los ligeros movimientos de los presentes en el puente, así como los leves suspiros nasales al ser liberada la respiración contenida. El propio Bridger soltó un suspiro sin dejar de mirar a Ford a los ojos. Sus sentimientos eran horriblemente complejos, y por el rabillo del ojo pudo ver a Crocker mirándole desilusionado. Aquella mirada le dolió un poco, pero no podía permitirse el lujo de dejar que le preocupase. «Tomar otra vez el mando..., sí, pero nunca en estas circunstancias. Nada de quitarle su primer mando a un joven sólo porque Bill Noyce creyó que eso me halagaría..., ni hablar.»

Ford todavía no había apartado su mirada, parecía estar buscando atentamente algo en el rostro de Nathan y él le dejó que se tomase su tiempo, preguntándose qué sería lo que andaba buscando. ¿Acaso un signo de cobardía? Era una palabra dura, pero posible. Nathan comprendía que un hombre pudiera sospechar tal cosa de otro que llevaba seis años huyendo del «mundo real» y de pronto se veía presionado para volver a él. Ciertamente, no se podía esperar ver demasiada disposición. Y el miedo tampoco resultaría sorprendente, teniendo en cuenta, además, que Nathan no iba a negar que lo tenía.

Ford se dio la vuelta hacia O'Neill.

—Proporcione a Navegación las coordenadas de la central energética —ordenó—. Navegación, ponga un nuevo rumbo. ¡Orientación directa! Timonel y todos los demás, a sus puestos. ¡Prepárense para un próximo cambio de rumbo y velocidad!

Los miembros de la tripulación empezaron a ocuparse de sus cometidos en el puente con cierta rapidez, casi como agradeciendo el alivio de aquellos momentos de tensión o la nueva sensación de urgencia. Bridger lo observaba todo y se sorprendió al comprobar que sentía cierta melancolía; todos tenían una tarea que hacer y todos la hacían, y evidentemente lo habían hecho antes por separado y ahora lo hacían juntos.

«Como si te necesitasen para algo», le dijo con desprecio una voz en el fondo de su mente, aunque en parte complacida. Estaba claro que había hecho lo correcto. La tripulación ni le necesitó el día anterior para cumplir con su trabajo ni le necesitaba en ese momento. «Lo mismo que yo no los necesito a ellos», pensó.

Pero, de algún modo, aquella idea no le hizo sentirse mejor.

El barco empezó a inclinarse para dar la vuelta, cambiando de rumbo a toda velocidad. Nathan se marchó del puente y no se sorprendió cuando, al volverse a mirar desde la puerta, vio que nadie había notado su ausencia.

En la cubierta superior el agua chapoteaba hacia babor, salpicando el suelo y hasta más allá del canalillo de desagüe del tanque en forma de luna. Nathan se quedó mirando aquello y sus pensamientos se tranquilizaron en seguida con el suave y repetitivo sonido.

Al cabo de unos cuantos chapoteos, apareció Darwin en el estanque, salió a la superficie y, manteniéndose en equilibrio sobre la cola, se alzó en posición vertical fuera del agua, mirando a Nathan. Charloteó y, en un tono cargado de interés, se oyó la voz del ordenador:

—¿Qué... pasar?

—Estamos dando la vuelta —respondió Bridger.

Darwin se deslizó de nuevo dentro del agua, sin dejar de mirar a Nathan.

—¿Nosotros... volver? No entiendo.

—El barco..., esta cueva en la que estamos... —Respiró hondo, preguntándose cómo iba a explicarle aquello al delfín. Los sistemas de propulsión, la construcción de barcos, la investigación submarina, el mantenimiento de la paz... Pero ¿por dónde empezar con un ser que siempre, literalmente, se las había arreglado por sí mismo? Habría sido más fácil si le hubiese preguntado: «¿Qué es la verdad?» De ese modo, él podría haberse marchado desentendiéndose del asunto—. Ya te lo explicaré más tarde —le dijo, sintiendo que resultaba en extremo poco convincente.

—Mucho que explicar más tarde.

Había un claro tono de ironía en la voz, y Nathan sospechó que Darwin sabía lo confuso que se sentía y que disfrutaba con el cambio de papeles.

—Si —asintió Nathan—. Mucho...

Y pensó que cuanto antes empezase, mejor, porque, al parecer, la vida futura de Darwin iba a estar mucho más llena de actividad de lo que lo había estado hasta entonces. «Darwin jugar aquí», había dicho el delfín. ¿Qué haría cuando Nathan le explicase que aquello no era más que un paseo de veinticuatro horas, que tenía que volver a la isla, y le dijera: «Vamos, Darwin, vámonos a casa»?

Seguramente querría quedarse allí y a Nathan le daba un poco de pena, pero de momento no se le ocurría ninguna otra solución. Si un amigo suyo hubiera hecho que de repente él se introdujese en una fascinante cultura extraterrestre, llena de

tecnologías avanzadas, incluida una que hiciera posible comunicarse de verdad con otras especies, y luego, un día más tarde, después de permitirle saborear las maravillas del nuevo mundo, le dijera que se volvían a casa...; bueno, pues Bridger sabía perfectamente bien lo que él habría dicho, se tratase o no de un amigo.

¿Cómo iba a ser de otra manera para Darwin? Porque estaba claro que aquel lugar le fascinaba, y Nathan no podía permitir que sus propios deseos interfiriesen en lo que era seguro que Darwin quería y en lo que, a largo plazo, sería mejor para él. Siempre fue consciente de que el delfín era muy inteligente, pero la relación entre ellos había sido en todo momento parecida a la existente entre un hombre y un perro, aunque más compleja, pues Nathan era quien tomaba la iniciativa, sugiriendo líneas de acción, y Darwin cooperaba. Sin embargo, gracias a la traducción tecnológica, la pelota se encontraba en el otro campo, en el del delfín. O sea que Darwin podía dar a conocer sus propios deseos y así lo había hecho. ¿Por qué iba a conformarse con volver a ser un «perro», para responder a signos manuales, recoger muestras de rocas y escuchar los monólogos de Nathan, cuando podía tener esa otra vida, en la que contestar y preguntar, en la que descubrir cosas?

«Otro motivo más para organizarle a Bill Noyce la gran bronca, el haber causado el final de una hermosa amistad», pensó Nathan con tristeza.

—Darwin —le llamó.

Algo se estrelló en el agua cerca de ambos, salpicando ligeramente a Nathan; Darwin y él miraron desconcertados al objeto. Era un juguete acuático de vivos colores y muchas caras, un flotador inflable, de forma geodésica y fabricado con una clase de plástico muy duradero que indicaba que su diseñador sabía que se iba a utilizar para jugar con miembros de especies dotadas de dientes afilados.

—¡Eh, tú, pez que respira!

Darwin y Bridger levantaron la vista al mismo tiempo. Lucas estaba junto al estanque, con una chaqueta encima de la camisa de franela, una chaqueta absolutamente adornada con una colección de insignias de misiones que entrechocaban entre sí ruidosamente, algunas de las cuales eran antiguallas muy estimadas y muy usadas, a juzgar por lo manchadas y estropeadas que se encontraban; entre otras, Nathan reconoció la insignia original del *Challenger*, sin la banda negra, y a su lado una, muy antigua, de la Aviación Soviética. Era un conjunto de lo más extravagante. Lo que tenía aspecto de ser un ordenador portátil, igualmente muy usado, colgaba de uno de los hombros del muchacho mediante una correa. Darwin comenzó a parlotear bullicioso al verle, y la voz del traductor tecnológico sonó cargada de placer:

—¡Lucas!

El muchacho sonrió con el mismo placer.

—Te he traído eso para que te entretengas. Es un regalo.

—¿Regalo?

El delfín se sumergió en el agua y golpeó la superficie con la barbilla, un gesto que Nathan le había visto emplear a veces para indicar que no entendía algo.

Lucas levantó las cejas.

—Ya veo. No entiendes la palabra «regalo». Pues deberías, porque tendría que estar en la base de datos... —Se descolgó el ordenador portátil, se acercó a uno de los muchos tableros de mandos que había junto a las paredes de la estancia, enchufó el ordenador y utilizó brevemente el teclado portátil—. ¿Qué te parece? No está ahí dentro. ¿Dónde habrá ido a parar? Bueno, espera, puedo solucionarlo. —Continuó apretando teclas, frunciendo el entrecejo de vez en cuando y después relajando la expresión, como si estuviera resolviendo un problema satisfactoriamente. Al cabo de un minuto más o menos, al levantar la vista un momento, mientras esperaba a que el ordenador procesara unos datos, pareció darse cuenta por primera vez de la presencia de Nathan—. ¿Cómo le va?

Nathan le respondió con un movimiento de cabeza y continuó sentado, sin dejar de observarle. Seguía tratando de enfrentarse a aquel aire de suficiencia del muchacho y su reacción no estaba exenta de ciertos celos; pero, al mismo tiempo, una especie de secreta fascinación crecía en su interior. Allí estaba, un chico que, con sólo quince años, había conseguido algo que Nathan no fue capaz de lograr tras muchos años de investigación. Quizá tuviera algo que aprender de él...

Contempló cómo trabajaba Lucas. Fuera como fuese, el muchacho era un mecanógrafo de mil diablos; ni siquiera una sola vez miraba al teclado, sólo la pantalla por encima de las teclas. Nathan sintió una punzada de envidia que no era propia de él, y es que, cada vez que conseguía acercarse a una velocidad que no era ni con mucho la mitad de aquélla, siempre le parecía que los dedos se le iban a enredar y empezaba a hacerse un lío con lo que fuera que estuviese haciendo. Pero Lucas no tenía ese tipo de problemas.

—Debe de haberse perdido algo en la última carga sintáctica de sustantivos —masculló el muchacho, sin darse cuenta, al parecer, de la curiosidad de Nathan—. O puede que hubiese alguna clase de conflicto con la utilidad del grupo de los adverbios irregulares cuando entró la última carga de vocabulario. A veces pasa... —Al cabo de pocos segundos, dio por concluidas las entradas ejecutando una deliberada floritura con los dedos, similar a la de un concertista de piano. Luego, miró por encima del hombro al tanque y a Darwin, que estaba observándole—. Vale, Darwin. La palabra es «regalo». Ese juguete es mi «regalo» para ti.

El delfín escuchó la traducción en su terminal del ordenador.

—Regalo —dijo al cabo de un momento—. Vale. Cosa dada; nada esperado a cambio. —Darwin hizo una acrobacia con la cola, giró sobre sí mismo y quedó boca abajo cerca de la superficie—. Darwin... ¿lo juega ahora?

—Juega «con» él.

—Con —repitió Darwin, dando golpes de impaciencia con la cola en el agua.

Lucas sonrió.

—Sí, juega como un loco.

El delfín le miró.

—¿Como un loco?

—Juega. Ve a jugar.

Darwin se alejó nadando en un arranque de complacida felicidad, sacó el juguete de debajo del agua con la nariz, le dio varias vueltas, lo cogió y lo sumergió consigo debajo del agua. Lucas lo estuvo observando durante un momento, satisfecho, y luego se volvió y desconectó el ordenador portátil.

«Él y mi delfín se han hecho muy amigos», pensó Nathan; pero apartó aquel pensamiento, avergonzado y sintiendo punzadas de culpabilidad por haber llamado «suyo» a Darwin, aunque hubiera sido en tono protector. Darwin era un ser inteligente, y Nathan no quería poseerle, como no querría poseer a otro ser humano. Ya estaba empezando a sospechar que seguramente Darwin tendría sus propias ideas respecto a aquel tema, un tema que pensaba comentar con él, tranquilamente y con detalle, antes de que tuvieran que separarse.

Seleccionó un par de formas de iniciar la conversación con el muchacho y se decidió por la más inocente.

—¿Cuánto tiempo te llevó hacer ese programa?

Lucas le miró, algo sorprendido, y sonrió.

—Todavía no lo he terminado. Ya lo ha visto.

—El código central, quiero decir.

—Aproximadamente un año... Lo del automuestreo fue lo más difícil. Sólo eso me llevó seis meses.

—¿Cuántas líneas?

—Noventa y pico mil. Hace tiempo que perdí la cuenta. —Adoptó una súbita expresión de tristeza—. No está libre de error...

—¿Acaso hay algún programa que lo esté?

Nathan recordaba sus propias frustraciones.

—No. —Lucas terminó de recoger su ordenador—. Pero supongo que merece la pena. —Señaló con la cabeza a Darwin, que se distraía con el juguete nuevo, y la expresión de tristeza se disipó de pronto—. Ayuda tener a alguien con quien hablar sin que me esté regañando todo el tiempo. Límpiame —imitó con sarcasmo—, córtate el pelo, saca la nariz de ese libro, ponte derecho...

Nathan alzó ligeramente una ceja y comentó en voz baja:

—Lo del corte de pelo puede que no fuera mala idea.

Lucas resopló y le miró con gesto burlón.

—A ver si se lo corta usted primero.

Se despidió haciendo un gesto con la mano y salió a toda prisa de la estancia, con aspecto de estar insufriblemente satisfecho de sí mismo.

—Delfines que hablan —refunfuñó Nathan en voz baja, y Darwin, quizá pensando que se había dirigido a él, sacó la cabeza del agua y, al ver que no era así, volvió a sumergirse con el juguete—. ¡Críos! ¿Qué más puede ocurrir ahora...?

Algo se introdujo en la estancia a través de la escotilla, a muy poca altura del suelo. Era algo de color rosa y Bridger lo miró sorprendido y al principio creyó que se trataba de otro juguete, de alguna clase de juguete de peluche para alguien, en su opinión, de unos tres años de edad; pero advirtió en seguida que aquello peludo y rosa le devolvía la mirada a través de dos ojitos negros tan pequeños como cuentas. La cosa rosa —un perro de lanas del tamaño de una taza de té, por lo que, sin salir de su asombro, Nathan pudo distinguir— empezó a ladrarle o, más bien, a emitir el agudo sonido propio de los cachorros de perro; una interminable serie de sonidos, unos gritos agudos que resonaban y traqueteaban por todo el recinto del tanque y que eran capaces de despertar a un muerto.

Nathan se quedó mirándole. Parecía la única reacción posible.

Unos segundos más tarde, una mujer de pelo oscuro, vestida con el uniforme de científico, entró apresuradamente, recogió del suelo al animalito y se dispuso a marcharse de nuevo.

—Perdone... —le dijo a Nathan y, cuando ya se retiraba, comenzó a regañar al perrito—: Lucrecia, eres muy traviesa, no tienes que ladrarle a ese pecesito tan bonito, que no es un pez, sino un mamífero, desde luego, pero eso no importa ahora, y ven a tomarte tu rica cena...

Nathan se quedó sentado muy quieto y empezó a hacer un silencioso inventario de su cordura.

La tranquilidad no imperaba en todas partes.

El agua de mar a presión transmite el sonido a más velocidad que el aire —casi cuatro veces más rápido, dependiendo de las temperaturas locales—, de modo que cualquier barco en las cercanías podía haber oído enseguida, sin demasiados problemas, los ruidos procedentes de la Central Energética Gedrick. No se trataba del retumbar benigno que es habitual en el fondo del mar, esos largos gemidos graves, tan familiares para quienes normalmente se ocupan de los emplazamientos submarinos geotérmicos, que se producen por los corrimientos de los estratos y de las plataformas terrestres; el retumbar que se oía en esos momentos era más devastador, el espantoso sonido condensado de las explosiones a corta distancia, de los objetos de metal crujiendo, tensándose y saltando en pedazos, de los recipientes de compresión al perder su contenido bajo el bombardeo de los torpedos de E-plasma. Los destellos

de los torpedos, al igual que el destello del relámpago que precede al trueno, precedían a las explosiones en uno o dos segundos como mucho; luego, el fondo del mar, y todo lo que había sobre él, se tambaleaba.

Los tanques más grandes de almacenaje de gas de la central energética ya estaban partidos en dos y abiertos como huevos, con el caparazón exterior de metal todavía siseando a causa de la electricidad residual de la carga de E-plasma que los había destruido. Por todas partes, torres y tuberías dobladas se inclinaban hacia abajo y hacia fuera, como árboles aplastados por el golpe de un meteorito. Otro torpedo de E-plasma se acercó silbando, localizó el objetivo, ascendió en medio de un cegador destello de carga contenida y voló otro grupo de tuberías y conductos. Y, sobre el nuevo grupo destruido, silenciosa y enorme, la negra y encorvada silueta del *Delta-IV* apareció deslizándose entre las aguas, propagando truenos y relámpagos a su paso.

En el puente a oscuras del submarino, Marilyn Stark se hallaba inclinada sobre su oficial de control de tiro, vigilándole hasta el más mínimo movimiento; en silencio, pero con el mismo silencio del gato que vigila al ratón y espera pacientemente a que haga algo lo suficientemente interesante como para provocar que las garras bajen sobre él. El hombre sudaba tinta con la doble tensión que suponía hacer el trabajo correctamente y tener que hacerlo bajo aquella mirada silenciosa e implacable. En todo el puente, nadie más se atrevía a mirarlos a ellos dos; todos tenían miedo de hacer algo que atrajera la atención de la comandante.

El único que se movió fue Maxwell, que se acercó hasta ponerse al lado de Stark, aunque sin hacer ruido. Tenía el rostro bañado en sudor.

—¡Comandante! —dijo—. ¡Acabamos de recibir un mensaje! Ha habido respuesta a la llamada de socorro de la central. El *seaQuest* se halla en camino.

Stark asintió y sonrió, y fue una íntima sonrisita de satisfacción. «No mucho más ya. Resolveremos esta pequeña... dificultad... en muy poco tiempo. Aunque a mí la espera se me hará muy larga... Pero todavía puedo tener paciencia durante un rato más», pensó.

Apartado en un lateral, Pollack hizo balancear su cabeza. Tenía la cara desfigurada por el pánico.

—Tranquilo, señor Pollack —le recomendó Stark con voz sosegada.

Pero la tranquilidad no estaba entre las posibilidades de Pollack en aquellos momentos.

—¡Comandante, le ruego que lo reconsidere! ¡No tenemos nada que hacer frente a ese..., ese monstruo!

«Realmente voy a tener que hacer algo respecto a este hombre. Es cierto que me lo habían recomendado mucho por sus virtudes, pero en lo concerniente a la disciplina es un caso perdido», pensó Stark.

—Tenemos cosas que hacer y las haremos —le replicó—. Ya se lo expliqué antes,

es la única manera de obtener la victoria para la causa.

—¿La causa? —exclamó Pollack, y la miró boquiabierto—. ¡Menuda causa! ¡Esto no es más que una venganza! ¡Todo el mundo sabe que usted fue comandante del *seaQuest*! ¡Todo el mundo sabe que la destituyeron del mando!

—Basta ya —le ordenó ella en voz baja.

Pero estaba claro que Pollack ya no oía nada, ni siquiera el tono de la voz de su comandante.

—¡Lo único que pretende hacer ahora es devolver el golpe! ¡Y si para ello hace falta matar a toda esta tripulación, está dispuesta a hacerlo! ¡Bien, pues yo no estoy dispuesto a formar parte del sacrificio! ¡Voy a poner rumbo fuera de aquí ahora mismo!

Se volvió hacia su tablero de mandos y se puso frenéticamente a hacer cambios en las constantes; un giro de ciento ochenta grados, advirtió Stark con sólo una breve mirada.

—¡Señor Pollack! —le llamó.

Algo en el tono de la comandante le hizo detenerse y darse la vuelta... justo a tiempo de ver la pistola aletargadora que le apuntaba al pecho. Abrió los ojos de par en par, pero no tanto como cuando le alcanzó el disparo. La descarga de energía hizo que los músculos se le convulsionaran de tal manera que fueron éstos, más que la descarga en sí, los que le lanzaron de espaldas sobre el tablero de mandos. Cayó desplomado al suelo, con la boca floja y los ojos todavía abiertos, aunque ya sin ver nada, y los miembros contrayéndose a medida que los residuos de la descarga salían disparados al azar por todas las terminaciones nerviosas. La tripulación observaba la escena fijamente, tan horrorizados por el semblante tranquilo de la comandante como por el estado en que se hallaba Pollack.

Aquello le convenía a Stark.

—Una vez tuve un lugarteniente que se atrevió a contravenir mis órdenes —dijo en tono pensativo—. Y no estoy dispuesta a consentir que haya otro... —Eché una mirada a su alrededor—. ¿Hay alguien más que piense que puede gobernar este barco mejor que yo? —El silencio era absoluto—. ¿Nadie? ¿No hay ni siquiera uno de ustedes que quiera dar un paso adelante y desafiar al *seaQuest*? —De nuevo el silencio, y Stark sonrió—. Ya me lo parecía. Si quieren ustedes ganar, yo les enseñaré cómo; si lo que quieren es morir, también puedo ocuparme de ello. ¡Pero no cuestionen nunca mis órdenes!

Todos dieron la impresión de cobrar un nuevo y anormal interés por sus aparatos, prefiriendo la insulsa mirada mecánica a la helada expresión amenazadora de los ojos de Stark.

—Marque el rumbo de nuevo, señor Maxwell —le ordenó Stark—. Preparados para ponernos en marcha.

—A la orden —contestó en voz baja Maxwell, y se puso inmediatamente a ello. Stark se instaló en su sillón y se quedó mirando hacia la oscuridad exterior.

Capítulo 5

En la oscuridad, las sondas WSKR surcaban el agua velozmente; una lejos, en el vértice, y las otras dos desplegadas a los lados, un poco retrasadas, pero siguiendo resueltamente a la otra. A aquella distancia, el brillo de las luces de la Central Energética Gedrick sólo se apreciaba débilmente, pero eso no suponía problema alguno para las sondas, pues la luz era sólo uno de los datos con los que trabajaban y la carencia de la misma no tenía excesiva importancia.

Cuando Bridger entró en el puente del *seaQuest* se encontró con que el ajeteo, la tensión y la actividad crecían a medida que se acercaban a la central energética. Ford se encontraba de pie detrás de los timoneles, observando los esfuerzos combinados que éstos hacían al dirigir el enorme submarino hacia abajo para adentrarse en el pequeño valle de Gedrick. Allí el lecho del mar no era llano, ya que, al igual que en otras zonas volcánicas activas, repentinos escollos y colinas rocosas se alzaban sin aparente orden ni concierto, empujadas hacia arriba por antiguas erupciones, de modo que constituían un omnipresente problema para el submarinista poco precavido. Pero las pantallas frontales del *seaQuest* mostraban aquel «paisaje» mediante el sonar tridimensional de mira lateral, que iba cambiando a medida que lo atravesaban; un paisaje tan claro como pudieran haberlo visto los timoneles en la superficie del agua y a la luz del día. Y también contaban con información procedente de otras fuentes.

—¡Las sondas ya están enviando datos! —le gritó Ortiz a Ford—. Es un barco, un *Delta*. —El indicador de energía pasiva, que mostraba los niveles de energía electromecánica producida en la zona, se estaba moviendo hacia arriba, cerca de la parte superior de la escala—. ¡Ha ocasionado una tremenda tormenta de fuego!

La cabeza de Bridger se volvió bruscamente hacia la serie de sensores, tratando de ver más incluso antes de que las sondas actualizaran la información. Un *Delta* no era una nave de gran potencia; pertenecieron a la ex Unión Soviética y, con aquella amura, la configuración debía de ser del tipo III o IV. No se trataba del barco de mayor tamaño de los fletados por los rusos, pero sí era lo suficientemente grande e iba armado con una batería de seis tubos de torpedos. Mal asunto, muy mal asunto.

Muchos de aquellos viejos submarinos fueron decomisados, vendidos posteriormente y, una vez eliminados los espacios destinados a los misiles, pasaron a cumplir una variedad de funciones que sus diseñadores originales nunca habrían sido capaces de imaginar. Se convirtieron así en barcos de prospección minera o en buques de investigación submarina de una u otra clase. ¿Para qué gastar dinero en construir barcos nuevos cuando se podían comprar de segunda mano y readaptarlos? A algunos los convertían también en hogares móviles, o no tan móviles; Nathan había oído hablar de dos *Vanguard* de la antigua Real Marina Británica que, anclados en el fondo del mar, formaron el núcleo de una próspera comunidad, una comunidad como

la que aquel hijo de puta estaba atacando en ese momento.

Al menos no debía de ser fácil maniobrar con él, puesto que esos barcos se construyeron buscando el sigilo y el silencio, pero no estaban pensados para las refriegas submarinas, como sí era el caso de los *Alfa* o de los *688 Los Ángeles*. El *seaQuest* les daba cien vueltas, y aquellos indeseables tenían que saberlo. No era lo mismo que si el *seaQuest* continuase siendo un secreto. Seguramente los asaltantes saldrían huyendo en cuanto se enterasen de que el *seaQuest* se encontraba en la zona; sólo que, sabiendo, como debían de saberlo, que era muy probable su presencia allí, ¿por qué se habían arriesgado a atacar? Tenía que haber algo más, se dijo Nathan, pues, si no, aquello carecía de sentido.

—La central energética informa de daños estructurales de gravedad —comunicó O'Neill, sin dejar de trabajar con sus mandos para fortalecer la señal que se abría paso a través de las interferencias producidas por el ataque—. Los sistemas de mantenimiento de vida están al mínimo. Los trabajadores residentes que han sobrevivido están reuniéndose en el complejo principal...

Bridger permaneció allí observando lo que sucedía a su alrededor; se sentía inútil, y le resultaba odioso sentirse así. Ortiz levantó la vista y gritó de repente:

—¡El buque asaltante se está moviendo, comandante! Rumbo... dos-cero-siete grados, girando a treinta nudos. ¡Se aleja de la central!

«¿Treinta? ¡Maldita sea, eso son cinco nudos más de lo que le corresponde! Alguien ha debido de andar manipulando otra vez las turbinas...», pensó Nathan y se giró inmediatamente hacia las pantallas frontales, pero allí todavía no había aparecido nada. Ford se puso a su lado.

—Proporcióname una imagen, señor Ortiz...

Sólo pasó un segundo y las pantallas cobraron vida con las tres imágenes independientes de las sondas WSKR y las anotaciones correspondientes que indicaban la dirección, la distancia y la profundidad. En todas ellas, el submarino rebelde aparecía con aspecto amenazador, alejándose de las luces del perímetro exterior de la central energética y con rumbo ligeramente ascendente y ritmo pausado hacia las aguas despejadas y la enorme sima que se abría más allá. El casco era un cilindro achatado y llevaba una siniestra joroba en el lugar donde estaría la aleta dorsal de un pez, ocupando dos tercios de la longitud de la nave. Se trataba de un *Delta-IV*, al menos eso era seguro. A pesar de los cambios realizados (Nathan se preguntó dónde demonios lo habrían hecho), aquella bestia resultaba inconfundible. Desde luego, el *seaQuest* era más grande, aunque todavía quedaban muchas cuestiones por demostrar...

Ford se alejó del asiento central y Nathan se preguntó qué intenciones tendría aquel hombre. «¿Va a dejarnos aquí sentados mientras esa cosa baila a nuestro alrededor? Si consigue cierta ventaja...»

—Timonel —masculló en voz baja—, dale la vuelta...

En ese momento Ford levantó la vista y, aunque sin dar muestras de haber oído a Bridger, ordenó:

—Timonel..., déle la vuelta, dos-cero-siete. Intercepte el rumbo.

—Dando la vuelta para interceptar rumbo —repitió el timonel como un eco.

Nathan empezó a preocuparse, mientras pensaba: «Ford es un hombre un poco lento, eso es todo. Pero en un momento como éste es suficiente para que nos maten a todos.» Movi6 la cabeza de un lado al otro, mientras veía a Hitchcock dirigirse a ocupar el puesto de Ford en la posición de segundo comandante. «Eso es. Pero, por favor, llama a los puestos de combate, no te quedes ahí parado», pensó Nathan y, tratando de captar la mirada de Hitchcock, hizo con vehemencia el gesto de apretar uno de los botones de la mesa de control. Ella no lo vio.

—¡Llame a los puestos de combate! —ordenó por fin Ford.

Hitchcock así lo hizo y las alarmas se dispararon, un ruido insistente y horripilante que habría exigido atención instantánea incluso en una tripulación que no hubiese estado ya tensa como la quinta cuerda de un Stradivarius. Nathan oyó el ruido que en otros lugares del barco hacían las puertas herméticas al cerrarse con golpes sordos entre las distintas secciones del barco, una detrás de otra; las puertas del puente también se cerraron y sellaron automáticamente.

—¡Perfil del blanco arriba! —pidió Ford.

En las pantallas frontales aparecieron las cuadrículas del objetivo, superponiéndose a las imágenes que el ojo de la sonda mostraba del submarino rebelde y ajustándose solas a la escala.

—¡Fijadas cuadrículas del objetivo! —gritó Ortiz.

—¡Adelante a toda máquina! —ordenó Ford—. Quiero cazarlo.

«¡No, no, no!», pensó Nathan, incapaz de soportarlo más. Se acercó a Ford, se inclinó hacia él en actitud confidencial y le dijo:

—Por favor, comandante, ¿tiene un momento?

—La verdad es que estoy un poco ocupado... —Y su expresión decía: están sucediendo demasiadas cosas ahora, no tengo tiempo para esto.

Bridger le agarró por el brazo.

—Ahora —le exigió y tiró de él apartándole un poco a un lado. Acercó su cabeza a la de Ford—. Creo que hay un par de cosas que debería usted tener en cuenta en esta situación.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo las vidas y la seguridad de todas las personas que se encuentran en la central energética.

Ford sacudió la cabeza.

—Me doy cuenta de ello, pero si ese submarino consigue escapar quedará en

libertad para atacar en cualquier otra parte.

Nathan suspiró, exasperado por el hecho de que alguien pudiera tener delante una situación tan clara y no viera la clave de todo ello.

—¡Si consigue escapar...! ¡Está usted hablando en hipótesis! ¡Y yo le hablo de la realidad! —Echó una ojeada a su alrededor, molesto al darse cuenta de lo alto que había pronunciado aquellas palabras; en efecto, vio que todas las cabezas se volvían rápidamente y tomaban interés por sus tareas respectivas, o al menos eso hacían ver—. Mire, puede usted ir tras el atacante después de haber ayudado a esa gente. —Hizo un gesto con el brazo que abarcaba todo a su alrededor—. Este barco es como un cuchillo del ejército suizo de trescientos metros de longitud. Aproveche usted todas las opciones que tiene. Haga que una de las sondas siga el rastro de ese submarino. Nosotros... —Con una mirada ligeramente sardónica se recriminó a sí mismo por haber dicho aquello—. Usted siempre puede ir tras ellos más tarde.

Ford miró a Bridger y se quedó pensativo. Nathan ni siquiera parpadeó, temeroso de estorbar el hilo de los pensamientos de aquel hombre y sopesando a su vez las opciones que le quedaban, porque la única alternativa era la de asumir el mando, y eso Nathan lo consideraba inaceptable. Exactamente lo que Bill Noyce pretendía que hiciese. La sospecha empezó a tomar cuerpo en el fondo de la mente de Nathan, pero se desvaneció cuando, un segundo más tarde, Ford hizo un gesto de asentimiento y se decidió a hablar:

—Pero el manual dice...

—¡Oh, olvídense de ese condenado manual! Use el instinto. ¡Las entrañas! —Apenas pudo contenerse las ganas de darle a Ford un codazo en la zona que acababa de mencionar—. Eso es lo que distingue a los buenos de los grandes.

Ford estaba pensando en ello cuando Crocker gritó:

—¡Eh, por si a alguien le interesa, ese mastodonte está dando la vuelta!

Todas las cabezas se alzaron rápidamente para mirar a la pantalla. Efectivamente, la pesada y oscura silueta del *Delta* se ladeaba lentamente al dar la vuelta hacia estribor. Ortiz, que vigilaba con el ceño fruncido el tablero de mandos, levantó la mirada.

—¡El objetivo está cambiando de dirección! —Y entonces miró a Ford alarmado—. ¡Adopta una posición de ataque!

Ford tragó saliva y se acercó a su puesto junto al sillón de mando. Realmente parecía que los hombros se le hubieran encorvado. Nathan lo miró con preocupación no exenta de comprensión, pues conocía aquel sentimiento agobiante, el peso del mando en su sentido literal, y sabía cómo se siente uno cuando soporta semejante peso y lucha por enfrentarse a él o meterse en un agujero donde el peso no tenga efecto. Ford apretó el botón de las comunicaciones internas del barco, situado en el sillón de mando.

—Sala de armas —dijo—. ¡Tubos dispuestos! ¡Preparen torpedos de E-plasma! Con... carga del sesenta por ciento.

«¿Por qué no cien? ¡Quién sabe qué clase de blindaje instalaron en ese artefacto cuando hicieron los reajustes! ¡Piensa, hijo de...!», se irritó para su interior Nathan.

—Timonel —añadió Ford—, dé marcha atrás a los motores, un cuarto. Ángulo de seis grados hacia abajo.

—Marcha atrás un cuarto, ángulo de seis grados hacia abajo.

Bridger seguía observando al otro buque en las pantallas frontales y sacudió ligeramente la cabeza.

—Ocho grados —masculló, con los dientes apretados.

Luego, comprimió los labios en una desagradable sonrisa; eso de conducir desde el asiento trasero era tan malo para los pasajeros como para el conductor, de modo que se dijo: «Cierra la boca y déjale hacer, Nathan. Si crees que tú puedes hacerlo mejor, deberías haber aceptado su ofrecimiento cuanto te dio la oportunidad.»

Hitchcock vigilaba atentamente su tablero.

—Los tubos delanteros están inundados y las compuertas de proa se están abriendo... ¡Todas!

La piel oscura de Ford no podía estar más próxima al color de la ceniza. Nathan pensó, casi con lástima: «No es cobardía, es sólo... que es la primera vez... y este hombre tenía esperanzas de que las cosas fueran de otro modo.» Se mantuvo en silencio y permaneció allí de pie, observando aquella siniestra silueta en las pantallas.

Dentro del *Delta-IV* imperaba el silencio, sólo roto por los débiles chirridos y murmullos de los diversos cálculos de distancia y de los sistemas armamentísticos informando de que se encontraban a punto, así como por el lejano fluir del agua, que disminuía a medida que los tanques delanteros, listos para entrar en acción, contrarrestaban el efecto de los ya inundados tubos de los torpedos. Marilyn Stark, inclinada por encima de dos de los miembros de la tripulación, vigilaba atentamente los indicadores de lectura de los tableros y observaba al *seaQuest*, a la espera de lo que pudiera suceder.

El hombre que tenía a su izquierda, el jefe de sensores, estaba, igual que su compañero de la izquierda, cubierto de sudor ante la visión de lo que se les venía encima.

—¡Comandante! —exclamó, con la voz casi rota. A juzgar por el sonido de su voz, tenía tanto miedo de hablar como de lo que previsiblemente estaba a punto de ocurrir—. ¡Esa..., esa «cosa» está preparándose para abrir fuego! ¿No deberíamos iniciar un movimiento evasivo?

Stark permaneció vigilando los indicadores de lectura y mirando a la pantalla que le proporcionaba la imagen del *seaQuest*.

—Es impresionante, ¿verdad? —comentó, admirando la oscura silueta que se deslizaba por el agua.

Normalmente, aquella figura le hubiera inspirado algo más que un mero placer estético, desde luego. También normalmente, los pensamientos de cualquier comandante bien informado se hubieran puesto inmediatamente a considerar otros atributos de aquella nave más importantes que la belleza: la propulsión y el armamento...; en especial, este último.

Stark esbozó una sonrisa para sí misma. Ella ya había reflexionado largo y tendido sobre todo ello, de manera que ya no tenía necesidad de pensar más en ese asunto.

—¡Comandante! —la llamó con desesperación el jefe de sensores.

Stark se limitó a seguir sonriendo y no contestó.

En el puente del *seaQuest*, Ford seguía teniendo mal color, pero Nathan pensó que esta vez había un motivo. Estaban mirando fijamente al puesto del timón y a unos indicadores que ya no tenían ni pies ni cabeza.

—¿Qué quiere decir con eso de que «no responden»? —preguntó Ford en tono exigente.

—¡El control del timón está paralizado, señor! —El oficial de timón también era un hombre corpulento, hecho con el mismo molde que Crocker; pero, a pesar de ello, sus manos saltaban sobre los controles con sorprendente rapidez y delicadeza, con los movimientos diestros y seguros de un especialista que conoce el tablero de mandos por delante, por detrás y hasta a oscuras—. ¡No me deja coger las riendas!

Ford tragó saliva. Nathan empezó a sudar, mientras pensaba: «Este hombre no estaba preparado para esto. Venga, hijo, piensa. Puedes salir del atolladero. Haz que Hitchcock se ocupe de ello. Si ella no puede averiguar cuál es el problema, entonces sí que estarás en un apuro... ¡Pero es que, para empezar, no debería haber esta clase de problema! ¡Este barco es nuevo!»

—Teniente —se dirigió Ford a Hitchcock.

—Estoy en ello, señor —respondió la mujer, y fue al timón a comprobar el problema.

—¿Distancia del blanco? —le preguntó Ford a Ortiz.

—¡Ochocientos metros y acercándonos!

Ford asintió con la cabeza.

Por alguna razón, Bridger estaba conteniendo la respiración. Un momento después averiguó por qué.

—¡No podemos, señor! —dijo Phillips, el oficial de armamento, en un tono que denotaba más enfado por el fallo del equipo que miedo de sus consecuencias—. ¡El control armamentístico no acepta nuestras órdenes!

«Pero esto es ridículo», pensó Nathan. Se encaminó de nuevo al lugar donde se hallaba Ford. «¡Esta cosa no lleva ni siquiera dos horas fuera del muelle y ya se está cayendo a pedazos!» Había empezado a sudar un rato antes, pero ahora lo hacía de un modo más profuso, debido tanto a la vergüenza como a la ansiedad. «¡Éste es mi barco, mi diseño, mi creación, y ahora va a hacer que nos maten a mí y a todos los que estamos a bordo!»

—Recurran a los sistemas de reserva —ordenó Ford.

Su voz comenzaba a adquirir un matiz de miedo que a Nathan no le gustó. No porque hubiera nada malo en sentir miedo ni en expresarlo, pero la forma de expresarlo tenía que ser la apropiada, ya que, si no, podía asustar a toda la tripulación con resultados desastrosos.

—¡Los sistemas de reserva se niegan a ponerse en marcha! —comunicó al punto Hitchcock, y también en su voz se reflejaba el miedo.

—¿Qué más puede salir mal? —se preguntó Ford en voz alta, y volvió a tragar saliva.

Y aquello fue todo lo que Nathan tuvo ocasión de ver, porque apenas un segundo más tarde todas las luces del puente se apagaron. La luz de las pantallas comenzó a debilitarse, pero las imágenes reaparecieron al intervenir sus propios sistemas independientes. Bajo aquella fantasmal iluminación podía verse a las personas mirándose unas a otras horrorizadas y completamente atónitas.

Ortiz miraba fijamente no a los otros tripulantes, sino a la imagen de su pantalla.

—¡El objetivo acaba de disparar, señor! —gritó—. ¡Lanzado un torpedo electrostático..., buscando el blanco..., fijado y acercándose!

Nathan, aunque se veía bajo el fuego por primera vez desde hacía años, se sentía extrañamente tranquilo y muy sorprendido. Pensó: «¿Sólo uno? En estas circunstancias, quizá debiéramos estar agradecidos, pero... ¿no se supone que somos el nuevo superbarco de la OUT? Cualquiera hubiera pensado que dispararían una buena andanada, a menos que piensen que, ya que somos mantenedores de la paz, lo más probable es que vayamos completamente desarmados.»

Siguió un silencio de alientos contenidos. Aun cuando estaban fijados, los torpedos de E-plasma a veces no daban en el blanco, pero no por ese fallo se solucionaban los problemas, pues en ocasiones empeoraban incluso. De todos modos, había que tenerlo en cuenta. Nathan, presa de la desesperación, pensó: «Muy bien, ya tenía que haber sucedido y no ha sucedido; Ortiz tenía razón, ¡están fijados, maldita sea! ¡Contramedidas, venga, comandante! ¡Contramedidas!»

—¡Contramedidas! —gritó Ford.

Hitchcock se dirigió a su puesto y empezó a apretar botones. Nathan la observó mientras iban apareciendo en pantalla las contramedidas habituales: falso plasma, información incorrecta de la fuerza electromotriz, señuelo de devolución del eco... Y,

al parecer, decidió no quedarse corta, sino recurrir a todas ellas: amplio despliegue, preferencia en el avance...

Y no ocurrió nada. El espacio en el que debería haber aparecido inmediatamente la palabra «aceptar» permaneció negro y vacío.

—¡Las contramedidas tampoco responden! —informó Hitchcock, furiosa.

«¿Qué puñetas le pasa a mi barco?» Nathan se quedó observando cómo Hitchcock intentaba llegar a los sistemas por otro itinerario, buscando las fuentes de accesos a las contramedidas por medio de las copias de seguridad del ordenador principal. Nada; todo permaneció inmóvil, y, mientras, aquel maldito torpedo seguía su camino, y su agudo rechinar al aproximarse resultaba audible incluso a través del casco del *seaQuest*.

—¡Aviso de colisión! —ordenó Ford.

Era lo único que podía hacer ya. La sirena de colisión empezó a ulular por todo el barco, como el presagio de una muerte en la familia. Las pantallas frontales mostraron con toda claridad la imagen tripartita que enviaban las WSKR del torpedo de E-plasma que se dirigía hacia ellos, con la parte giratoria de arriba dividida por un relámpago esférico de aspecto maligno que dejaba tras de sí un rastro de burbujas que se expandían llenas de humo, al tiempo que el torpedo hacía hervir literalmente el agua a su paso, convirtiéndola en hidrógeno y oxígeno.

—¡Todo el mundo preparado! —avisó Ford.

En el puente en penumbra todos se agarraron a algo lo bastante firme como para que les sirviera de sujeción y aguardaron, en una espera angustiosa y contando los segundos.

Bridger se aferró al asiento del segundo comandante y escuchó aquel gemido electrostático que subía de tono cada vez más, que se hacía cada vez más fuerte a medida que el torpedo surcaba el agua y se acercaba a ellos.

E hizo impacto y todo se tambaleó y todas las pantallas se quedaron en blanco y las imágenes reaparecieron poco después, temblequeantes a causa de las fluctuaciones energéticas. Una de las imágenes que proyectaban las sondas WSKR en las pantallas frontales mostraba que el torpedo había dado justo detrás de la curva hacia popa, y una abrasadora membrana de carga de plasma iba crepitando a lo largo del casco del *seaQuest* desde el punto del impacto.

—¡Control de daños! —gritó Ford.

Hitchcock, tras abandonar el timón, evidentemente incapaz de establecer rumbo alguno con él, había vuelto a su puesto en ingeniería y se puso a manipular velozmente los controles.

—¡Impacto en la zona de babor! —comunicó, y una mirada de dolor le desfiguró el rostro—. ¡Claros desperfectos en el casco! ¡Está entrando agua!

Nathan la comprendió; se veía a todas luces que era una ingeniera que sentía el

barco que se le encomendaba como si fuera una extensión de su cuerpo, y cualquier desperfecto en la nave era una herida en su propia carne. Pero él tenía otras cosas en qué pensar en aquel momento. El rostro de Ford era todo un ensayo sobre la impotencia, y su expresión era la de un hombre atrapado en la peor de las pesadillas e incapaz de hallar el modo de despertar de ella; sencillamente, porque era real.

—¿Cómo están mis sistemas de combate, teniente?

Hitchcock negó repetidamente con la cabeza, sin dejar de trabajar en el tablero y con aspecto de estar enfadada, además de disgustada.

—¡No funcionan! ¡Siguen averiados!

—¡El *Delta* se prepara para lanzar un segundo ataque! —anunció Ortiz, y miró a Ford.

Todos estaban mirando a Ford, a la espera de su respuesta o, por lo menos, de una orden.

—Comandante —le llamó Bridger.

Ford permaneció mirando fijamente a las pantallas; tal vez en aquel momento fuese necesario dar una orden, pero aquel hombre acababa de quedarse en blanco.

No le ocurría lo mismo a Bridger, que descubrió, no con demasiada sorpresa, que la adrenalina le circulaba a mayor velocidad que su propia velocidad de lectura. Mientras esperaban al impacto del torpedo, él había inspeccionado el paisaje que aparecía en las pantallas frontales y se fijó en una oscura sombra más allá de los límites de la Central Energética Gedrick; una mancha negra, que indicaba una profundidad demasiado grande para que la captase el sonar lateral. Rápidamente se situó al lado de Ford.

—¡Abra todos los depósitos de lastre, de proa a popa! —le dijo.

La tripulación del puente se quedó mirándolos a los dos, lo que era bastante comprensible, y Ford también le miró a él, sin entender nada. Hitchcock permanecía a la expectativa y era evidente que se estaba preguntando si se suponía que tenía que hacerle caso a un vagabundo de playa.

—¡Hágalo! —le ordenó Bridger, casi gritando.

Hitchcock parpadeó, apretó los botones correspondientes para hacer aparecer en pantalla los diagramas y el menú del lastre, y vació los tanques, todos ellos; primero, los de popa para conseguir que la parte de atrás subiera y dejar que la proa describiese un ángulo hacia abajo. Se oyó de inmediato el sonido del aire al salir a presión de los tanques y, luego, un creciente estruendo cuando comenzó a entrar el agua de mar que pasaba a ocupar su lugar. La cubierta empezó a inclinarse lentamente, hacia atrás...

Bridger se acercó rápidamente al puesto de Ortiz, echó un vistazo a sus pantallas y señaló una de ellas.

—¿Qué profundidad tiene esa sima que hay debajo de nosotros?

—Mucha. ¡Seis mil setecientos metros!

«Cuanto más, mejor», se dijo Bridger.

Ortiz le miraba con una combinación de aturdimiento y preocupación cuando Hitchcock gritó:

—¡Nos estamos sumergiendo!

Nathan no le hizo caso.

—¡Timonel —ordenó con cierta brusquedad—, métenos en ese agujero!

—Sumergirnos en una grieta estrecha, con una respuesta lenta del timón... —El timonel le dirigió una mirada del tipo de las de «si usted lo dice...»—. Por supuesto. Siempre quise que me sepultaran en el mar...

Aunque se le notó un cierto matiz irónico al decirlo, se giró hacia su tablero para cumplir la orden.

Ford se acercó a Nathan y le dijo en voz baja:

—Capitán, este barco no está diseñado para una inmersión de emergencia.

—A mí me lo va usted a decir —contestó Nathan, y pensó: «Estúpido de mí por suponer que nunca sería necesario. Esperemos que la calidad de los materiales y la habilidad de la tripulación nos salve ahora el pellejo»—. Pero si tiene usted una idea mejor, comandante, ¡soy todo oídos! Si no...

Ford movió negativamente la cabeza. No se le ocurría otra idea.

El *seaQuest* se hundió en la sima, con la popa todavía un poco más baja que la proa a pesar de todos los esfuerzos de Nathan, que supuso que los niveles de inmersión debían de estar fuera de ángulo a causa de los problemas con el timón. Las sondas WSKR se encontraban ya muy arriba y fuera de la trayectoria, recogiendo el descenso y enviando imágenes del mismo; y del *Delta*, que, evidentemente, no estaba dispuesto a dejarse burlar en un combate y también se sumergía en la sima a toda velocidad detrás del *seaQuest*.

Bajaron y bajaron. Los crujidos del casco se hacían gradualmente más fuertes, unos sonidos suaves al principio y que se fueron convirtiendo en gemidos largos, extraños y apagados que eran cada vez más frecuentes, a medida que la estructura de compuesto de titanio empezaba a comprimirse ligeramente bajo la creciente presión. Los indicadores de lectura, primero en una de las pantallas principales y luego en otra, parpadearon y se apagaron, sin que se pudiera hacer nada al respecto; los sistemas de telemetría de las WSKR a veces se volvían delicados en las grandes profundidades, y en una inmersión a gran velocidad la señal, de todos modos, se interrumpiría.

Bridger suspiró y sacudió la cabeza; las sondas ya cuidarían de sí mismas manteniéndose en la «profundidad de última señal» hasta que recibieran otras instrucciones mejores o más claras de Ortiz o de los ordenadores del barco; si llegaran a perder por completo el submarino, almacenarían los datos y se dirigirían a

la boya de transmisiones más cercana y luego a la base de Pearl. En el peor de los casos, al menos la OUT sabría lo que le había ocurrido al barco que era su orgullo.

«Será un gran consuelo para nosotros...», pensó con amargura Nathan, y deseó con fuerza que el barco, su barco, resistiera...

El comandante del submarino perseguidor, en cambio, no oyó a nadie deseando nada.

Su deseo, y toda su atención, estaba concentrado en la pantalla que mostraba la brillante silueta oscura que la precedía, con la popa un poco por delante, hacia las profundidades del abismo.

El jefe de sensores y todos los miembros de la tripulación que le rodeaban estaban sudando profusamente, como si alguien les hubiera echado encima cubos de sudor; en el lugar se olía el miedo.

—¡Comandante! —dijo el jefe de sensores, como ya había dicho varias veces hasta aquel momento, variando solamente los números que añadía a sus protestas—. Comandante, el *seaQuest* continúa sumergiéndose en esa sima. No podemos seguirlos, no con este...

—Mantenga la persecución. Haga lo que haga, no se separe de esa nave...

Stark no había apartado la vista de la imagen que se veía en pantalla, descendiendo, alejándose, y pensó: «No dejaré que te escapes. Ya te escapaste de mí una vez, pero nunca más. Y si no puedo tenerte yo, nadie te tendrá.»

El casco rugía a modo de protesta, un ruidoso contrapunto a los murmullos de la tripulación. La comandante hizo caso omiso de ambas interrupciones y se concentró en la imagen de la pantalla.

—¡Deberíamos disparar! —la apremió Pollack.

—No —repuso Stark—, todavía no. Quiero estar más cerca.

«Nunca más...»

—Dos mil quinientos metros y seguimos bajando —informó Ortiz, esforzándose por aparentar calma.

—Todos los sistemas del barco están rompiéndose —comunicó Hitchcock, al tiempo que los gruñidos del casco se hacían cada vez más fuertes.

Nathan asintió con la cabeza e intercambió con Ford una mirada, que pretendió que fuera tranquilizadora; pero, a decir verdad, Nathan sentía que a él también le hacía buena falta que le tranquilizaran, sólo que no esperaba que nadie lo hiciera.

La imagen de la tercera pantalla se estaba poniendo granulosa a causa de la inmersión y del fallo en la mayoría de los sistemas de proceso de imágenes; era difícil distinguir algo en lo que allí aparecía.

—¿Dónde está nuestro amigo? —le preguntó Nathan a Ortiz.

—Todavía nos persigue.

A Nathan no le sorprendió en absoluto. Ese submarino estaba interesado en ellos por alguna razón, tan interesado como para atacar una central energética con el fin de atraerlos allí.

Estaba convencido de ello, no había otra explicación. ¿Porqué? ¿Porqué?

—Muy bien —dijo en voz alta—, veamos hasta dónde llega su interés por nosotros. Lleve el barco al fondo. —Todos los presentes en el puente volvieron la cabeza para mirarle—. ¿Hay algún problema? —preguntó.

—No, señor —respondió Ortiz.

Nathan se puso al lado de Crocker en el asiento número dos del timón y observó, impresionado, pero con preocupación, cómo aquel hombre corpulento se esforzaba con los controles del timón en un intento por recuperar parte del equilibrio, cosa difícil teniendo en cuenta la avería del timón y la terrible presión del agua, que a aquella profundidad fluía por encima de los planos de inmersión en dirección contraria.

Crocker miró brevemente a Nathan.

—¿Significa eso que ahora es usted el comandante? —le preguntó con bastante buen humor.

Nathan le dirigió una mirada asesina, pensando: «No me extraña que no hagan más que arrancarte los galones. Más tarde me las veré contigo, so hijo de...» Pero lo que dijo fue:

—Sólo intento que salvemos el pellejo. Sólo intento que salvemos el pellejo.

La pendiente de la inmersión aumentó y el barco gimió con más fuerza. Continuaban descendiendo, y el *Delta* los seguía.

«Es un submarino viejo», pensó Nathan. Sólo un propietario cuidadoso. Bueno, casi siempre cuidadoso, excepto cuando quedó atrapado en unas redes de pescadores y los arrastró de espaldas hasta la mitad del Mar de Irlanda a cincuenta nudos. ¿O aquello fue un *Alfa*? Qué más daba. Comprado de segunda mano a la vieja madre Rusia, que nunca lo utilizó excepto para navegar por el Cabo Norte y quizá meterse furtivamente en algún fiordo sin decírselo a nadie. Pero, en cualquier caso, por mucho blindaje que aquellos piratas le hubieran puesto, era viejo. Tal vez no lo hubieran cuidado muy bien desde que lo reconvirtieron, pues ya no se encontraban recambios, de todos modos. Y, ciertamente, no estaba construido para esa clase de cosas. Nathan deseó que quienquiera que fuese el hijo de puta sin conciencia que estuviera al mando de aquella gran bestia fea y negra entrase en razón, abandonase la persecución, escapase y se fuera a jugar a otra parte antes de que acabaran todos destruidos.

«Y antes de que yo averigüe con certeza si mi pequeño puede o no soportar una

presión de esta clase.»

Crocker estuvo sonriendo hasta que de nuevo volvió la vista hacia sus controles. Entonces la sonrisa se evaporó.

—Tres mil novecientos —observó.

Nathan se dirigió mentalmente a quienquiera que estuviese en el puente del otro submarino, ya sólo débilmente visible en las pantallas: «¡Márchate! ¿Estás completamente chalado? ¿Te crees que esa pobre lata de caviar puede soportar esta profundidad? ¿Realmente quieres matar a todos esos desgraciados indeseables que arrastras por ahí para que te hagan el trabajo sucio? ¿Quién te crees que eres, el capitán Ahab o algo así? ¡Porque este barco no es una ballena blanca! ¿Qué clase de capitán del demonio eres tú? ¡Ni siquiera los piratas de los tiempos antiguos, que se trezaban petardos en las barbas y los hacían estallar, estaban tan locos como tú!»

El casco del *seaQuest* gemía cada vez más fuerte y empezaba a sonar como un cachorro apaleado, ya que las estructuras, que no estaban pensadas para someterlas a aquella presión, comenzaban a doblarse y torcerse bajo el peso de la misma. El corazón de Nathan lloraba de pena por su criatura. Según Noyce, la nave podía descender hasta seis mil seiscientos metros. Pero ¿hacia atrás, con problemas en el casco y en una inmersión incontrolada? Eso era otra historia.

Nathan no podía dejar de mirar a las pantallas, a la silueta negra que los perseguía. El abismo seguía siendo la mejor opción.

—Estamos a casi tres mil metros —murmuró el jefe de sensores de Stark—. No podemos hacer esto.

Ya no le importaba que la comandante estuviera justo detrás de él, inclinada sobre el asiento, y mirando a la pantalla como si fuera incapaz de apartar los ojos de la imagen del *seaQuest*, todavía a cierta distancia por delante.

Pero no sería por mucho tiempo. Y, cuando le dieran alcance...

—Mantenga la persecución.

—¡Comandante! —la llamó Maxwell, que se encontraba a su lado—. ¡Comandante! —Stark no apartó la vista de la pantalla—. Ya ha oído a este hombre. ¡Tres mil metros! —Casi se lo estaba gritando en la oreja; se le notaba desesperado—. El blindaje no va a poder aguantar una profundidad mayor. ¡Ni siquiera nos garantizaron que soportase los tres mil metros, comandante!

Stark no podía dejar de mirar a la pantalla. «No te escaparás. Otra vez no.»

Maxwell se inclinó para acercarse más a Stark; pero no es que ella le viera hacerlo, sino que la voz de él le llegó no en forma de grito, sino casi como un susurro justo al lado del oído.

—Si dejamos que la presión nos aplaste, ¡el *seaQuest* será el vencedor!

Aquello sí que captó la atención de la comandante. Las palabras le encogieron el

corazón en un puño, porque si ella moría no tendría oportunidad de vengarse nunca. Más tarde, cuando la venganza estuviera cumplida y el honor de su familia vengado, ella podría morir, pero no antes. Lenta, muy lentamente, levantó la vista hacia él. Y Maxwell le devolvió la mirada sin moverse, esperando a ver su reacción.

Esperando...

Bridger se apoyó en el respaldo del sillón del timón y siguió mirando cómo la negra silueta que aparecía en la pantalla se acercaba cada vez más hacia ellos. Los murmullos del puente se habían ido apagando por completo ante la asombrosa determinación del comandante del otro submarino.

Una inmersión profunda no significaba nada para el *seaQuest*, eso lo sabían todos; pero los daños causados por el impacto de un torpedo de E-plasma se agravaban considerablemente a causa de la profundidad, y además el torpedo había acertado justo en medio del barco, precisamente en el lugar donde el golpe era más difícil de aislar y controlar. Un impacto más, fuera donde fuese, sería más que suficiente para acabar con ellos. Todos esperaban oír en cualquier momento aquel sonido que ya no sería un gemido, sino un chirrido, de un segundo torpedo; y, justo después, la catastrófica implosión haría que el *seaQuest* se partiese por la mitad...

—Cuatro mil cuatrocientos metros —avisó Crocker, ya en tono resignado, como si estuviera anunciando el resultado de un partido de béisbol que no le interesaba demasiado.

Nathan tomó aire y lo exhaló, preguntándose si aquella sería la última vez que tendría ocasión de hacerlo, y de pronto...

—¡Se va! —gritó Ortiz—. Diez grados, quince... ¡El *Delta* se marcha! ¡Se está alejando!

Hubo un largo momento de silencio en el que nadie acababa de creérselo; todos estaban demasiado atontados para reaccionar. Luego, empezaron a sonar suspiros de alivio.

Bridger tomó una larga bocanada de aire y pensó: «Esto viene a demostrar que no hay que dejar nunca que construya la maquinaria el postor más barato. Me alegro mucho de poder haberlos obligado a desechar el frágil sistema antiguo...»

—No lo pierda de vista, señor Ortiz —le ordenó Nathan—. No vaya a ser que nos gaste alguna jugarreta.

—Sí, com... —Ortiz se interrumpió—. Señor..., sí, señor.

Nathan sonrió. La sensación era tan extraña, después de la tensión de los últimos minutos, que le parecía que iba a resquebrajarse la cara. Se volvió hacia Crocker.

—Jefe, bombee un poco de aceite a los tanques del lastre. Tenemos que dejar de caer como una piedra. —La cara se le puso triste—. ¿Quién sabe? A lo mejor queremos subir y salvar a esa pobre gente de la central.

—A la orden, patrón.

«¡Oh, Dios!», pensó Nathan, con una sonrisa medio triste, medio irónica; y se dio la vuelta.

Encontró a Ford justo delante de él, lo cual era más o menos lo último que deseaba en aquel momento, porque Ford parecía incómodo en extremo, como alguien que tiene que decir algo y no sabe qué. «Es un sentimiento mutuo», pensó Nathan.

—¿Todo bien por su parte, comandante? —le preguntó.

—Sí, señor. Compruebe la posición del *Delta*, señor Ortiz. No quiero que vuelvan a pescarme con los pantalones bajados.

Se volvió otra vez hacia Nathan.

—Será mejor que inspeccionemos los desperfectos —le sugirió éste.

Ford asintió en señal de aceptación, pero Nathan, a juzgar por la expresión turbada de Ford, vio con claridad que había algo que le molestaba... y que no tenía muchas ganas de enfrentarse a ello. «Ésta no es mi casa», pensó.

Cuando se dirigían hacia fuera, Bridger tuvo el presentimiento de que con el tiempo acabaría siéndolo.

Capítulo 6

Llevó bastante tiempo emerger hasta salir de la sima y tardaron más tiempo aún en navegar por encima de la Central Energética Gedrick, calculando los daños sufridos por ésta y los de la propia nave. La central se había llevado la peor parte. Diseñada con anterioridad a la invención de los torpedos de E-plasma, no disponía de defensas contra ellos como las que tenía el *seaQuest*, y por eso grandes zonas de la central se encontraban hechas añicos y a oscuras, con las habitualmente brillantes luces de las torres y de los edificios anexos debilitadas o apagadas por completo.

El *seaQuest*, por su parte, había salido bastante bien librado, a pesar de la inmersión incontrolada. Si lo hubiera hecho con el control debido, con todos los sistemas encendidos y funcionando, no hubiera tenido ningún problema, puesto que, como ya avisó Noyce, había sido sometido a pruebas a mucha mayor profundidad. Pero no en una inmersión pronunciada, provocada por una inundación de emergencia de los tanques principales, y, desde luego, sin los desperfectos producidos por el torpedo en el revestimiento exterior. Durante el tiempo que la nave estuvo flotando por encima de la estación, vigilando mientras se llevaba a cabo la evacuación, las WSKR rondaban por fuera del casco, examinando minuciosamente el lugar donde el torpedo de E-plasma había producido el impacto. Se veía allí una fea cicatriz irregular y de varios metros de longitud, pero se trataba de una cicatriz ya cerrada, curada, pues el casco homeostático de fibra simple, diseñado para reparar sus propias brechas, había hecho su trabajo sellándolo todo, menos el flujo inicial del agua, e impidiendo una implosión catastrófica. También había aislado la transmisión de la carga electrostática, que si hubiera quedado libre habría causado estragos en los sistemas de los ordenadores y de los de mantenimiento de vida de a bordo, matando probablemente a todos los que estaban en su interior con más rapidez que las consecuencias del daño producido en el casco.

Varios transbordadores llevaban ya una hora yendo y viniendo, trasladando a bordo del *seaQuest* familias enteras de la central y transportando a ésta a personal del *seaQuest* para que ayudaran a salvar todo aquel material que pudiera salvarse, así como para inutilizar lo que fuera demasiado peligroso o complicado de mover. La zona de ataque parecía un campo de refugiados improvisado y que se encontrase sumido en la penumbra, porque el barco continuaba funcionando con energía auxiliar, de manera que bajo el débil resplandor de la iluminación de emergencia se veía una multitud de hombres, mujeres y niños, mojados todos ellos, asustados y ateridos, a los que la tripulación del *seaQuest* prestaba auxilio con mantas y medicamentos.

El equipo médico ya había aislado una parte de la zona de ataque para efectuar los reconocimientos; varias personas arropadas con mantas se encontraban allí acurrucadas o tendidas, y los médicos se movían apresuradamente yendo de unos a

otros.

Todos los miembros de la tripulación que rodeaban a Nathan eran la viva imagen de la eficiencia, y él se daba cuenta de que se estaba haciendo todo lo que podía hacerse; pero, a pesar de todo, sentía lástima por esa pobre gente de la central energética, cuyas tranquilas vidas se habían visto súbitamente destrozadas por aquellos malvados. ¿Y por qué? La respuesta a esa pregunta seguía escapándosele, y el recuerdo de la despiadada e implacable persecución de que había sido objeto el *seaQuest* todavía le producía estremecimientos. No acababa de comprenderlo.

Pero el caso era que, mientras tanto, aquellas personas estaban sufriendo algo que para ellos no debía de tener explicación posible. ¿Adónde irían ahora...? ¿Qué harían...? Nathan les oía hacerse esas preguntas unos a otros, a veces incluso llorando, y deseaba tener alguna clase de respuesta.

Le llegó de nuevo el sonido de llanto y, al mirar hacia un lado, vio a una niña cerca de dos adultos con aspecto de estar perdidos, que supuso que serían sus padres. La niña estaba de pie, solita, llorando y frotándose con fuerza los ojos con los puños. Vio que el padre bajaba la vista, con las manos y los brazos ocupados por completo en abrazar a su esposa, que lloraba amargamente, y el hombre, no sabiendo qué hacer, enterraba el rostro en el hombro de su esposa, simplemente para no ver nada.

Bridger se acercó a la niña, se agachó delante de ella, le quitó las manitas de la cara y le limpió los ojos, preguntándose qué podría decir para consolar a una persona tan pequeña. Por fin le habló:

—Dime una cosa, ¿has hablado alguna vez con un delfín?

Con los ojos muy abiertos y sorbiendo por la nariz, aunque ya no tan fuerte como un momento antes, ella negó con la cabeza. Nathan la cogió en brazos.

O'Neill no se encontraba lejos, trabajando en uno de los cuadros de distribución de la pared. Se inclinó hacia Nathan y le dijo en voz muy baja:

—Señor..., esto..., me parece que ese proyecto en particular es muy secreto...

—Exacto —contestó Nathan, y se fue con la pequeña hacia la cubierta superior.

Pasó un buen rato antes de que Nathan encontrase tiempo para dirigirse a la sala de máquinas. Ya se había drenado el noventa por ciento del agua que entró violentamente a causa del impacto del torpedo; desde luego, estaba claro que el torpedo había sido dirigido con una gran astucia. Nathan se preguntó cómo era posible que el comandante del *Delta* hubiera sabido sacarle el mayor partido posible a un solo disparo. Al ver el agua que chorreaba de las paredes y del techo pensó que el efecto producido había sido extremadamente preciso. El equipo de mantenimiento seguía estando muy atareado soldando y tapando con parches el rígido casco interior, los puntales y los mamparos, aspirando el agua del espacio existente entre los dos cascos y añadiendo componentes de «memoria» al casco exterior en los lugares

donde había quedado al descubierto, para ayudar así a rejuvenecer el tejido de polímero allí donde el torpedo lo había dañado. Otros se ocupaban en intentar recuperar el material eléctrico, que se había empapado; además de la habitual espuma «secante» higroscópica, alguien había llevado cubos de agua dulce para eliminar la salmuera de la superficie, y los secadores portátiles, alimentados por pilas, llamaban mucho la atención, pues todavía no se había inventado nada mejor para secar los chips mojados y los tableros de sistemas. Los cuadros de distribución de los que el equipo de mantenimiento aún no se había ocupado continuaban echando chispas y chisporroteando, y ese sonido hizo que Nathan se sobresaltara cuando atravesó las puertas herméticas. El comandante Ford se hallaba en uno de los laterales, supervisando la sustitución de una consola de ordenadores, y al levantar la vista y darse cuenta de la presencia de Nathan, volvió a asumir aquel aspecto de turbación que Bridger ya había observado antes en él. Ford, que estaba inclinado sobre uno de los técnicos, se incorporó y se acercó a él.

—¿Qué, cómo aguanta el barco? —le preguntó Nathan.

Ford suspiró.

—La integridad del casco exterior no es muy buena, pero es aceptable. La cobertura flexible del casco exterior se ha sellado sola, tal y como estaba previsto. — Echó un rápido vistazo al personal que trabajaba en la maquinaria a su alrededor—. El equipo técnico que tenemos aquí... hace todo lo que puede. Pero no conseguiremos que los motores funcionen a pleno rendimiento.

—Lo que me está usted diciendo —apuntó Bridger— es que tenemos cuatro ruedas pinchadas y que la de repuesto está defectuosa.

Con cansancio, Ford movió la cabeza asintiendo.

—La teniente Hitchcock informa de que hay otros nueve sistemas deteriorados en distintas partes del barco, principalmente sistemas relacionados con la propulsión y el armamento.

Nathan volvió a decirse que los efectos del torpedo habían sido extremadamente precisos, de modo que, si el barco iba a funcionar de un modo defectuoso..., eso le resultaría muy, pero que muy provechoso a quienquiera que fuese el que estuviera disparándoles...

—¿Cuál es el motivo? —preguntó.

Ford sacudió la cabeza de un lado a otro, con aire avergonzado.

—Lo desconocemos.

Nathan estuvo considerando varias frases que hubieran ido bien para decirlas en voz alta, pero, por si acaso había niños por allí que pudieran oírlos, lo que dijo fue:

—¿A alguien se le ha ocurrido comprobar si a este trasto se le ha pasado la garantía...? —Luego soltó un largo resoplido. De nada serviría recrearse en el lado negativo de la situación—. Tenemos bastante espacio para traer a bordo a todos los

supervivientes de la central —añadió mirando a Ford—. Deberíamos estar contentos por eso.

Pero Ford no tenía cara de estar contento en absoluto; su aspecto era el de alguien que tiene una queja mental, o tal vez una queja moral.

—¿Qué es lo que le tiene preocupado, comandante? —le preguntó Nathan.

Ford titubeó un momento y respondió:

—Capitán, con respecto a lo que pasó en el puente... Yo no..., no debería haber...

Nathan sacudió la cabeza.

—No se preocupe. Dudo que esta clase de situación venga en el manual.

—Sí, señor —convino Ford, pero no le cambió la expresión del rostro.

«Hay que afrontarlo, sea lo que sea», pensó Bridger, a pesar de todos sus recelos.

—¿Alguna cosa más, comandante?

Ford miró a su alrededor, a la tripulación que trabajaba frenéticamente, y contestó:

—Él lo sabía, señor.

Sólo había un «él» que a Nathan le viniera a la cabeza en esos instantes. El mismo de siempre. Empezó a considerar si dejarse llevar por el genio serviría de algo en aquel momento. Probablemente no, aunque, desde luego, le habría hecho sentirse mucho mejor.

—Aquí no —dijo—. Vamos.

La zona de estacionamiento de minisubmarinos, con su tanque en forma de luna, se hallaba desierta; además, tenía la virtud de ser lo suficientemente grande como para que uno pudiera pasear cuando estaba furioso. Bridger estaba paseando.

—Debería haberle dicho la verdad desde el principio, con órdenes o sin ellas. Yo también lo sabía —contestó Ford.

—¿Lo del submarino rebelde? —se aseguró Nathan—. Y Noyce estaba al corriente desde el mismísimo principio de que todo esto era una farsa.

—El almirante se imaginó que usted nunca vendría si conocía el verdadero motivo...

—¡Ya lo creo que no! —Nathan percibió el enojo en su propia voz y procuró reprimirlo—. ¿Cuánto tiempo hace que está usted al tanto de este asunto?

—Hace ya casi dos meses que la OUT tiene conocimiento de la existencia de ese submarino. Está tripulado por piratas con tecnología avanzada, filibusteros. Muchos submarinos viejos, de los que se venden para el desguace, los aprovechan tipos así, aunque hasta hace poco tiempo casi todos los conflictos se producían cerca de Europa. La OUT le ha seguido la pista a éste desde las Aleutianas. El submarino ha venido viajando a lo largo de la cordillera Seamount, atacando varios puestos

fronterizos para abastecerse de víveres y de algunos objetos de valor. Pero nunca se habían cobrado vidas humanas... hasta ahora.

—Hasta ahora. —«Hasta que aparecimos nosotros, precisamente nosotros», pensó Nathan—. De manera que mi «amigo» el almirante Noyce nos envió a hacer un viaje de prueba precisamente por el territorio donde, según los informes, se encontraban los rebeldes, consciente de que había muchas posibilidades de que nos encontrásemos con ellos. —Se apoyó en un mamparo, pues empezaba a sentirse realmente débil a causa de la ira, lo que posiblemente era una ventaja, ya que, de ese modo, no podría matar a nadie ni sacarle los ojos. ¡Pero más tarde...!—. Se suponía que no iba a ser más que un paseo para que yo viera cuánto se me necesitaba a mí en esta... importante causa. —Como Ford no dijo absolutamente nada, Nathan supuso que su sospecha era acertada y empezó a pasearse otra vez, agitando los brazos; el guión estaba perfectamente claro—. Y si nos cruzábamos con el submarino usted tenía que entregarme a mí el mando. Así, yo vencería a ese blanco tan fácil con mi supersubmarino y... ¡ya estaba, volvería a formar parte del equipo! ¡Maldita sea!

Ford tuvo la delicadeza de mostrarse muy avergonzado al decir:

—Señor, no estoy en condiciones de permitirme juzgar los..., la intención última del plan del almirante. De todas formas, él no podía prever..., no previo nuestras circunstancias actuales. —Hizo una pausa—. Me refiero a los muertos en el agua y a que el submarino rebelde mate ahora a los colonos inocentes que todavía están en libertad... —Tragó saliva con dificultad—. Teniendo en cuenta la actuación que tuvo usted en el puente durante los momentos críticos de nuestro encuentro con el enemigo, y considerando que usted, evidentemente, tiene un conocimiento superior al mío acerca de esta nave..., le pido encarecidamente que ahora sí acepte el mando de este buque durante todo lo que dure esta misión.

A Nathan no le quedó más remedio que detenerse y prestarle atención, porque resultaba evidente que esta vez Ford no lo había dicho cumpliendo una orden, sino de todo corazón. Pero...

—¿Esta misión? Así que ahora es una misión, ni más ni menos —observó Bridger.

La furia hizo que le empezara a hervir la sangre. Nathan sintió el impulso de decirle a Ford por dónde podía meterse el mando y, pensándolo bien, también el *seaQuest*. Se lo tenían bien merecido, pero... No. Se tranquilizó y dijo:

—Permítame que intente explicarle una cosa. Hace seis años le di la espalda a todo esto. Me marché y borré esa parte de mi vida. Y lo hice por un motivo.

—Su hijo.

Nathan le miró, sorprendido.

—¿Qué sabe usted de mi hijo?

—Sé que servía en la Marina. Y que murió en acto de servicio en algún lugar del

Atlántico.

La preocupación que se leía en el rostro de Ford hizo contenerse a Nathan.

—Exactamente —asintió al cabo de un momento—. Y le prometí a mi esposa que yo no volvería a tener nada que ver con los militares nunca más. Le di mi palabra.

Ford le miró sin mover un solo músculo de su rostro, del que había desaparecido por completo la preocupación, sustituida por algo más difícil de afrontar, la compasión; pero una compasión con un matiz de dureza y frialdad.

—Con el debido respeto —apuntó—, hay trescientos hombres, mujeres y niños en esa central y a ellos no podrían importarles menos las promesas que usted haya podido hacer, señor.

Nathan le miró y descubrió que, por mucho que lo pretendiese, ya no sentía rabia, y pensó: «No tengo escapatoria.» No era ningún consuelo estar atrapado en algo que uno mismo había concebido, en un destino al que él mismo había dado forma, tanto en el tablero de dibujo como en otras partes. Y ya no podía abandonar.

¿No podía o no quería?

La voz en el fondo de su mente, a menudo tan vociferante, no le dio ninguna respuesta.

Ford continuaba allí, esperando no a que ocurriera algo, sino a que su superior hiciera algo, que diera a conocer sus deseos. Bridger conocía aquella actitud. Bien sabía Dios que él la había adoptado en bastantes ocasiones a lo largo de su... carrera.

—Gracias, comandante —dijo en voz muy baja, a modo de despedida.

Ford se marchó.

Bajo la cruda iluminación aparecía desplegada sobre la mesa de mapas una carta de navegación de papel, cubierta con un vidrio, junto con un calibrador, una escuadra y los demás anticuados instrumentos de navegación; incluso, apartados a un lado estaban un ejemplar del *Libro de bolsillo de los navegantes de Haswell* y una regla de cálculo, porque, mientras que los ordenadores se podían romper y a las calculadoras podían acabárseles las pilas, una regla de cálculo siempre funcionaba, y un libro también.

La mano se extendió hacia abajo con un lápiz de cera y marcó el tercero de tres rumbos posibles sobre el vidrio. Marilyn Stark miró los resultados, dejó el lápiz de cera y dejó escapar un suspiro, algo poco característico tratándose de ella. Maxwell la miró con incertidumbre y observó:

—Sólo estamos a unos pocos kilómetros de distancia. Podemos regresar y esperar a que suba.

Stark movió negativamente la cabeza.

—¿Que suba? No tiene por qué subir. Aun en el estado de deterioro en que se encuentra podría permanecer allí abajo durante meses. —Apretó los labios—. No, me temo que tendremos que obligarlo a salir. —Alargó la mano por encima del mapa y

dio unos golpecitos en un punto al que llevaban dos series de líneas hechas con lápiz rojo—. Ahí. La Comunidad Granjera Submarina de West Ridge. —Se quedó mirando el mapa, pensativa—. Suena agradable, ¿verdad? Es la clase de sitio al que me gustaría retirarme algún día; un lugar donde poder sentarme en el porche y contarles a mis nietos historias de las duras batallas libradas y ganadas, como mis abuelos hicieron conmigo.

Miró hacia las sombras del puente. ¿Qué cultivarían allí?, se preguntó. Las fluctuaciones de temperatura en aquellas zonas harían cenizas cualquier cosecha, y la granja estaba a demasiada profundidad para producir cultivos de litoral, como musgo de Irlanda o algas rojas. No, probablemente sería uno de los cultivos de terreno medio, o bien plancton proteínico cultivado o levadura calcificada, de trabajo intensivo, pero de abundante cosecha y con buenos precios en el mercado libre. Seguramente también trataban un poco los sedimentos, rebuscando en los abundantes nódulos de manganeso del fondo del océano circundante, y utilizando unos cuantos robots pequeños para que buscasen los nódulos más valiosos de cobre, cobalto y níquel. En esos sitios debía de haber incluso una chimenea de algún *black smoker*, uno de esos escapes naturales de agua caliente, de donde podrían recoger hierro, manganeso y cinc para su propio consumo. Todo ello supondría un trabajo tedioso y difícil, una vida dura; pero habría veladas gratificantes al final de la jornada en torno al calor de la chimenea familiar. Tal vez hasta tuvieran la satisfacción de quemar gas natural de su propio pozo en aquellas chimeneas...

Levantó la vista del mapa y se encontró con que Maxwell la estaba mirando fijamente. «Este hombre parece haber visto un fantasma. ¿Qué es lo que le aflige? Antes era capaz de dominar bien la tensión, pero supongo que es el problema de siempre, que los hombres al cabo del tiempo pierden la capacidad de enfrentarse a las cosas, sencillamente...» Y era una lástima, pero ella no podía andar perdiendo el tiempo preocupándose de aquel hombre.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Maxwell indicó el mapa con un gesto.

—No son más que un puñado de agricultores...

Stark le miró a los ojos y esbozó un amago de sonrisa fría, al tiempo que marcaba una cruz justamente encima del centro de la comunidad.

—Exacto —dijo—. Precisamente de eso se trata.

Capítulo 7

El *seaQuest* permanecía quieto y silencioso, flotando en el agua oscura por encima de las mortecinas luces de la Central Energética Gedrick. Poco a poco, la central parecía ir desvaneciéndose en la oscuridad, a medida que se iban cerrando o fallaban los sistemas mecánicos y de mantenimiento. En algunos lugares, las zonas pobladas de la central quedaban simplemente abandonadas, aunque los habitantes, con tanto cuidado como si fueran a regresar, apagaban las luces al salir.

Abajo, entre las torres —las pocas que todavía seguían en pie y las que se encontraban dobladas y retorcidas— pasó aceleradamente un extraño y pequeño aparato envuelto en la oscuridad, dejando un diminuto reguero de burbujas tras de sí. Un observador profano hubiera podido pensar que se trataba de algún tipo de calamar, siempre y cuando un calamar pudiera nadar sin mover los tentáculos y siempre y cuando los calamares estuvieran hechos de metal, con raras protuberancias de vidrio y de metal aparentemente pegadas aquí y allá. No era un calamar. Tenía numerosos brazos, pero eran de metal, no de carne; tenía pico, pero estaba hecho de sondas sensoras y no de hueso; tenía cerebro, pero el cerebro estaba en otra parte.

El aparato navegaba en descenso, hacia la central energética, atravesando un paisaje misteriosamente claro; un paisaje del cual parecía haberse eliminado por completo el agua, de manera que todos los detalles físicos se veían con claridad y realismo, casi con demasiado realismo; una visión más propia de cuando se vuela que de cuando se nada.

En el puente del *seaQuest*, Hitchcock estaba sentada en su puesto, y ella era el cerebro de aquel «cuerpo» distante y quien veía aquella panorámica hiperreal. Llevaba puesto el equipo, que constaba de los auriculares y los guantes de la sonda HyperReality. Eran todavía muy nuevos, pues habían sido instalados la semana anterior, y se trataba de prototipos, a los que no había habido tiempo de perfeccionar ni de taparles los aspectos técnicos desagradables a la vista, como los chips y los conductos. Ambos eran simples estructuras de alambre de acero con un montón de hilos de conexión y cables al descubierto. Hitchcock no necesitaba cubrirse los ojos con el casco; la tecnología de la realidad virtual había avanzado hasta ese punto, por lo menos, en los últimos treinta años de desarrollo, de manera que se habían superado los torpes métodos de proyectar por medio de una pantalla o directamente en la retina, para lograr el procedimiento más elegante del contacto neural directo. Hitchcock tenía un implante de nervio óptico, preparado para tales tareas, bajo la piel de la sien izquierda, por lo que únicamente necesitaba para ese trabajo una placa de contacto de fibra óptica, apretada suavemente sobre el implante y asegurada a una almohadilla de espuma neuroconductora. La fibra estaba conectada al tablero de control y se unía allí a las fibras de los guantes.

Hitchcock permanecía allí sentada y con los ojos abiertos, observando; pero no veía nada de la habitación, sino cosas que se encontraban en otra parte; oía y sentía cosas del exterior.

—Es casi igual que estar allí mismo —comentó en voz baja.

La sonda miraba donde ella miraba, se movía por donde ella se movía. Era más fácil y más seguro que enviar un buzo; sobre todo, a esa profundidad y con esa presión, porque pocos equipos y menos personas aún aguantaban una inmersión tan profunda. Envío la sonda HyperReality, rápida como un rayo, entre los destrozados edificios de la central energética. Echó una ojeada a la izquierda y la sonda echó la ojeada con ella y, luego, miró hacia arriba cuando Hitchcock miró hacia arriba. Por encima se veía una enorme maraña de tuberías grandes y aspecto desagradable. Parpadeó para cambiar de campo visual y captó una visión termográfica en colores de las mismas tuberías, viendo exactamente por dónde pasaba gas caliente, dónde estaba frío y dónde, en el exterior de las propias tuberías, la fricción reciente permanecía aún latente en forma de calor, delatando los puntos de tensión y las fracturas.

Estiró los dedos y consideró cuál sería el mejor camino para continuar la investigación. Siguiendo aquel gesto, la sonda dio una nueva configuración a sus brazos para poder pasar más fácilmente por entre las tuberías.

Hitchcock se mantuvo así un buen rato más; el simple movimiento de un músculo, cualquier ligero movimiento servía para guiar a la sonda a través de la destrozada selva de tuberías y conductos. Y, de súbito, vio lo que en cierto modo estaba esperando encontrar allí, lo que había estado temiéndose.

—Oh, oh... —murmuró, y añadió en tono más alto—: Sí, hay algo ahí... Creo que será mejor que le eche usted un vistazo.

Nathan estaba junto a Ford, viéndole trabajar en su puesto, y los dos se acercaron a Hitchcock y miraron atentamente a la pantalla. Ford miró a Nathan, muy preocupado, y dijo:

—La sala de oficiales. Vamos a reunir allí a todos los que podamos.

La sala de oficiales se convirtió en un lugar donde sólo se podía estar de pie. Los representantes de los militares y los de los científicos, siguiendo un impulso inconsciente, supuso Nathan, se habían situado ante la mesa en bandos separados. Nathan se sentó con Ford a un lado y Kristin Westphalen al otro, con aspecto grave y solemne. Toda la atención de la científica estaba dedicada a la pantalla que había en el centro de la mesa, la cual mostraba la visión termográfica que de la torre de perforación de la central energética ofrecía la sonda HyperReality. Casi todos los colores que se veían eran azules y verdes fríos, excepto una emanación de calor rojo anaranjado que procedía de la base de la torre.

Westphalen, que parecía estar verdaderamente preocupada, habló:

—Como pueden ustedes comprobar, por los datos que la teniente Hitchcock ha

recibido de la sonda, la central energética está construida sobre un cráter volcánico del fondo del océano.

—¿Por qué? —preguntó Ford.

—Para obtener energía —explicó Nathan—. Se utiliza para mover las turbinas con el calor retenido que procede de las fugas controladas.

—Se trata de un proceso muy corriente —completó la explicación Westphalen—. Pero, según los datos enviados por la sonda, el casquete que cubre la grieta en la base de la central está a punto de resquebrajarse por completo.

Señaló la reveladora nube de color rojo anaranjado que se iba formando en la base de la torre de perforación, y los científicos presentes se movieron inquietos. Hubo murmullos e intercambio de miradas preocupadas. Nathan puso ojos de asombro.

—¿Qué sucede si se rompe? —preguntó Hitchcock.

Westphalen meneó lentamente la cabeza a un lado y a otro.

—Una pesadilla. Si se resquebraja por completo, los gases venenosos que se extraen, y que normalmente se aíslan para destruirlos, se derramarán por el fondo del océano.

—¿Qué radio alcanzarían? —preguntó Ford.

La científica volvió a menear la cabeza, preocupada por la enormidad de lo que los datos le indicaban.

—Con las corrientes termales que hay en esta zona... probablemente varios cientos de kilómetros.

Los componentes del equipo científico empezaron a hablar todos a la vez, enojados, disgustados y preocupados sucesivamente. Westphalen alzó la voz lo suficiente para que se la oyera por encima del alboroto:

—¡Toda la vida biológica submarina, tanto vegetal como animal, se asfixiaría, por culpa de esta basura originada por el ser humano, y moriría! —Miró al personal de la Marina, situado al otro lado de la mesa, con una expresión de súplica en el rostro—. ¡Nos encontraríamos por primera vez con algo equivalente a un árido desierto en las profundidades del océano!

El ruido entre los miembros del equipo científico se hizo más fuerte. Irritado, Nathan observó que casi todos los componentes del bando militar se miraban unos a otros con expresiones que iban desde la vacía indiferencia al fastidio porque se organizase semejante alboroto por tan poca cosa. Le habló a Westphalen por encima de la algarabía, pero ella no podía oírle e hizo un gesto negativo con la cabeza y se puso una mano abierta detrás de la oreja. Nathan alzó la voz, imitando el grito que tantas veces en su juventud había oído copiar a sus propios oficiales.

—¿Tiene arreglo?

Aturdidos por el diáfano e inesperado volumen de la voz de Bridger, todos se

callaron. Westphalen le miró con algo parecido al asombro, y Nathan se dio cuenta con cierta sorpresa de que la mujer no se esperaba que él estuviera de su parte.

—Sí —contestó ella—. Siempre que contemos con el equipo apropiado.

Ford frunció un poco el ceño.

—Se refiere usted al equipo militar, claro. —Bridger meneó la cabeza con cierto asco. «¿Cómo puedo hacer entender a esta gente que, si el modelo no funciona en este nivel, no funcionará en ningún otro?»—. ¡Me da lo mismo de dónde venga la cosa!

Observó con atención a Ford. Casi eran visibles los cambios de opinión en la voluntad de aquel hombre, que se esforzaba por tomar la decisión correcta. Sus hombres le miraban fijamente, esperando que se inclinara en la dirección que para ellos era la más indicada, la suya propia; y no parecía posible que, hubiese sido o no el segundo comandante más joven, e independientemente de la poca experiencia que pudiese tener, Ford no sintiera sobre sí el peso de esa presión y se viera impulsado a decidirse por aquella opción, que, de todos modos, era la que él mismo deseaba, por supuesto.

—Comprendo la preocupación de la doctora Westphalen, pero... —«¡Vaya, hombre, va a oponerse todo lo que pueda!», pensó Nathan, que estuvo a punto de poner los ojos en blanco al oír el excesivo énfasis puesto en la palabra «doctora»—. Pero este barco está funcionando en circunstancias muy inusuales y peligrosas — continuó diciendo Ford—. No sé si haríamos bien en desviar nuestros esfuerzos de la perentoria necesidad de encontrar la causa del fallo en los sistemas de armamento y propulsión, para así poder salir en persecución de ese submarino rebelde que anda por ahí armado.

—Comandante —replicó Nathan—, en los días que pasé conviviendo con mis camaradas militares, yo hubiese adoptado la misma postura que está usted adoptando ahora. Sin embargo... —agregó, levantando la mano para adelantarse a la mirada de satisfacción que empezó a circular entre los marinos—, si comprendo bien este asunto del mandato de la OUT, opino que no deberíamos marcharnos y darle la espalda a un posible desastre ecológico, de gran importancia, si es que podemos hacer algo al respecto. —El personal científico parpadeó al oír aquello—. Ya sé que yo estoy aquí nada más que dando un paseo —prosiguió en un tono de absoluta inocencia—, pero sólo unos cuantos buzos pueden trabajar a un mismo tiempo en nuestro casco, de manera que —añadió, y miró de reojo a Ford con toda intención— recomiendo, encarecidamente, que intentemos reparar esa fuga de gases.

Ford permaneció un rato en silencio, mirándose las manos. Parecía destrozado, y Bridger se limitó a esperar, pues no necesitaba decir nada más. Tal vez aquel hombre fuese joven y relativamente inexperto todavía, pero estaba claro que sabía cuándo algo era conveniente. Finalmente, el oficial levantó la mirada y asintió.

—Muy bien, capitán Bridger. Arreglaremos esa fuga.

Algunos de los militares mostraron su exasperación con un resoplido amortiguado.

—Pueden retirarse —les dijo Ford, y tanto los militares como los científicos empezaron a salir.

Nathan miró a Westphalen cuando ella se levantó. Se veía claramente que estaba muy complacida, pero sus normas de conducta no le permitían demostrar hasta qué punto y, además, no iba a hacerlo delante de aquellos tipos de la Marina, y quizá ni siquiera ante su propia gente.

Se acercó a ella.

—¿Puedo invitarla a un café?

Ella le miró burlonamente y asintió con la cabeza.

Se sentaron en la sala de descanso de los oficiales, con sendas tazas de café, y se tomaron un breve tiempo en el ceremonial del azúcar y la crema. Había un monitor cerca de ellos, y Nathan lo conectó y echó un vistazo a la zona de ataque. Bajo el pálido resplandor de la iluminación auxiliar, el lugar se estaba convirtiendo en el escenario de una refriega. A un lado, el oficial de control de la zona permanecía en su puesto, vigilando en sus pantallas el despliegue de los distintos equipos. Debajo de él, avanzaba hacia el puerto de ataque un grupo de miembros del equipo científico con sus instrumentos —varios monitores, analizadores químicos y cosas así—, mezclados incómodamente con un grupo de militares que llevaban sus propios utensilios. Ambos equipos esperaban para subir por las escaleras al TeamCraft que los esperaba, pero sin relacionarse ni hablar unos con otros; nada de bromas amistosas. Antes al contrario, lo que había era una profusión de miradas furibundas.

Visibles en las pantallas del puesto del oficial de control, varios TeamCrafts, cada uno con su tripulación de dos miembros, se dirigían ya hacia la humeante base de la torre de perforación de la central energética. Uno de ellos desapareció entre el humo, bajo la vigilancia del oficial de control. Otros se hallaban aún a punto de despegar de la parte esférica del *seaQuest*.

Westphalen estaba mirando por encima del hombro de Nathan cuando éste cambió de imágenes para mostrar lo que uno de los TeamCraft estaba viendo: los remolinos de vapor tóxico procedentes de la base de la central energética. La científica soltó un suspiro, miró a Bridger y dijo:

—Gracias por lo que ha hecho usted hace un rato.

Nathan se encogió de hombros, al tiempo que apartaba la vista del monitor y se volvía hacia ella.

—Era de sentido común.

La mujer le miró con curiosidad.

—Perdone que se lo diga, pero no me parece usted el típico militar.

Nathan se sintió intrigado.

—¿De veras? ¿Qué le parezco exactamente, doctora?

Westphalen pareció azorada.

—Vaya, le he ofendido.

Bridger se echó a reír suavemente.

—Al contrario. Me he pasado la mayor parte de mi carrera intentando no convertirme en parte de la maquinaria.

—Entonces, ¿se considera usted un radical?

Nathan levantó las cejas.

—Nunca he pensado en ello ni en un sentido ni en otro. Hace mucho tiempo que tomé la decisión de que no iba a mostrarme conforme por caerle bien a nadie. — Pensó en Carol, entonces, recordando que ella le tomaba el pelo llamándole «alborotador»—. Mi esposa siempre me decía que era un rematado testarudo.

Westphalen titubeó un momento.

—¿No vería ella quizás un indicio de flexibilidad?

Nathan sonrió ligeramente y volvió a remover el café.

—Es posible que un indicio, sí.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Veintisiete años. Murió hace diez meses.

—Lo siento.

A pesar de que se estaba esforzando por bloquear el resurgimiento de los recuerdos que inevitablemente acompañaban a la palabra «murió», Nathan pudo distinguir por el tono que la pregunta de Westphalen no había obedecido a una mera curiosidad ociosa.

—¿Y usted? —le preguntó él—. ¿Hay un señor Westphalen?

—Varios, me temo.

Bridger volvió a levantar las cejas.

—Interesante.

Pero ella movió negativamente la cabeza.

—No mucho. Ni siquiera sé decirle qué fue lo que falló en concreto. Supongo que al final simplemente se mostraron... débiles. La fuerza puede resultar un rasgo debilitador para algunos hombres. —Dejó escapar un suspiro—. Sólo saqué una cosa positiva de ellos.

—¿La pensión alimenticia? —le preguntó inocentemente Nathan.

Ella le dirigió una mirada que no era ni con mucho de tanta irritación como hubiera cabido esperar.

—Mi hija, Susan. Acaba de licenciarse en biofísica. Espero conseguir que se una a mi equipo de investigación... ¿Tiene usted hijos?

Aquel otro conjunto de recuerdos empezó a acudir a su mente y Nathan se esforzó por rechazarlos.

—Tuvimos un hijo —respondió—. Se perdió en el mar hace seis años.

Westphalen le miró, evidentemente incapaz de hallar palabras oportunas que decir; así que dio marcha atrás y volvió a un tema más frío:

—¿Quería usted hablarme de algo?

Nathan se alegró también de poder echar marcha atrás.

—Pues... sí. Necesito un experto en tecnología.

—¿Un qué?

—No creo que lo que le está sucediendo a este barco sea sólo por casualidad. Necesito a alguien que pueda investigar los sistemas y averiguar qué está pasando.

—¿Qué me dice de la teniente Hitchcock?

—No me sirve —le contestó Nathan—. Ella forma parte de la maquinaria de los ordenadores. Y además está muy ocupada supervisando al equipo de reparaciones. Necesito a alguien capaz de llegar hasta las entrañas y ponerse a escarbar allí. Esperaba que usted tuviera alguien en su equipo.

—Yo... —Westphalen parecía indecisa, y Nathan empezó a preocuparse. Luego, ella parpadeó—. Espere. Hay una persona que quizá nos pueda ser útil.

—¿Quién? —le preguntó Nathan, al tiempo que se levantaba—. Vamos a verle.

Doblaron la esquina de la entrada a los camarotes, donde la luz jugueteaba en una pared. Nathan miró a la pared, abrió la boca y volvió a cerrarla. Alguien estaba proyectando en ella sombras gigantes de conejitos.

Westphalen y él asomaron la cabeza por la esquina siguiente, que era la entrada a la habitación. La iluminación auxiliar carecía de la suficiente fuerza para proporcionar el efecto que estaban viendo; se trataba de una lámpara a pilas que estaba colocada erguida junto a la cama del camarote. Encima de la cama, con las manos levantadas delante de la luz, había un chico tumbado, formando las sombras con las manos. Era Lucas.

Levantó rápidamente la mirada, sorprendido, y con un solo movimiento de las manos convirtió el conejito en la cabeza de un perro y, moviendo acompasadamente las mandíbulas del perro, dijo:

—¡Guau, Lucas! ¡Mira quién ha venido a visitarnos hoy! ¡Es el asombroso Bonko y su bella ayudante Doris!

Nathan miró a Westphalen, con las cejas tan levantadas que probablemente parecía que iban a emigrar al cuero cabelludo.

—¿Habla usted en serio? —le preguntó a Westphalen.

Ella asintió con la cabeza y contestó:

—Hay ciertas cosas que merecen la pena tener que soportarlas.

—Lo crearé cuando lo vea —comentó Nathan.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, la lámpara había vuelto a su posición para hacer aquello para lo que estaba pensada: iluminar el lugar de trabajo de Lucas. Nathan se percató de que, muy a su pesar, se sentía impresionado. La mesa de trabajo estaba llena de toda clase de componentes de ordenador que pudiera imaginarse: teclados, memorias informáticas, cables por todas partes, puertos serie y paralelo, CD-ROM y bloques de ROM, y otros componentes que no pudo identificar. Todo ello estaba entremezclado con el acostumbrado desorden que cabe esperar en la habitación de cualquier quinceañero: calcetines emparejados y desemparejados de tres en tres, calzoncillos (había unos a modo de gorro sobre la cabeza de un osito de trapo), ropa en diferente estado de uso y limpieza colgada por todas partes, en ocasiones a modo de esterilla aislante o como protección para impedir que una pieza de material electrónico sujeta con cables rozase con otra, y, en otros lugares, sencillamente tirada por el suelo porque su dueño no tenía tiempo para recogerla.

Lucas estaba encorvado sobre su puesto de trabajo, tecleando, no tanto al estilo de un pianista clásico como al de un batería de jazz, pues lo realizaba todo a base de juego de muñecas, yendo de los tambores a los platillos y a las escobillas y a los cencerros y otra vez a los tambores; alargaba la mano de vez en cuando hacia otro teclado cercano y pulsaba una tecla de control aquí, tecleaba una secuencia allá, recuperaba una macroinstrucción de otra parte. Todo aquello habría parecido muy impresionante de no haber llevado puesta Lucas todo el tiempo una gorra de béisbol con el morro de un delfín en la parte delantera y la cola sobresaliendo por detrás. Murmuraba para sí mismo, pero lo que decía estaba tan entremezclado de terminología informática y de otras jergas que Nathan se veía tan incapaz de traducir que, finalmente, comprendió que de nada servía seguir allí intentando entender lo que ocurría. «Deja que el chico siga su curso», pensó, y se apartó de Lucas, que estaba enfrascado en la tarea de abrirse camino a través de los sistemas del barco.

Se acercó a los estantes de libros. Había muchos, sujetos a las paredes. Algunos realmente contenían libros, pero eran, desde luego, los menos. La mayoría estaban atestados de... cosas. Había, por ejemplo, uno de esos pequeños reproductores de discos láser, que Nathan recordaba de su juventud, de aquellos que resultaba tan divertido escuchar en los aviones hasta que descubrieron que producían interferencias en la electrónica de a bordo; e incluso un reproductor de casetes aún más antiguo, aunque, tras pensarlo un momento, Nathan no logró imaginar qué tenía de extraordinario una grabadora que no podía grabar. Y hablando de grabaciones... Nathan alargó el brazo y cogió lo que debía de ser un disco de ordenador, uno de aquellos antiguos, grandes y frágiles disquetes flexibles, que dejaban una buena parte expuesta al polvo o a cualquier dedo grasiento que anduviera por los alrededores. Más cosas: una gorra con una gran X, y algún tipo de ave de rapiña con relleno, de la

época de los saurios.

—¿Qué es todo esto? —murmuró.

Lucas se levantó y, con mucho cuidado, le quitó de las manos el disquete flexible y lo volvió a dejar apoyado en el estante, de canto.

—Mi colección —respondió, en un tono de voz asombrosamente protector de pronto—. Son antigüedades. Todo lo que hay ahí es de los años noventa.

Nathan miró la extraña aglomeración de cosas y pensó: «Antigüedades. Yo tuve algunas de estas cosas y me parecían una auténtica maravilla. Ahora son antigüedades. Entonces, ¿qué soy yo?»

—¿Por qué de los noventa? —se interesó Westphalen.

Lucas se encogió de hombros.

—Porque es todo tan..., tan anticuado y tan raro...

Anticuado y raro. Muy bien. Nathan no sabía si, al fin y al cabo, no prefería ser una antigüedad. Por lo menos en esa palabra había cierto grado de dignidad. Cogió otra gorra de béisbol, ésta con manchas marrones que sugerían que alguien había estado jugueteando con un helado. Un letrero en la parte delantera rezaba: «Universal Tours.» Nathan sacudió la cabeza y volvió a dejarla en su sitio.

Lucas seguía trabajando afanosamente. Se detuvo un momento y esperó, mirando a la pantalla. De repente se puso tenso.

—¡Ya lo tengo! —chilló.

Bridger miró a la pantalla y se preguntó qué sería exactamente lo que habría encontrado, como no fuera uno de los más recónditos canales de entretenimiento. El monitor mostraba una misteriosa mezcla de colores, figuras geométricas y datos que se desplazaban detrás de unas cosas que hubieran podido formar parte de un organigrama; sólo que los esquemas de organigramas, al menos que Nathan supiera, nunca se habían presentado en unas formas como aquéllas. No le encontraba ni pies ni cabeza y se alegró de que Lucas sí le viera sentido.

El muchacho apretó unas teclas e hizo aparecer otros conjuntos de datos en la pantalla, nuevos organigramas y diagramas, más texto desplazándose.

—Tenía usted razón —se dirigió a Nathan por encima del hombro. Se recostó en la silla, separándose de la pantalla, e hizo unos gestos con la mano hacia ella. Cualquier sentido que el chico le encontrase a aquellos gráficos se le escapaba a Nathan, pero no estaba dispuesto a confesarlo y se limitó a levantar las cejas un poco y a esperar una explicación. Tal como suponía, ésta no se hizo esperar, aunque, como suelen ser las explicaciones de los expertos en informática, fue un poco breve. Y nada alentadora—. Ahí está el origen de su problema. El ordenador central se está muriendo.

—¿Muriendo?

Lucas hizo girar su silla lentamente.

—La memoria del ordenador principal tiene un virus. Eso es lo que está royendo los sistemas...

—Si está en la memoria —le preguntó Westphalen—, ¿por qué no está afectando a todo el barco?

—Oh, ya lo hará —repuso Lucas—. Lo que pasa es que ha empezado por las armas y la propulsión.

—Pero ¿por qué el diagnóstico del sistema no lo ha captado en las inspecciones periódicas?

Fue Nathan el que respondió:

—No. Cuando el armamento y la propulsión se vienen abajo, el sistema sólo hace funcionar un programa de diagnóstico de ejecución rápida; de manera que o bien el problema se encuentra y se soluciona rápidamente, o de todos modos no hay nada que hacer. A no ser que ¿podiera solucionar eso también...?

—Yo tengo algunas partes ordenadas —dijo en seguida Lucas, impertérrito.

Nathan le dirigió una mirada completamente pasada de moda, como le correspondía a una antigüedad, y vio cómo rebotaba en el cascarón que de descarada seguridad en sí mismo tenía el muchacho.

Westphalen se incorporó después de haber estado observando la pantalla. Era evidente que lo que veía allí le decía a ella mucho más de lo que le decía a Bridger, porque la científica tenía el aspecto de alguien a quien no le gustaba lo que estaba viendo.

—Sigo sin comprender cómo ha podido pasar inadvertido —comentó.

Lucas asintió con la cabeza e hizo aparecer otra exposición de datos en la pantalla.

—Aquí la complicación ha sido que este cabrón está enterrado tan profundamente que ninguna ejecución rápida podría detectarlo. —Parecía impresionado de verdad—. Lo han calculado con mucha precisión. Quiero decir que quienquiera que lo haya metido ahí sabía realmente lo que se hacía.

—O sea que no es orgánico —concluyó Nathan.

—Ni hablar. Es demasiado específico.

Nathan se inclinó por encima del hombro del muchacho y contempló aquella pantalla llena de datos incomprensibles, pensando: «Ya sabía yo que algo andaba mal. Ha pasado mucho tiempo desde la época en que la única forma de sabotaje era echar un zueco dentro de los motores... ¿Quién dejaría entre nosotros semejante mina a propósito, algo planeado para hacer fallar nuestros sistemas, y tal vez para matarnos, en el momento más oportuno?» Desechó la idea.

—¿Puedes decirme cuánto tiempo lleva ahí? —preguntó.

Lucas puso cara de presumido, o, por decirlo mejor, de más presumido que de costumbre.

—No hay problema —aseguró—. Si consigo quitar las capas de datos que hay entre él y yo...

Y se puso a machacar otra vez los teclados.

Nathan sonrió. Quizás hubiera algún motivo para la arrogancia de la juventud. De todos modos, si el muchacho obtenía resultados..., ¿qué más daba?

—Es un poco delicado —añadió Lucas sin dejar de trabajar, en un tono de voz que indicaba que estaba muy complacido consigo mismo por tener ocasión de dar lecciones a sus mayores—. No suelen poner etiquetas con la fecha en estas cosas. No es un archivo, sino el fragmento de un código; y aunque tuviera fecha podrían haberla borrado o destruido o podrían haberla programado para que mintiera... No, hay que analizar estas cosas por estructuras. A juzgar por las capas de datos acumuladas entre los niveles superiores de procesamiento y el virus, podría llevar ahí dentro escondido quizás un año; latente..., esperando sólo a que alguien empezase a usar esos sistemas. Y a que los usara en acción, no en ejercicios de adiestramiento.

—Sistemas que sólo se usarían cuando el barco entrase en combate —murmuró Bridger.

De repente...

—¡Jo! —gritó Lucas, al tiempo que quitaba las manos de las teclas, como si se hubiera quemado, y echaba la silla para atrás, lejos del grupo de teclados.

Westphalen se quedó mirándole.

—¿Qué?

—¿Qué pasa? —se unió Nathan, que medio se esperaba ver humo o chispas o algo evidente que hubiese provocado una reacción así.

—Tiene perros —les informó Lucas, frunciendo el entrecejo y mirando a la pantalla. Nathan sacudió la cabeza, preguntándose por un instante si aquel pequeño perro de lanas podría haberse metido de alguna manera en la memoria del ordenador—. Perros guardianes —añadió con exagerada claridad, como si estuviera explicándoselo a niños de tres años—. Son subprogramas instalados para proteger el virus. Si me meto en alguno de ellos, el barco entero podría estallar y arder. El mantenimiento de vida..., todo. —Vio la expresión de los otros dos, que parecían tan conmocionados como él mismo—. ¿Habéis oído el viejo dicho «Dejad tranquilos a los perros que duermen...»?

Sacudió negativamente la cabeza, cruzó los brazos y miró enfadado a la pantalla.

Bridger permaneció quieto, intentando digerir aquello. La furia empezaba a invadirle, una furia contra quien fuera que con tanto éxito había sido capaz de convertir el arma que tenía en la mano, el barco que él había diseñado, en un trasto inútil, un montón de chatarra, un verdadero problema. Pero no estaba dispuesto a permitir que aquello le detuviese. Era posible que existiese algo en aquella ecuación con lo que quienquiera que hubiese cometido el sabotaje no hubiera contado. Y él lo

encontraría. Y sabría emplearlo.

Y haría que lo lamentase.

—Capitán al puente —se oyó en un altavoz cercano—, capitán al puente...

—Creo que es para usted —le dijo Lucas.

Nathan asintió, dirigiéndose ya a la puerta.

—Haz lo que puedas —le indicó a Lucas y, luego, cuando ya estaba a punto de salir, se detuvo y miró hacia atrás—. Eh, muchacho... —Lucas le miró a su vez, con las cejas levantadas—. ¡Buen trabajo!

Y salió; pero no sin antes ver con cierta satisfacción la sombra de una sonrisa que empezaba a formarse en el rostro de Lucas.

Abandonó el camarote de Lucas y empezó a caminar de regreso al puente, reprimiendo la ira hasta un punto donde no pudiera gobernarle, sino que simplemente fuera una herramienta útil, algo que pudiera aprovechar para mantenerse activo.

Su humor no mejoró, pues eso no tenía ya remedio. Sentía ganas de encontrar al saboteador o saboteadores y retorcerles el cuello hasta que le dolieran las manos.

Mientras tanto, regresó al lugar donde existían más probabilidades de que pudiese ser útil. Ford le salió al encuentro cuando entraba.

—Estamos captando una transmisión de vídeo por satélite —le informó—. Una llamada de socorro...

—¿Desde dónde?

—Desde un pequeño puesto fronterizo agrícola.

—Ahora tengo una señal parcial —indicó O'Neill desde su sitio.

Nathan se volvió hacia él.

—Póngalo en la pantalla principal.

La pantalla cobró vida y mostró una señal de televisión muy débil, con interferencias a causa de la profundidad, y muy distorsionada. Se perdía continuamente. Lo único que podía distinguirse con algo de certeza era la vaga silueta de un hombre, que se doblaba a causa de la distorsión y luego se enderezaba por sí sola. Se trataba de alguien que emitía sin amplificador de señal desde algún distante lugar submarino.

El sonido sí era lo suficientemente claro, pues el sonido era siempre lo primero que se recibía y lo que más tarde se perdía en cualquier tipo de transmisor. Y se oía mucha agitación, un gran alboroto a espaldas del hombre, que no paraba de volverse a un lado y a otro, mirando hacia atrás como reacción a los disturbios.

—... aymond Brenner —se oyó débilmente su voz, que fue barrida por una ráfaga de interferencias y, a continuación, volvió con fuerza—: ... soy el gobernador territorial... Granja West Ridge... Comunidad...

O'Neill manipulaba los mandos, esforzándose por obtener una señal más clara. La

voz llegó de nuevo bruscamente en medio de una lluvia de parásitos:

—... sido atacados sin provocación por una nave rebelde...

Toda la imagen tembló al hacer explosión algo detrás de él, algo que hizo que se tambaleasen el soporte de la cámara y el suelo y las paredes y todo lo demás. El hombre consiguió permanecer en pie, pero por muy poco.

—... por qué hacen esto...? —Otra intensa ráfaga de parásitos interfirió en lo que estaba diciendo— ... cualquier barco al que llegue el sonido de mi voz... ¡por favor, ayúdenos!

La imagen brincaba y daba saltos. Se oyó una voz detrás del hombre en un momento de espeluznante claridad, cuando las interferencias desaparecieron por completo:

—¡La cúpula está cediendo!

El gobernador territorial le dio la espalda a la cámara y gritó:

—¡Por favor, que alguien nos ayude! ¡Que alg...!

Y desapareció. Sólo una nieve débil y los centelleos de la realimentación permanecieron en la pantalla. Nada más.

Hasta entonces se habían estado oyendo murmullos en el puente, por la reacción de las personas a lo que estaban oyendo. Pero luego todos se quedaron en silencio. Una mujer de la tripulación le dijo en voz baja al hombre que se encontraba a su lado:

—Habríamos podido ir a ayudarles si no estuviéramos perdiendo el tiempo en remendar ese estúpido cráter para proteger a unos cuantos peces.

Bridger oyó el comentario y supuso que se había hecho expresamente para que lo oyera. En aquel momento, con todos aquellos ojos puestos en él, encontró difícil rebatirlo.

—¿Llamo al equipo de reparaciones y ponemos rumbo hacia allí? —le preguntó Ford a Nathan en voz baja.

—No —fue la rotunda respuesta.

—Pero...

—Tienen ustedes un trabajo que hacer aquí. Cuando hayan acabado de instalar al resto de la gente de la central, entonces nos ocuparemos de ello. —Ford asintió con la cabeza—. Estaré en mi camarote. Le agradecería que me tuviera al corriente de cómo van los trabajos de reparación.

—Sí, señor.

Nathan miró un momento a la oscura pantalla, sostuvo sin parpadear la mirada colectiva de la tripulación del puente y, seguidamente, se irguió y salió.

Cerró la puerta de su camarote y se apoyó en ella un momento. Sólo allí podía permitirse el lujo de sentir todo el peso de lo que había visto en el puente: la angustia, el horror, la impotencia.

La muerte. Hubo un tiempo, hubo muchas ocasiones en que él la miró a la cara sin flaquear. Nunca indiferente, pues, en su opinión, sería un oficial peligroso aquel que se comportase así, alguien a quien no le importara la vida de otras personas. Pero, así y todo, él supo hacerle frente.

Incluso se enfrentó a ella cuando murió Eric. Todavía recordaba el momento en que alzó la vista de su trabajo para encontrarse a Bill Noyce en el umbral de su viejo despacho, con aspecto abatido. Para entonces todo el mundo estaba enterado ya de los problemas que tenían lugar en el Ártico, de las tensiones entre las fuerzas del Pacífico Norte y el Grupo Aleutiano; y, cuando empezó el intercambio de disparos, el rumor corrió entre los oficiales como el rayo, pero llegaban pocos detalles. Nathan no hizo caso de aquellas habladurías ni del alboroto y se concentró en su trabajo. Hasta el momento en que alzó la vista y vio allí parado a Bill no fue realmente consciente de que algo había ocurrido; y no a otra persona, sino a él.

Su hijo, con su risa contagiosa, con el intenso afán por aprender, con la completa certeza de que era invulnerable, había muerto sin motivo. Ni siquiera en un combate de verdad —como si eso hubiera servido de consuelo—, sólo en un sucio enfrentamiento de poca monta entre dos barcos, cuyos comandantes tenían demasiado nervioso el dedo de apretar el gatillo, pero no el suficiente valor para echarse atrás. Incluso entonces Nathan supo afrontar los hechos, pasando por el horror de tener que ir a casa y decírselo a Carol, por el espanto de identificar el cadáver, por el desolador funeral que tenía que llevarse con dignidad, pensando en todos los otros que sufrían tanto como Nathan por Eric.

Recordó las noches en que se abrazaba a Carol y se echaba a llorar, lo mismo en la época en que seguía intentando hallar el modo de encajar aquello tan terrible que les había sucedido que después de haber tomado la decisión de qué hacer al respecto, después de haber presentado la dimisión en la Marina y de que Carol y él se trasladaran, lejos de las guerras y de los rumores de guerras, a la tranquilidad de aquella isla desierta frente a las costas de Yucatán. Y fue solamente Carol, lo comprendió después, quien hizo posible que él fuera capaz de pasar por aquel período tan horrible; sólo el silencioso apoyo de ella, sólo su valor.

Porque, una vez que Carol también se fue, se llevó con ella la capacidad de Nathan para enfrentarse a las cosas.

La muerte.

Él había sido un militar, un hombre acostumbrado a la idea de que se podía morir al servicio de algo más importante que uno mismo. Su prolongada familiaridad con aquel concepto, así como el hecho de saber que su hijo también estaba familiarizado con él, fue una de las cosas que le ayudaron a no derrumbarse a pesar del dolor de la pérdida de Eric. Pero muy distinto era morir de algo inútil, de algo que podía venir y llevarse a uno irracionalmente, a escondidas, de noche; como se había llevado a

Carol.

Una tarde pareció como si, sencillamente, ella se hubiera resfriado. Carol le quitó importancia al asunto, se acostó temprano y le dijo a Nathan que al día siguiente se tumbaría al sol para «cocerse hasta los sesos» y que todo se le pasaría. Pero a la mañana siguiente eran otras fuerzas distintas a las del sol las que la estaban cociendo; la fiebre se había apoderado de ella y estaba consumiendo su cuerpo delgado, como si fuera una ramita en una hoguera. La temperatura le había subido hasta casi cuarenta grados cuando Nathan se despertó a su lado y la encontró dando vueltas y gimiendo en pleno delirio. Él no tenía ni idea de qué podía haberle causado tan repentina enfermedad y, presa de un gran temor, hizo lo que había jurado que no volvería a hacer nunca más: encendió la radio y llamó a tierra firme pidiendo ayuda. Luego, intentó bajarle la fiebre a Carol con paquetes de salmuera. Pero era demasiado tarde y, cuando llegó el auxilio dos horas más tarde, ella ya se había ido...

El diagnóstico de que se trataba de una rara enfermedad tropical no hizo más que enfurecerle y afligirle más que la propia muerte de Carol. Le entregó el cuerpo de su esposa al mar y tomó la resolución de no tener que ver nada nunca más con ese mundo que era más rápido en repartir la muerte que en darle una oportunidad a la vida. Le dio la espalda resueltamente a la muerte, decidido, en el mejor de los casos, a luchar contra ella con su investigación y, en el peor, a ignorarla. Sin embargo, se estaba dando cuenta de cuán fútil había sido el intento. Aquellos gritos de impotencia le resonaban en el cerebro, primos hermanos de los gemidos de agonía de Carol y de los gritos de Eric que Nathan había estado oyendo en sus pesadillas durante tanto tiempo, a pesar de no haberlos oído nunca en la vida real. Oír los desesperados gritos de la comunidad agrícola había sido como si Carol y Eric hubieran vuelto a morir otra vez, y las heridas que Nathan absurdamente creía curadas, o por lo menos cerradas, se habían abierto de nuevo, y palpitaban.

Sacudió la cabeza y dejó escapar un largo suspiro; luego, tocó la almohadilla para encender las luces y miró a su alrededor. Su camarote no era tan pequeño como alguno de los que había ocupado antes ni tan grande como otros, pero sí lo bastante cómodo: una cama, un hueco para el despacho, con mesa escritorio y ordenador, y al lado una ventana por la que no se veía en ese momento más que oscuridad, a no ser por los esporádicos resplandores cada vez que pasaba un TeamCraft; en un lateral estaba la puerta que daba al aseo. Sus maletas se encontraban sobre la cama y había un sobre junto a ellas.

Se acercó a la cama, cogió el sobre, que iba dirigido a su nombre, desdobló la nota que había dentro y la leyó.

Tragó saliva y echó una rápida mirada al escritorio, con una ligera crispación.

«Así pues, lo hicieron; por alguna razón. Me niego a tenerle miedo a esto...»

Pero se lo tenía, de un modo irracional.

No obstante, se acercó lentamente al escritorio. Permaneció de pie junto a la mesa un momento y, luego, tiró del teclado para hacerle deslizarse fuera de la mesa y lo miró. Echó una breve ojeada al papel que tenía en la mano, tecleó la contraseña escrita en la nota y esperó con el corazón latiéndole con fuerza.

La luz de la habitación se puso oscura y melancólica.

«Vaya, será el ordenador, o un apagón...», pensó, mientras se giraba.

Acabó de darse la vuelta.

Parpadeó y se quedó mirando fijamente, porque en mitad de la habitación, ahora en penumbra, un remolino de luz estaba empezando a formarse.

Una figura humana comenzó a estructurarse a partir de aquella luz. Al ver la anormal claridad y el brillo de los colores, Nathan comprendió que se estaba formando un holograma, con los detalles afianzándose ya: un hombre algo cargado de espaldas y un poco rechoncho, vestido con una chaqueta de mezclilla y unos pantalones de sarga, y con el pelo canoso. El rostro se resolvió en una imagen tan clara como la de cualquier fotografía; un rostro arrugado, marcado por la experiencia, muy viejo, pero muy astuto y juicioso, y esencialmente bondadoso.

El anciano se quedó allí de pie y le miró.

—¿Profesor Danielson? —dijo Nathan.

—Hola, Nathan... Bienvenido a casa.

Capítulo 8

La Central Energética Gedrick era un caos. Con todo el trabajo realizado y que se seguía realizando, los ingenieros del *seaQuest* habrían hecho mejor ahorrando su tiempo para las tareas de a bordo del submarino. Las torres de prospección y la chimenea de intercambio seguían todavía envueltas en las asquerosas nubes de desechos contaminantes que salían humeantes del cráter resquebrajado. Remolinos de agua alterada por el calor se mezclaban con la suciedad, lanzándola en espiral, como serpientes de mar borrachas, por el revoltijo de apuntalamientos de estructura destrozados que constituía el legado del ataque del *Delta*.

Poner parches en la grieta no era sólo un trabajo sucio, sudoroso y sofocante, sino también peligroso. De vez en cuando, algo temblaba en lo más profundo de aquella maraña y un par de toneladas de hierros retorcidos se removían al unísono con un sonido semejante al crujido de unas macizas mandíbulas metálicas. Los trajes para actividad extra-vehicular del *seaQuest* estaban blindados, y los TeamCraft eran vehículos a prueba de la mayoría de los riesgos de la presión; pero para lo que allí podía suceder no resultaban más sólidos que meros cascarones de huevo. Cada vez que los restos del siniestro se asentaban, los equipos tenían que apartarse o arriesgarse a sufrir las consecuencias, y ello significaba que cualquier tarea a medio terminar se quedase así hasta que fuese seguro volver a acercarse a la zona. Sólo los cangrejos soldadores, que no iban tripulados y habían sido diseñados expresamente para operaciones submarinas profundas y arriesgadas, eran capaces de permanecer en su sitio; pero, aunque podían resultar aplastados sin que eso significase pérdida de vidas humanas, el equipo de ingenieros del *seaQuest* no podía permitirse el lujo de perder muchos de aquellos pequeños autómatas. Ya estaban mirando con nerviosismo las listas de inventario, porque un retraso más en hacerse a la mar, aunque sólo fuese de veinticuatro horas, supondría que aquellos inventarios distasen mucho de estar completos.

Nathan Bridger no estaba al corriente de las dificultades de la sección de ingeniería. Ya tenía bastantes problemas por su cuenta. Cada vez que pensaba que había logrado resolver los problemas del *seaQuest* y de todo lo que le habían hecho para «mejorarlo» desde que él abandonó el proyecto, aparecía algún otro problema nuevo al que había que enfrentarse.

Para empezar, la aparición de aquel hombre al que reconocía y que sabía que estaba muerto. Bridger no creía en fantasmas; tenía una mente demasiado racional, sensata y científica y aquello, al fin y al cabo, no era más que un holograma. Pero a pesar de toda la racionalidad había algo dentro de él que le hacía sentirse aunque sólo

fuera un poco asustado.

—Así que también han hecho esto —murmuró.

Se puso a caminar lentamente alrededor de la imagen y ésta le siguió con la mirada, pero por lo demás permaneció quieta, esperando. Nathan alargó el brazo, pensativo, hacia el holograma, mirándose fijamente el dorso de la mano para ver de que forma se alteraría la proyección. Pero no sucedió nada, ni siquiera cuando la mano atravesó la chaqueta de mezclilla y salió por el otro lado.

—Tiene usted aún mejor aspecto que el que tenía en la academia, al menos que yo recuerde. Pero espere un segundo... La Marina se negaba a instalarle a usted, de hecho se negó a hacerlo. ¿Cómo es que ha llegado aquí?

—Por nuestro joven amigo Lucas Wolenczak —le explicó la imagen del anciano Danielson—. Él me trajo, bajo control del ordenador central, hace unas semanas. Descubrió los procedimientos de instalación inutilizados, a pesar de las contraseñas que impedían el acceso. —Sonrió—. Realmente es extraordinario.

—Ya me he dado cuenta.

Nathan dio la vuelta hasta quedar de nuevo delante de la imagen. Todavía le resultaba chocante descubrir que aquel particular invento suyo se hubiera desarrollado sin tan siquiera un asomo de reconocimiento hacia su padre original. Aunque en aquello era injusto. Durante los últimos años, el padre original (la mente de Nathan todavía retrocedía asustada por las implicaciones de aquella palabra, excepto por las más abstractas) había estado tan apartado y fuera de todo contacto como le fue posible y, si no se mantuvo al corriente de los acontecimientos, él sabía bien a quién había que echarle la culpa.

—¿Cuál es su misión? —le preguntó, tanteando.

—Soy una inteligencia sintética, pensada para servir de ayuda en momentos de conflicto moral o ético —le explicó el anciano—. Estoy unido a un conector holográfico para lograr la máxima efectividad de uso.

—Muy bien —asintió Nathan.

La imagen le miró exactamente con la misma expresión de ironía que el auténtico Danielson hubiese adoptado con cualquier cadete lo suficientemente osado como para decirle a él que había hecho algo bien.

—Lucas me ha proporcionado una amplia gama de material de origen al que puedo recurrir —prosiguió el anciano—. Además, tú puedes cambiar mi imagen insertando una fotografía en la disquetera de imágenes de la unidad del ordenador central.

—Vaya, parece que nuestro amiguito ha pensado en todo. Pero ¿por qué es ésta la imagen principal? La opción por defecto, que yo recuerde, se suponía que no había de ser ninguna en concreto; sólo la de un oficial de igual rango, generada por ordenador.

—Cuando el almirante Noyce reactivó brevemente el programa de desarrollo

hace un año, éstas fueron la imagen y la personalidad que especificó en los disquetes de demostración para los jefes superiores.

—Máxima efectividad —murmuró Bridger, y se paseó otra vez alrededor de la proyección.

Se sintió a la vez irritado y divertido cuando la imagen se puso a pasear también al mismo paso. «Sólo para mí», pensó. Noyce estaba totalmente seguro de que el niño volvería a la tienda de caramelos y, una vez allí, encontraría a su viejo instructor esperándole, aunque dentro de una carne no muy sólida...

El holograma asintió otra vez, mostrándose de acuerdo, y Nathan se dio cuenta de que habría hallado más consuelo ante la torpeza de movimientos propia de la mecánica que en aquel movimiento demasiado suave, demasiado humano. Demasiado perfecto...

—Alguien con quien el comandante de la nave pueda hablar... cuando no pueda hablar con nadie más —dijo la voz de esa especie de Danielson. ¡No, maldita sea, del propio Danielson! Algunas partes de la realidad virtual podían incluso ser demasiado reales para hallar consuelo en ellas—. Alguien en quien él pueda confiar, plantearle sus preguntas más íntimas..., sus dudas...

Bridger se dio la vuelta y miró con rabia al holograma. ¡Y qué importaban sus dudas íntimas si, al parecer, aquella cosa era capaz de leer sus pensamientos más íntimos y formular después una respuesta razonada a los mismos!

A menos que...

No había estado ocultando sus pensamientos, como hubiera hecho con una persona real y no porque fuera reservado por naturaleza, sino porque pensaba que había ciertas cosas que no eran de la incumbencia de nadie más. ¿Sería posible que los receptores holográficos fueran capaces de reaccionar, y de neutralizarlos, ante los estímulos visuales aún más sutiles que un cambio de expresión? Titubeó, preguntándose hasta qué punto llegaría la capacidad analítica de aquel circuito. Conocer las diferencias entre el bien y el mal había sido durante mucho tiempo una norma en los tribunales de justicia para juzgar la posible culpabilidad o la inocencia, y las zonas grises que se encontraban a ambos lados de aquellos dos valores absolutos constituían un laberinto de problemas en el cual los investigadores en psicología se sumergían incluso en los tiempos actuales. Pero una máquina...

—¿Cuál es la profundidad normal del *seaQuest*? —le preguntó Nathan.

—Seiscientos sesenta metros.

—¿Qué significa la vida?

—Sé más concreto —le indicó el anciano, con la misma severidad que habría utilizado con un cadete que no hubiera sido lo suficientemente exacto.

—Olvídelo —dijo Nathan, y siguió paseando alrededor del holograma durante unos segundos más—. ¿Está usted familiarizado con el ordenador central del barco?

El anciano sonrió.

—Nathan, yo soy el ordenador central.

—Bien, entonces, ¿podrá usted encontrar el rastro del virus que está afectando al barco?

—¿Acaso puede una persona localizar los virus en su propio cuerpo a partir de los síntomas de un resfriado? —preguntó suavemente el anciano—. ¿O localizar un tumor que va creciendo en el cerebro? Lo siento, Nathan, pero mis capacidades están limitadas a los datos introducidos en mis unidades de memoria.

—Pues qué bien —refunfuñó Nathan, sin dejar de pasear.

—¿Esta información te contraría?

—Si es usted un ordenador ¿cómo puede saber si estoy contrariado?

—Tus pautas vocales están considerablemente desviadas de lo normal. La cinestesia del cuerpo indica tensión y frustración. Además, tu ritmo respiratorio es...

—Déjelo. Otra opción por cortesía de Lucas, supongo.

El anciano asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Está tu familia a bordo contigo?

Nathan se detuvo en seco y, en voz muy baja, dijo:

—Sus bancos de datos están un poco atrasados. Carol y Eric están..., murieron.

—Ah, ya. —La voz del anciano sonó tan compasiva como hubiese sido posible desear—. ¿Fue por eso por lo que dejaste el servicio antes de acabar el *seaQuest*?

—Sí. Me retiré a una isla. Pensé que allí estaría a salvo. Sabía que si volvía aquí tendría que... aceptar gente de nuevo.

—Y arriesgarte a perderla —puntualizó el anciano.

—Sí.

—Has debido de echar de menos tu trabajo.

Nathan movió negativamente la cabeza.

—Seguía teniendo mucho trabajo, un montón de cosas que hacer. Lo que realmente echaba de menos era esto, el mar. Me había olvidado de la sensación que produce. El pulso se me hace más lento, tengo la mente más despejada... —Hizo una pausa—. ¿Por qué le cuento todo esto?

—Porque yo te escucho —respondió el anciano—. O, sencillamente, porque para eso es para lo que estoy aquí, y da resultado.

Nathan se echó a reír, se acercó a la ventana y miró al oscuro océano. Puso las manos en el frío vidrio, sintiendo, intentando sentir el agua que se encontraba al otro lado. Desde el cristal oscuro, su rostro le devolvió la mirada.

—No hubo ni un solo día en que no pensase en esto —habló en voz baja—, me dijera lo que me dijese a mí mismo. ¿Por qué no podía olvidarlo?

—Porque forma parte de ti —repuso el anciano—. Y es la mejor parte.

Lentamente, Nathan se volvió a mirar a la imagen del hombre de la chaqueta de

mezclilla.

—Me alegro de veras de que esté usted aquí.

—¿Y eso por qué?

—Porque en este viaje, hasta ahora, es usted el único que me ha dicho la verdad.

El anciano sonrió.

Un fuerte estruendo resonó por toda la zona de atraque, y los indicadores de lectura, situados a ambos lados de la escotilla de acceso, brillaron con una luminosa luz verde en la penumbra de la iluminación auxiliar que había a bordo del *seaQuest*. Se oyó un breve silbido de aire saliendo a presión antes de que la escotilla se abriera, oscilando, y por ella penetró el agua en una sólida columna que se estrelló en forma de blanca espuma contra el equipo de emergencia que esperaba abajo.

Era mucha agua, demasiada. Aplastada contra el mamparo más distante y alejada del equipo médico, Kristin Westphalen miraba angustiada hacia arriba. Sabía muy bien que un exceso de flujo era hasta cierto punto normal después de haberse establecido un fuerte cierre hermético, pero no algo como aquello. El agua tenía que venir de alguna parte y el único lugar de procedencia posible era el interior del TeamCraft que acababa de atracar. Dos miembros del equipo médico subieron tambaleantes por la escalerilla y volvieron a bajar transportando a un hombre ataviado con el mono beis del equipo científico.

Westphalen los observó con atención, reconoció al hombre y echó a correr hacia ellos. De todas las personas que formaban parte de los equipos de investigación y de rescate, o de reparaciones y mantenimiento, o de cualquier otra cosa que se hubiera estado haciendo allí fuera, Tim Conway era al que menos se esperaba. Ya era un individuo bastante débil en el laboratorio, su ambiente natural, pero allí, abrumado por todo el brutal volumen de la maquinaria pesada, parecía que fuese a hacerse añicos de tan frágil como se le veía. Estaba empapado y apenas consciente, y la cabeza le colgaba floja hacia atrás sobre los hombros cuando el personal del equipo médico le tendió suavemente en una camilla y comenzó los procedimientos de estabilización.

Por encima de ellos, otra figura vestida con un mono salió poco a poco del inundado TeamCraft y se introdujo en la relativa seguridad del *seaQuest*. En esta ocasión el mono era negro, y dentro del mismo se encontraba la teniente Hitchcock. Tenía casi tan mal aspecto como Conway y estaba igual de mojada e igual de temblorosa, pero por lo menos era capaz de moverse por sus propios medios. Se detuvo para asegurarse de que su compañero se encontraba en el mejor estado posible y comenzó a bajar por la escalerilla muy lentamente, de peldaño en peldaño.

Bridger entró casi corriendo, se detuvo apresuradamente para evitar la colisión y examinó la zona de atraque. En seguida se dio cuenta de que a él también le estaban

inspeccionando, y con muchísima atención; todos los presentes le miraban fijamente, a él y a lo que llevaba puesto: su uniforme; el uniforme.

Frunció el entrecejo. Esperaba no tener más cortes en la cara por el afeitado que los dos que ya se había curado con tiritas. Aquella era la segunda vez que se afeitaba desde que salió de la isla y se daba cuenta de que había perdido la costumbre. Le parecía que tenía desnuda la barbilla, y él mismo se sentía desnudo, a pesar de que el mono negro de militar le tapaba mucho más que lo que llevaba antes.

—¿Qué ocurre? —preguntó acercándose a Hitchcock, que se estaba tomando un café caliente como si fuera a haber escasez de víveres—. ¿No han visto nunca antes un uniforme? —Ella le miró como si, en efecto, nunca hubiera visto ninguno—. ¿Qué ha sucedido? —le preguntó a la teniente.

No era una pregunta tan inútil como parecía. Una inundación, desde luego; eso ya lo veía. Aunque para entonces el agua se había retirado en su mayor parte, los residuos de las salpicaduras que quedaban en la plataforma eran enormes, demasiado grandes para la poca capacidad del collar de atraque de un TeamCraft. La verdadera pregunta no era tanto qué, sino cómo.

Hitchcock sacudió la cabeza.

—Nuestros cierres de presión de popa se quemaron —explicó—. Empezamos a hacer agua en seguida y tuve que poner un parche provisional. —Dirigió una triste sonrisa a Bridger, porque aquello resultaba bastante evidente, y echó una breve mirada más allá de la doctora Westphalen, a la flaca figura vestida de beis que se encontraba en la camilla. Los médicos le habían puesto una máscara de oxígeno sobre la cara, pero el pecho subía y bajaba regularmente y los indicadores mostraban que la velocidad del corazón entraba dentro de los límites de la normalidad, aunque un poco rápida—. Nos encontrábamos en un punto crucial del procedimiento de parcheado y Conway no quería dejarlo hasta que hubiéramos terminado. —Sacudió la cabeza—. No puedo sino sentir admiración por ese muchacho. Yo me daba cuenta de que estaba muerto de miedo, pero aguantó.

La voz de Westphalen mostró la misma admiración, aunque ella fuera reacia a que se le notase:

—Y usted también aguantó.

Hitchcock la miró, luego los miró a los dos, se encogió de hombros, bebió un poco de café y dijo:

—Tenemos que salvar a esos pececitos...

Nathan tomó nota: por muy desenfadadamente que hubiese dejado caer la frase, lo decía en serio. Aquél podía ser el primer paso para conseguir que las dos mitades de su..., ¡no, maldita sea!, de aquella tripulación trabajasen juntas. Sólo esperaba que no hiciera falta que para ello hubiese más accidentes casi fatales. ¿Cómo era el dicho? Una vez es accidente, dos veces es coincidencia y tres veces es acción enemiga. Pues

muy bien. Ellos ya habían tenido el accidente, y la acción enemiga estaba por ahí, en alguna parte, torpedeando hasta hacer pedazos a víctimas indefensas mientras el *seaQuest* se mantenía quieto, impotente y desarmado. De manera que ¿dónde estaba la coincidencia...?

—¿Qué tal está el casco? —preguntó Nathan.

Hitchcock lanzó el vaso de papel del café lejos de ella.

—No tiene fugas, pero el arreglo es sólo provisional. No podremos arreglarlo bien hasta que volvamos a Pearl.

Nathan asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo más va a tener que estar ahí fuera mi gente?

Hitchcock le miró con asombro.

—¿Su gente?

Nathan le lanzó una mirada furibunda, pues no disponía de tiempo para esas cosas.

—¿Teniente...?

—Dos horas, señor —respondió Hitchcock.

Bridger miró a su alrededor, a los médicos, que andaban muy atareados, y más allá de donde estaban éstos, más allá del casco del *seaQuest*, hacia donde el canalla del *Delta* estaría haciendo... ¿qué?

—No voy a permitir que nadie más muera, sea donde sea, si puedo impedirlo. — Se volvió otra vez hacia Hitchcock y la expresión de su rostro era la de quien se ha quedado sin excusas, para sí o para los demás—. Tienen ustedes tan sólo una hora. Luego, llamaremos a bordo a todo el mundo y saldremos tras ese submarino rebelde.

Se volvió al oír ruido de pasos. Era Lucas quien había entrado.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Nathan.

—Todavía estoy intentando llegar hasta el virus. Está muy, pero que muy protegido, pero he conseguido descubrir el momento en que entró.

—¿Y?

—Basándome en la acumulación de datos que hay por encima de él, yo diría que lo metieron hace trece meses.

Nathan se quedó pensando durante un momento; luego, movió afirmativamente la cabeza y se dirigió a la salida. A sus espaldas oyó que Lucas le decía a Hitchcock en voz baja, no sin un cierto asombro:

—¿No le notas algo diferente?

Nathan sonrió.

A casi mil cuatrocientas toneladas de desplazamiento en inmersión y con cerca de ciento sesenta y cinco metros de longitud, el *Delta-IV* era uno de los mayores submarinos que se hubiesen construido nunca. Sólo lo superaban los SSBN, del tipo

Ohio, pertenecientes a la Marina de los Estados Unidos, y los enormes PLARB *Typhoon*, que fueron los últimos y más poderosos hijos de la Flota Almirante Chernavin.

Luego, llegó el *seaQuest*.

El *Delta-IV* había encontrado por fin la horma de su zapato y eso no le gustó. Aunque sólo era el sonido de sus propios motores, que hacían funcionar el brillante par de hélices de bronce fosforescente, parecía como si el enorme barco gruñera suavemente para sí mismo mientras se deslizaba en la inescrutable oscuridad. Un gran tiburón blanco se apartó a un lado con precaución y se quedó mirando cómo pasaba el submarino, con unos inexpresivos ojos negros y tan grandes como el puño de un hombre, dejándole paso no por miedo, pues el diminuto cerebro contenido en aquella enorme cabeza llena de colmillos no conocía tal emoción, sino por respeto a algo más mortífero que él mismo. El tiburón estaba en lo cierto, pero no acerca del submarino.

Marilyn Stark, sentada ante el pequeño escritorio adosado en su reducido camarote, contemplaba los rostros de una fotografía, sumida en los más profundos pensamientos de otro lugar y otro tiempo muy lejanos. Recordaba el día en que se tomó aquella instantánea y al fotógrafo, que corría de un lado a otro por el puente con aquella cara y arcaica cámara de película en carrete y produciendo un chasquido tras otro mientras colocaba y volvía a colocar a la gente hasta quedar satisfecho. Si en esos momentos Marilyn Stark se hubiera tomado la molestia de reconocer algo tan inútil como la felicidad, habría dicho de aquellos días que fueron felices. Y tenía un barco mejor entonces, su barco, el *seaQuest*, no una antigualla ex soviética.

El *Delta* era un arma bastante capaz, pero le faltaban prestaciones. Era como un garrote, mientras que el *seaQuest* era un estoque. ¿Y qué hicieron las autoridades de la OUT? Arrebataron el estoque de las manos que mejor sabían manejarlo, las de ella, las manos de un guerrero, las últimas de muchas generaciones de guerreros, y le rompieron la hoja y achataron los filos. Y luego volvieron a enviar al mar aquella pobre cosa rota y desafilada y esperaban que funcionase tan bien como antes. Stark sabía que no era así. Había visto la reacción del comandante del *seaQuest* ante un único torpedo: intentar huir. Si eso era lo mejor que sabía hacer la OUT, hubiera sido mejor aconsejarles que sacaran de su retiro a algún capitán de submarino del Pacífico Norte y le dejaran caer en el sillón del puente. Por lo menos, un hombre así no volvería la espalda ante el primer tiroteo.

Llamaron con los nudillos en el marco de la escotilla abierta que daba a su reducido camarote y Stark arrojó rápidamente la fotografía dentro de un cajón para quitarla de la vista.

—Entre. —Miró a Maxwell mientras cruzaba el umbral. Se movía de la misma manera que alguien que entra en la guarida de un león. Y así era exactamente como

debía ser—. ¿Alguna novedad?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El sonar de largo alcance sigue sin detectar nada. No nos persiguen.

Stark soltó una carcajada de mofa.

—Ya lo harán, es su misión. Tengan o no la propulsión al cien por cien, con armas o sin ellas, su obligación es intentar detenernos por todos los medios. Ése es el mandato de la OUT.

Extendió el brazo hacia las estanterías empotradas en la cabecera de la cama, sacó de allí un grueso volumen, le echó un vistazo superfluo y lo arrojó sobre la mesita baja que había al lado de Maxwell. El golpe sonó como un disparo, y Stark vio que el hombre daba un respingo al oírlo. Curvó un labio con desdén. Y pensar que aquel..., aquella cosa era lo mejor de su actual tripulación... Volvió a mirar la fotografía, miró de nuevo todas esas caras alegres, esperanzadas, entusiastas. Maxwell también estaba en ella. Todos estaban allí. Todos ellos...

—Yo podría haber sido su comandante como barco de la paz. Tenía que haber sido un Stark. Eso habría supuesto mi entrada en los libros de historia. La primera comandante del pacificador de la OUT, el *seaQuest*. Y en cambio soy la primera Stark a la que relevan del mando, la primera Stark deshonrada... —Su mirada se hizo distante, gris y tan inexpresiva como la de un tiburón—. Lo que hice aquel día, lo que intenté hacer aquel día en la Fosa Livingston no fue sólo por mí, sino por todos ustedes, por mi tripulación. Y todos declararon contra mí, contra su comandante. Todos excepto usted, señor Maxwell.

No esperaba respuesta a aquel cumplido, porque no era más que la exposición de un hecho. A pesar de haber conservado su fe, a pesar de ser el mejor hombre a bordo del *Delta*, Maxwell no se parecía en nada a los mejores que tuvo a bordo del *seaQuest*. Pero el peor de los hombres honrados, al encontrarse rodeado de traidores y amotinados, tenía que ser el mejor; si no, el mundo no tenía sentido. Había momentos en los que Stark creía que su mundo, así como el futuro que la aguardaba, había dejado de tener sentido para ella hacía mucho tiempo; y había también momentos, como el que estaba viviendo, en que todo volvía a tener sentido, en cuanto el *seaQuest* reapareciera y le diese a ella la oportunidad de recuperar el mando que le correspondía; o de quitárselo a todos para siempre.

—Comandante —dijo Maxwell, reacio como siempre a interrumpir los momentos soñadores de su superior, que le echó una mirada fugaz y le prestó no más atención de la que se merecía—, no es mi intención poner sus decisiones en tela de juicio, pero la tripulación está... No entienden por qué provocamos este combate.

Stark levantó una mano y Maxwell guardó silencio inmediatamente. La comandante sacudió la cabeza y manifestó:

—Esta «tripulación», como usted la llama, no era más que un puñado de chusma

y de mercenarios, con un barco averiado y nadie que lo gobernase hasta que yo subí a bordo.

Maxwell ya sabía aquello; todos lo sabían, y no les gustaba. A Marilyn Stark no le importaba si les gustaba o no, con tal de que cumplieran sus órdenes sin ponerlas en tela de juicio. Y si no lo hacían... Pollack ya se había aprendido la respuesta y, al aprendérsela él, se la enseñó también a los demás.

—Yo los organicé, les di la sensación de ser útiles, ¿y ahora quieren que eche a correr? Bien, pues ¡no lo haré! No mientras el *seaQuest* siga por ahí. Dígales que satisfaremos su mezquina avaricia y saquearemos todas las colonias que quieran... después, y sólo después, de que hayamos cumplido mi misión; después de que quienquiera que sea el incompetente que la OUT ha puesto al mando de mi barco o bien comunique por radio su rendición, o bien se vaya con él al abismo...

Capítulo 9

La Central Energética Gedrick era todavía poco más que una confusión de tuberías retorcidas y cámaras de contención perforadas, que costaría un par de meses limpiar con maquinaria pesada; pero lo peor, la amenaza ecológica, ya había pasado. Uno a uno, el enjambre de TeamCrafts y cangrejos soldadores, que se habían estado moviendo muy atareados alrededor de la torre de prospección principal y de la fuga, fue regresando al *seaQuest*. La oleada incontrolada de gases residuales se había visto reducida a sólo un penacho fino y sucio en el agua y, cuando se perfiló la silueta del último TeamCraft, con la llamarada de actinio de su soplete soldador, incluso aquel penacho de porquería venenosa se vio reducido a la nada. El TeamCraft puso otro parche, sólo por divertirse, y luego se retiró y puso rumbo a casa con placer.

El comandante Ford se inclinó sobre el tablero de comunicaciones. El oficial O'Neill estaba realizando una nueva revisión de los sistemas, la tercera hasta ese momento, y observaba el brillo de las luces y el parpadeo de las pantallas con el aparente desinterés de quien no tiene nada mejor que hacer. La inactividad irritaba a Ford, y eso se notaba claramente en el modo en que paseaba arriba y abajo por el puente y curioseaba en los puestos de guardia, intentando a duras penas controlarse y no intervenir. Las últimas horas habían transcurrido lentamente para todas las personas que se hallaban a bordo del *seaQuest*, tanto más porque solamente el equipo de ingenieros había podido salir y ocuparse en algo. Justo en aquel momento, O'Neill parpadeó a causa de algo que oyó a través de los auriculares, murmuró una petición de verificación en el micrófono, sonrió de inmediato y le entregó los auriculares a Ford.

Con aspecto dubitativo, el comandante se los acercó a la oreja, estuvo escuchando durante unos cuantos segundos seguidos y, luego, una lenta e irónica sonrisa se le empezó a extender por el rostro. Asintió con la cabeza cuando le repitieron el mensaje, dejó caer de nuevo los auriculares en manos de O'Neill y se apresuró a acercarse al lugar donde el capitán Bridger se encontraba mirando atentamente a una pantalla llena de datos.

—Señor —le dijo—, lo han hecho. —La sonrisa seguía allí, y se iba ensanchando como si él hubiera tomado parte en las operaciones de reparación. Y lo había hecho, por así decirlo, pues si el *seaQuest* no hubiera estado allí no se podría haber efectuado una reparación tan rápida—. Lo hemos hecho. Se han colocado los parches.

Bridger había levantado la mirada al acercarse el oficial y le estuvo observando con aire pensativo mientras le daba aquel breve informe. Ford tuvo una súbita y espeluznante sensación de escena repetida, porque la comandante Stark solía caer en

similares trances de silencio, mirando a través de uno como si uno no estuviera allí; o estuviera allí, pero no fuera importante. Eso era lo peor.

Sus palabras parecieron pasar más allá de Bridger, como si éste no las hubiera asimilado. Y no se produjo ningún cambio en su expresión, que ciertamente no mostró ni el menor asomo de la satisfacción que el comandante experimentaba. Había esperado algún tipo de reacción, pero aquello..., aquello resultaba inquietante. Probablemente el capitán estuviera todavía meditando sobre el *Delta* rebelde y sobre el hecho de que no podían hacer nada al respecto. Ford lo comprendía.

Bridger dejó en blanco la pantalla de datos y se puso en pie.

—Muy bien. Mientras tanto, tenga la bondad de llamar a la doctora Westphalen y a la teniente Hitchcock para que se presenten en la sala de oficiales. Nosotros también bajaremos allí. Me parece —concluyó Nathan en voz baja y en tono confidencial— que lo he encontrado.

—¿El virus?

—Mejor aún. Al saboteador.

Nathan, sentado a la mesa con las manos entrelazadas, miró a los otros tres. Se había mostrado cauto porque la información que tenía ante él habría podido ser un doble farol, algo pensado para dirigir, a quien buscase información, a través de media docena de erróneos giros deductivos. Ford fue miembro de la tripulación original, por lo tanto podía ser escogido como víctima e incluso podía haberse escogido como víctima él mismo, el inocente perjudicado, el hombre que se hallaba en el sitio inadecuado en el momento inoportuno y que se había mantenido siempre en el lugar que le correspondía. Bridger sacudió la cabeza, intentando alejar de su mente aquella clase de pensamientos y ponerlos donde se merecían, en el montón de basura de ideas desechadas que tenía en el fondo de la cabeza. Era como en el espionaje: una vez que uno empieza a desconfiar de todos, resulta casi imposible detenerse.

Tuvo que hacer un esfuerzo para obligarse a volver a la realidad y se puso a estudiar la pantalla, tratando de ir más allá de los meros detalles que aparecían en ella, tratando de penetrar en la mente de aquel rostro tranquilo y reservado que le miraba fijamente y sabiendo ya de dónde habían partido todos aquellos tortuosos pensamientos.

—He revisado todos los diarios de navegación de los sistemas en servicio desde hace un año —comenzó a decir—. No hay nada anormal, así que comprobé las hojas de inspección diaria y la relación del personal durante el mismo período. El *seaQuest* estuvo en el dique seco en esa época, con una tripulación mínima.

—¿Y? —inquirió Ford.

—Pues que la relación del personal muestra que hubo un oficial de alto rango a bordo durante todo aquel período de tiempo.

Tocó uno de los controles del tablero y en la pantalla situada al fondo de la habitación apareció la imagen de una mujer, una mujer que vestía un uniforme con galones de comandante. La fotografía de la ficha de identificación de la Marina no hacía justicia a los rasgos fríamente atractivos de Marilyn Stark, pero sí había conseguido captar algo con lo que Ford probablemente se había llegado a familiarizar en exceso durante su primera misión de servicio a bordo del *seaQuest*; se notaba un control glacial y hermético en aquel rostro, la fijación de una presión mayor de la que cabía esperar que fuese capaz de soportar cualquier ser humano. Era bastante frecuente que muchos comandantes se hicieran cada vez más reservados a medida que iban ascendiendo de rango, a medida que sus obligaciones, en lo concerniente a la seguridad, los obligaban a hacerse todavía más discretos respecto a todo lo que sabían. Eso fue precisamente lo que le dio pie a Nathan Bridger para proponer el programa del anciano. Los oficiales con tanto poder, con tantos conocimientos encerrados dentro de su cabeza, sin tener manera de desahogarse con nadie, podían volverse... raros. Y el rostro que aparecía en la pantalla ofrecía ese aspecto.

—Stark —dijo Ford en voz baja, aunque no lo suficientemente baja.

—Usted sirvió a sus órdenes, ¿verdad? —le preguntó Nathan. Lo sabía de sobra, pero en esa clase de asuntos siempre era mejor confirmarlo.

Ford movió la cabeza afirmativamente.

—Yo..., yo era su segundo comandante cuando sucedió lo de la Fosa Livingston. —Miró a la fotografía de la pantalla y, después, se miró las manos, que descansaban sobre la mesa, y las levantó un poco para observarse los dedos, pendiente de si había en ellos algún asomo de temblor. No lo había—. La relevaron del mando, aunque no la degradaron... De todos modos, el Mando del Pacífico Norte recomendó que se le hiciera un examen psiquiátrico, pero ella se negó. Más tarde, un buen día, de repente desapareció. Se fue... —Encogió los hombros y movió a ambos lados la cabeza—. Tendría usted que conocerla, señor..., saber cosas de su familia, para comprenderla. Ella..., ella es buena.

Bridger captó un extraño matiz de tristeza en el gesto y sintió que Ford le caía mejor. Desde luego, tenía que ser un buen oficial si era capaz de comprender así a alguien, porque, aunque ella lo rechazase y se ofendiese en caso de que se le ofreciera, Marilyn Stark merecía comprensión.

—De hecho, yo la conozco —observó Nathan— y sé lo buena que es, lo buena que debería ser. Yo la enseñé.

Westphalen se quedó mirándolo.

—¿Usted?

—Fue uno de mis cadetes en la academia y actué como padrino suyo cuando solicitó los galones de oficial. —Y la voz de su conciencia le dijo: «¿Es quizás eso lo que te duele, capitán Nathan Bridger? Saber que si tú hubieras dado a conocer tus

dudas, si hubieras retirado tu apoyo, entonces...»—. Su primer mando lo tuvo a bordo de un barco de superficie destinado en el Atlántico Norte. Hubo una escaramuza y ella disparó primero. —Era una costumbre en la familia Stark—. Como resultado hubo dos muertos. —Tomó aire, lo soltó, miró a Ford, miró a los tres, uno por uno; pero no veía ningún rostro, excepto los de aquellos que no se hallaban presentes—. Uno de ellos era mi hijo.

—¿Y ahora va a por usted? —le preguntó Hitchcock, con un claro matiz de duda.

Nathan volvió a la realidad con un pequeño estremecimiento que acabó convirtiéndose en un gesto negativo de la cabeza.

—No. Yo me encuentro aquí por casualidad. Ella va tras el *seaQuest*.

—Señor —aventuró Ford—, no puedo creer que esa mujer quiera destruir su propio barco deliberadamente.

—Ésa es exactamente la razón por la que quiere destruirlo. Si no puede tenerlo ella, no quiere que lo tenga nadie. Aparte de que, si el *seaQuest* desaparece, sus rebeldes y quienes son como ellos se convertirán en los amos del mar. —Les dirigió a los tres una sonrisa burlona, con una expresión dura y recia más adecuada con el uniforme que llevaba de lo que Nathan probablemente pensaba—. Con lo que no contaba ella era con un... —agregó, y su sonrisa se hizo más amplia al mirar fugazmente a Hitchcock—, con un «turista» a bordo, con alguien cuyos conocimientos son bastante anteriores a los suyos. —Se puso a dar unos golpecitos encima de la mesa, esbozando pequeños arcos y círculos con la punta de un dedo—. He pensado que quizás estemos enfocando el asunto de un modo equivocado, que quizás, en lugar de atacar el virus, deberíamos rodearlo —añadió, describiendo un rápido movimiento curvo con el dedo.

—Podría funcionar —murmuró Hitchcock. Sus ojos no miraban a ninguna parte, y Nathan supuso que estaría estudiando esquemas en una pantalla dentro de su cabeza y considerando las opciones—. Probablemente no tendríamos propulsión al cien por cien ni todo el armamento, pero...

—Cualquier cosa es mejor que lo que tenemos. —Había otra persona a bordo que Stark no había previsto que estuviera cuando tendió las trampas. El chico, Wolenczak. Desde luego, a veces era un pequeño monstruo egoísta, pero, en lo concerniente a ordenadores...—. Coordine las cosas con Lucas.

—Sí, señor.

Hitchcock salió a toda prisa, con aspecto de estar tan contenta por el desarrollo de los acontecimientos como no lo había estado en mucho tiempo. Lo contrario le ocurría a la doctora Westphalen.

—¡Las armas! —soltó en un tono brusco—. Eso es lo que importa realmente, ¿no?

Nathan Bridger se permitió emitir un único gruñido de impaciencia ante aquella

actitud malintencionada que ya tendría que haberse abandonado. Había un momento y un lugar para cada cosa, y desde luego ni ése era el lugar ni el momento.

—No, doctora —replicó—, lo que importa es salvar vidas. Y ahora ¡manos a la obra!

Bridger salió en silencio al pasillo que bajaba desde la zona de ataque. Se sentía cansado; no, se sentía exhausto, como si el hecho de hablar de su hijo, y así desahogarse supuestamente de parte del peso del dolor, le hubiera costado más esfuerzo que no decir nada. De todos modos, dicho estaba; y las tres personas con las que había hablado quizás entendieran mejor por qué no tenía deseos de volver a ocupar nunca más el puesto de comandante, o al menos no por más tiempo del estrictamente necesario para sacarlos del lío en que se encontraban. Esperaba que tuvieran por lo menos la suficiente comprensión como para dejar de acosarle, para dejar las cosas en paz.

En paz... La idea era atractiva y no sólo para Bridger. En lo que duró el breve informe, si eso había sido realmente, los equipos de reparación tuvieron tiempo de regresar todos al *seaQuest* y se los encontró por el pasillo de uno en uno y de dos en dos, sucios, mojados y rendidos de cansancio; tan cansados que ni siquiera sentían la satisfacción del trabajo bien hecho. Eso vendría después, al cabo de unas cuantas horas de sueño, de una ducha, de comer un bocado; todo lo que necesitaban para sentirse otra vez humanos y no pequeñas e insignificantes partes de la maquinaria por la que habían estado luchando durante tanto rato. Pero vio algo que para Nathan resultaba alentador.

Igual que la pareja que salió con grandes apuros del TeamCraft inundado, los equipos de reparación eran una mezcla del personal científico y del militar. No había habido tiempo, y afortunadamente tampoco una inclinación auténtica, de separarlos. Lo estaban haciendo en esos momentos, sólo un poco; los monos beis y los negros se alejaban unos de otros, se disponían a reunirse con su propia gente. Pero no todos, pues había un par de militares hablando con tres científicos y ninguno de los cinco parecía tener mucha prisa por interrumpir la conversación. Tras compartir la tensión y compartir el riesgo, descubrían de repente un terreno común donde ninguno había estado antes. Y compartían también la suciedad. Nathan era demasiado educado como para poner en evidencia que los dos grupos estaban igual de mugrientos e igual de sudorosos y que, de no ser por el color de los monos y por la longitud de los cabellos, no hubiera sido fácil distinguir unos de otros. Se mirase como se mirase, aquello era un comienzo.

Se dirigió primero al puente y se pasó allí un buen rato con Ford y con otros miembros de la tripulación cuya intervención habría de ser necesaria, inclinados todos ellos sobre el puesto de Hitchcock para revisar los esquemas de los sistemas en

cuestión. La teniente Hitchcock, por supuesto, sabía perfectamente dónde estaban todos los cambios y qué se había añadido, pero su conocimiento del resto del barco se basaba sobre todo en los esquemas, mientras que Nathan lo conocía desde las mismísimas entrañas, ya que había visto personalmente cómo se instalaban tales entrañas. De modo que, mientras les indicaba a sus ávidos pupilos los puntos más débiles, Nathan pensó que en eso era en lo que se había equivocado Stark, pues ella creía que quienes se encontraban a bordo estarían intentando solucionar el problema en el software, no en el hardware, y que, aunque intentasen alguna desviación drástica en el hardware, no lo conocerían lo suficientemente bien para realizarlo con rapidez. Pero había alguien a bordo que sí lo conocía bien, así que... mala suerte para Stark.

—Esto —señaló Nathan—, y esto y esto y esto. Quiero que eliminen del ordenador todo eso sáquenlo del ordenador y ejecútenlo en microordenadores o en calculadoras científicas, me da lo mismo. Luego, hay que unir esos conductos a esos otros y no se acerquen a los cables principales hagan lo que hagan o, de lo contrario, el ordenador notará el cambio y los reconectará a la red principal y todo se habrá fastidiado otra vez. Sólo tienen que pasar los cables por los puñeteros conductos; aquí no se trata de ganar el premio de limpieza del colegio.

Siguiendo las instrucciones de los oficiales, los equipos empezaron a desplegarse por el *seaQuest* y a hacerles tales cosas a las conexiones de cables de los sistemas, que les hubiera producido urticaria a los componentes del equipo que lo diseñó. El que fuera jefe de aquel equipo, por cierto, se encontraba allí, pero decidió que tener urticaria era con mucho preferible a estar muerto. En tres o cuatro pasillos, equipos combinados de científicos y militares, uno detrás de otro, iban a dedicarse al sabotaje constructivo. El equipo de la Marina abriría el camino, estudiando un listado de ordenador y buscando un específico cuadro de distribución, y, una vez que lo encontrarán, otros del equipo militar tirarían de los utensilios del cuadro hasta hacerle salir. Luego, el equipo de científicos se acercaría y empezaría a trabajar, desunirían lo que estaba unido y unirían unas conexiones que de ninguna manera fueron pensadas para estar unidas, tirarían de los gordos cables y de las gruesas y acanaladas fundas de fibra óptica y alambre, los cortarían para separarlos, como cirujanos mecánicos enloquecidos, y los empalmarían después con los chapuceros manojos de cables que serpenteaban por los pasillos como tripas errantes.

En otros lugares, la intervención quirúrgica resultó aún más drástica. La cocina, situada justo al abrigo del casco interior, fue uno de los sitios que sufrieron el desorden de los equipos; se vaciaron de latas y de botellas los estantes del fondo de la fría despensa, y un miembro del equipo militar se inclinó por encima de la estantería hasta llegar al mamparo de soporte con una pequeña sierra eléctrica. La trabada superficie de polímero cíclico opuso poca resistencia, se resquebrajó bajo la sierra y

dejó rezumar el aceite aislante como si fuera sangre. Cuando la incisión estuvo terminada, y después de poner paños para recoger las filtraciones, los miembros del equipo científico introdujeron los brazos y comenzaron a extraer la mayoría de los conductos y de las tuberías, que fueron cayendo amontonados, como vísceras relucientes, sobre los trapos; y empezó de nuevo la tarea de cortar y empalmar, mientras el personal de cocina les lanzaba miradas furibundas y se ponía a apilar las latas en otra parte.

No había nada más que Nathan pudiera hacer para ayudarlos a llevar a cabo su cometido. En cambio, sí había algo que le estaba dando vueltas en la cabeza desde hacía una hora o dos. Se fue a ver qué podía hacerse a ese respecto.

—Ahora iba a ir a verle —dijo Lucas, casi sin levantar la vista del teclado cuando Nathan entró—. Tenemos un problema. El sabotaje no está integrado por completo.

—¿Puedes repetirlo?

—No hay suficiente código en el sistema principal para hacerle funcionar —le aclaró Lucas, con exagerada paciencia—. Los accesos que están vigilados por los «perros guardianes» son sólo parciales. De manera que tiene que haber un núcleo escondido en alguna otra parte, una rutina principal con las instrucciones básicas que ponen todo esto en movimiento, porque no he encontrado nada así en el sistema principal; y tiene que estar en alguna parte.

—¿Núcleo? ¿Ahora estamos hablando de núcleos? —masculló Bridger.

—Escuche, y utilice el cerebro. Stark no es en realidad programadora...

—¿Y a qué llamas tú programador?

Lucas sonrió ligeramente y siguió apretando teclas.

—Ella sólo sirve para trabajos prácticos y no muy limpios. Es técnica, una técnica competente, como mucho. Y no es ingeniera. No conoce este barco lo bastante bien como para colocar una rutina de virus anidados en el código existente sin dejar unas huellas iguales a las que deja en la nieve un vehículo con tracción en las cuatro ruedas. Y piense en ello: aunque así fuera, alguien la habría cogido haciéndolo. Y además le habría llevado demasiado tiempo. Había suficientes personas a bordo del *seaQuest* y se hubiesen dado cuenta de lo que se proponía.

—¿Y?

—Pues que ella habría hecho su trabajo en privado, con medios que pudiera ocultar y que no habrían dejado ningún rastro en los ordenadores centrales. Los diagnósticos lo habrían registrado si ella hubiese trabajado allí. Ella habría grabado su código en una forma que se mantuviese indefinidamente y, luego, lo habría puesto en alguna parte, donde pudiera introducirse en los sistemas principales y recordarles de continuo cómo se suponía que debían destruirse.

—De manera que, aunque encontrásemos el código «subversivo» —apuntó Nathan—, seguiría escondido en alguna parte de los sistemas, en el hardware. Y, un

poco después, su instalación volvería a implantarlo y nosotros estaríamos tan mal como antes. Toda esta misma basura empezaría otra vez desde el principio.

Lucas le otorgó la cariñosa sonrisa reservada a los alumnos retrasados que por fin empiezan a comprender. Nathan contuvo, de momento, su reacción.

—Muy bien —le felicitó Lucas—. Así que en alguna parte del barco dejó un lector conectado a la red de ordenadores, que imitaría a las copias de seguridad, del tipo de «dímelo tres veces», que algunos ordenadores emplean e introduciría sus instrucciones en la red de ordenadores cada, pongamos por caso cada doce horas o quizás incluso cada veinticuatro, dependiendo de si le preocupaba que lo descubrieran o se sentía segura de que nadie miraría.

—Eso parece bastante acertado, creo yo.

—Vale. O sea que lo único que tiene usted que hacer es responder a la pregunta: ¿dónde escondería ella algo así?

—Donde nadie mirase. —Nathan se mordió el labio—. A no ser que fuera una admiradora de *La carta robada*; es decir, de la escuela de esconder cosas a plena vista.

Se quedó pensando en aquello durante un momento. Coincidiría con un aspecto de la personalidad de Stark, por lo que él recordaba; con el deleite que le producía engañar a la gente de un modo evidente, insultante, y sobre todo a quienes no eran lo bastante listos para estar a su altura. Sólo que esa clase de jugadas las reservaba para aquellos que consideraba que tenían posibilidad de llegar a ser sus iguales. No pensaría de ese modo acerca de la tripulación que el *seaQuest* tenía en aquel momento, sino que los consideraría peones, así que no perdería más tiempo del necesario en engañarlos. Aventuró una respuesta:

—Zonas sin mantenimiento. O de mínimo mantenimiento. Creo que tengo unas cuantas ideas de por dónde empezar.

—Y será algo pequeño, algo que casi no dejará indicación de energía —corroboró Lucas—. Esa mujer no iba a ser tan tonta como para descubrirse produciendo ondas donde no debería haberlas.

—Exacto. —Miró a la pantalla por encima del hombro de Lucas, que seguía mostrando página tras página de códigos indescifrables, marañas de símbolos matemáticos, nidos de alambres de púas hechos de paréntesis—. ¿Cómo te va?

—Ya he conseguido el primer par de caminos alternativos —le informó Lucas, que estaba visiblemente pasando un mal rato estudiando la pantalla—; no servirán de nada hasta que estén todas. Van en paralelo y se refuerzan unas a otras. Y si no descubre usted ese pequeño misterio tampoco servirán de nada. No me extrañaría que ella hubiese indicado en ese acceso que renovase el sistema con más frecuencia cuando empezaran nuestros problemas.

Nathan asintió con la cabeza y dijo:

—Me encontré algo en mi camarote.

La cara de Lucas adoptó una expresión hermética.

—Ya hablaremos más tarde —repuso—. Es decir, no me importaría charlar un rato, pero, si el programa que ha hecho una tía chalada me mata, me va a fastidiar mucho.

«Ahí lleva razón», pensó Nathan. Y se marchó.

Capítulo 10

Minutos más tarde, Bridger bajaba silbando por una escalerilla vertical, no tanto porque estuviera de buen humor como para aliviar su nerviosismo. Allí abajo, sin embargo, bien podría haber dado la impresión de que silbaba en la oscuridad para alejar a un fantasma. Miró a su alrededor, intentando orientarse, y dudó de que ningún fantasma que se respetara a sí mismo se acercase a aquel lugar. El *seaQuest* tal vez fuera el orgullo de la flota, la joya de la corona y toda esa basura; pero era un buque de alta mar y, como todos los buques de alta mar, tenía una sentina. Oficialmente, aquello era la cubierta de la quilla, pero él sabía reconocer una sentina en cuanto la veía. Y cuando la olía.

El lugar empezó siendo un pasadizo normal, igual que los que más arriba llevaban a la civilización; pero luego había vuelto a decorarlo profusamente alguien a quien le gustaban las tuberías y los conductos, los paneles huecos y las rejillas de aire. «Elegancia postindustrial», se dijo Bridger, frotándose las manos y preguntándose si alguna vez volverían a verse libres de grasa. En lo que no había caído hasta ese momento era en lo largo que parecía aquel pasadizo; bajo las actuales circunstancias parecía que, si miraba durante el suficiente tiempo, percibiría la curvatura de la Tierra. ¿Y ahí tenía que ponerse a buscar una cosa pequeña?

«Me parece que me hace falta un barco más pequeño...», pensó.

Suspiró y echó a andar a grandes zancadas por el pasillo, poniendo cuidado al posar el pie sobre la cubierta de metal. Con todo el fango aceitoso y la grasa añeja por el tiempo que llevaba acumulada allí desde la botadura del *seaQuest*, no sería nada difícil que los pies fueran en una dirección y la cabeza en otra; y ninguna de aquellas tuberías tenía aspecto de ser nada bueno para un cráneo humano desprotegido.

Caminó un trecho y de repente lo vio. No se encontraba exactamente donde recordaba haberlo dejado, pero sí bastante cerca. El cuadro de distribución estaba marcado con un letrero en el que ponía «comunicaciones», pero la claridad de la etiqueta aparecía degradada en cierto modo por varias capas de la mugre que se había ido abriendo paso en dirección a la sentina. Aquél era el lugar más evidente; o, mejor, dicho, el lugar más insultante. De todos modos, aun cuando Nathan estuviera equivocado, más valía quitárselo de en medio primero.

Se puso de puntillas para intentar llegar al panel y notó el primer resbalón de aviso debajo de la suela de un zapato. Bajó los talones con cautela, tomando aire profundamente y agarrándose con fuerza a una tubería que le quedaba a la altura del hombro, por si acaso resbalaba de verdad. Luego, miró la tubería y contempló pensativo las demás que pasaban por allí a la altura del tobillo, a la altura de la rodilla y, de hecho, a todas las alturas que podrían serle útiles a alguien que quisiese llegar a un mamparo que estuviera más alto de lo que podía llegar. Tenían otra ventaja;

algunas habían estado calientes o se calentaban intermitentemente, de manera que lo que era una mortal película de aceite resbaladizo en el suelo de la cubierta se había convertido allí en una corteza dura que parecía un cruce entre plástico ordinario y caramelo reblandecido. No era muy recomendable, pero (lo comprobó cuidadosamente antes de confiar todo su peso e impulsarse hacia arriba) no estaba resbaladizo.

Por supuesto, cuando consiguió llegar a la altura del cuadro se encontró con que estaba cerrado y oxidado. ¡Con todo el aceite que había en ese lugar y aquello se oxidaba! Era sencillamente fantástico. Tuvo que dar tres fuertes golpes con la mano para hacer saltar el pestillo, pero vio con alivio que la tapa se abría sin necesidad de más persuasión. Dentro había tantos circuitos y trenzas de espaguetis de colores que empezó a dudar si había abierto la caja apropiada. «No te olvides de llevar dinero encima la próxima vez», pensó Nathan con ironía, y entonces recordó que llevaba la linterna en el bolsillo. Bien; no había que ir nunca a ninguna parte sin una linterna, una navaja y una caja de cerillas, y por lo menos él tenía la linterna, si es que no estaban gastadas las pilas...

No lo estaban. La linternita no podría precisamente deslumbrar a nadie con su brillo, lo mismo que les ocurría a algunas personas que él conocía; pero sí iluminaba lo suficiente como para permitirle hacer lo que se proponía hacer, y una de las cosas que se proponía hacer era sujetarla con la boca. La barra de aluminio produjo un sonido desagradable al chocar con sus dientes, y Nathan notó un sabor metálico y un regusto agriamente ácido que le sugirió que las pilas no debían de estar gastadas, pero sí tenían fugas. Puesto que la única alternativa era tener una mano libre en vez de las dos, y eso mientras se mantenía en equilibrio sobre un desvencijado conducto, situado a un metro por encima del piso de metal, decidió aguantarse con aquel desagradable sabor en la boca.

Hurgar entre los cables le llevó sólo unos segundos; era de lo más fácil recibir una descarga o desconectar algo importante si se hurgaba sin un cierto cuidado, pero Nathan Bridger, el Nathan Bridger auténtico, se encontraba tan a sus anchas figoneando en las entrañas eléctricas de su propio barco como el joven Lucas parecía estarlo escarbando en el cerebro de los ordenadores. Y justo entonces lo vio. El pequeño recipiente de metal estaba escondido bien atrás y era pequeño, discreto, vulgar y..., y no era nada que perteneciese a aquel lugar, en medio de los conductos y los cables de aspecto orgánico. Metió la mano y, al encontrarse con que estaba... justo, justo... a su alcance sin que hubiera necesidad de sacarlo de su montura, abrió la tapa del recipiente y contempló con satisfacción los cables y circuitos apiñados en su interior. Le llamó la atención sobre todo el pequeño bloque de material sólido: una RAM sólida, de bajo consumo y no activa todavía.

Extendió el dedo índice, lo introdujo en el recipiente, hizo con él un gancho y tiró

hacia sí. Varios cables salieron obedientemente y, después, se produjo el débil sonido de un zumbido, como si se tratara de un insecto malogrado. Hasta ahí todo iba bien. Volvió a estirar el dedo y lo metió en la dirección del único interruptor que se veía en el recipiente. Por una pequeña ranura situada al fondo del mismo, sobresalía un disco de plástico brillante, refractario y plateado; tan fino como una hoja de papel y no mayor que una yema de huevo. Lo cogió cuidadosamente por los bordes al retirar la mano y se lo metió en el bolsillo del pecho; posiblemente aquello le sería de utilidad a Lucas. No había más ranuras ni más discos que pudiera ver.

Resultaba agradable, sin embargo, disponer de aquellos segundos a solas en las entrañas del barco sin oír nada más que el rumor de los sistemas de propulsión y el motor eléctrico, los latidos del corazón del barco; un momento de paz, sin voces, sin crisis, sin problemas. Sólo el ciclo sabía lo que estaría pasando en el puente, pero no era asunto suyo, al menos no en aquel momento precisamente.

Soltó con suavidad el aire de su pecho. No dejaba de ser realmente una lata que aquel barco, diseñado por él mismo con todas las sutilezas, con todos los sistemas que se le ocurrieron para hacer la vida más fácil y más cómoda a la tripulación de turno, hubiese tenido como resultado poner más difíciles las cosas, convertido en un auténtico talón de Aquiles. «Se me ocurre una cosa para el tablero de dibujo la próxima vez», pensó, y en el fondo de su mente una voz le gritó: «¿Qué próxima vez?» Nathan hizo caso omiso. Se trataría de una copia de seguridad no subvertible, de unos sistemas que no pudieran ser dañados por ser demasiado sencillos para ser dañados...

«¿La próxima vez? ¿Estoy chiflado? ¿Qué próxima vez?», pensó a continuación.

En ese momento no tenía tiempo para eso, de todos modos. Con cautela, se volvió por el mismo camino por el que había llegado, poniendo toda su atención en no resbalar en el aceite. Arriba, las cosas debían de estar llegando a un punto crítico. Seguro que alguien le necesitaba.

Sus recuerdos volvieron al sol reflejado en el agua azul, a aquel lugar donde nadie tenía una especial necesidad de él, excepto Darwin.

Y, para su asombro, descubrió que todo aquello del barco le gustaba todavía más.

Frunció el entrecejo y volvió a trepar por la escalerilla hasta el nivel de cubierta.

Nathan se encontraba de pie en el puente ante la mesa de navegación, estudiando con Ford las proyecciones de mapas de la región, cuando O'Neill le llamó desde su puesto:

—¡Capitán, ya lo tengo!

—¿Al *Delta*? —preguntó Bridger.

Los dos hombres se dirigieron inmediatamente hacia O'Neill.

—Sí, señor —respondió éste, sin dejar de trabajar sobre el tablero de mandos—.

Estoy cogiendo una señal de baja frecuencia, de unas viviendas suboceánicas. El submarino rebelde está allí atacando. Los colonos intentan luchar y rechazarlo con algunos minisubmarinos... —Hizo una pausa de unos segundos, escuchando, mientras Nathan y Ford se miraban. Luego, levantó la vista preocupado y añadió—: Pero no parece que les esté sirviendo de mucho...

Nathan apretó los labios, pensando: «Otra vez no, ahora no, lo único que necesitamos es un poco más de tiempo...»

Y en el techo las luces parpadearon, se debilitaron hasta casi desaparecer del todo y..., por primera vez en muchas horas, volvieron con toda su potencia.

Hubo una especie de alegría refrenada por parte de la tripulación del puente y Ford miró a Nathan con gesto aprobatorio.

—Buen chico —asintió Nathan, pensando en aquellas manos que, en otro lugar del barco, se desplazaban como el rayo sobre el teclado. Dirigiéndose a Hitchcock, que se encontraba trabajando en su puesto a doble velocidad para hacer inventario, preguntó—: ¿Qué clase de propulsión tenemos?

—Un cuarto de lo normal —respondió ella con aire triunfal—. Pero seguimos sin armas ni defensas.

«Maravilloso», pensó Nathan, y dijo:

—Bien, señor Ford, ¿alguna sugerencia?

El oficial no respondió en seguida. Finalmente, levantó la mirada y contestó en voz baja:

—No creo que esto venga en el manual tampoco.

«Qué alegría», pensó Nathan, y supo con exactitud lo que Ford estaba pensando: era el momento oportuno para que él asumiera el mando... Abrió la boca para volver a poner aquella idea en el lugar que le correspondía, pero se detuvo antes de hablar, porque una simple ojeada por el puente le hizo darse cuenta de que todas las miradas estaban puestas en él, a la espera de oír qué decía; y en todas aquellas miradas había una esperanza evidente. La expresión común de aquellos rostros indicaba que estaban esperando sus órdenes, y lo único que él tenía que hacer era decir la palabra precisa.

Se esforzó por encontrar alguna excusa para no tomar el mando, pero no lo consiguió. Le parecía una situación horrible, y el problema era que había demasiadas vidas dependiendo de ella.

«¡Ford tiene razón, maldita sea, pero odio tener que hacer esto!», pensó.

Dejó escapar un suspiro y le dijo a Ford:

—Dé las coordenadas a Navegación y trace un rumbo, señor Ford.

La sonrisa de Ford fue amplia y alegre.

—Sí, señor.

Se dio la vuelta hacia la mesa de navegación para obtener el itinerario más rápido de los que habían estado examinando.

Nathan se giró para mirar a las pantallas frontales y sintió que aquel peso descendía sobre él, el peso que no había querido sentir. Se irguió y mantuvo el rostro sereno; sus reacciones ante aquella situación eran ya asunto suyo, no de la tripulación, y tenía que pensar en la moral y en las reacciones de todos tanto como en las propias.

Desde el exterior, las WSKR retransmitían a las pantallas múltiples imágenes del *seaQuest* volviendo a la vida, con las luces encendiéndose centelleantes a lo largo de todo el casco; el barco se escoraba en ese momento un poco hacia estribor y avanzaba con lentitud, alejándose de la Central Energética Gedrick y adentrándose en las oscuras aguas a la sombra de las montañas Long Chain. Se inclinó hacia arriba y en dirección al sur, con rumbo a uno de los pasos en las Long Chain, hacia la colonia de investigación suboceánica que había llamado pidiendo ayuda.

Bridger contempló el avance de la nave, elegante a pesar de la poca energía de que disponía, y confió en que les diera tiempo a terminar el trabajo que les quedaba por hacer antes de alcanzar al atacante. Si no...

Y no había otra posibilidad.

Capítulo 11

Incluso disponiendo de una fuerza propulsora de sólo un cuarto de su fuerza normal, el *seaQuest* no iba lento. Surcaba las aguas del lado más alejado de las Long Chain ganando profundidad y aumentando la velocidad. Por delante, Loner estudiaba el camino, cotejando el terreno que se iba encontrando con el terreno trazado en los mapas, retransmitiendo todo lo que veía y almacenando nuevos datos, tanto para examinarlos en el momento como para mejorar posteriormente los mapas de aquella zona. Detrás de ella iba Mother, que comprobaba los datos de Loner y los compilaba junto con los del sonar de mira lateral, mientras realizaba de paso verificaciones del contenido mineral del terreno del fondo. En la retaguardia, Júnior se apresuraba a seguir el ritmo, actuando de ojos traseros e inspeccionando el agua de encima en busca de indicios de cualquier otra nave que se encontrase en la zona y no sólo del Delta, pues podría ser inconveniente para los barcos de calado profundo que un submarino de combate irrumpiera directamente debajo de ellos.

Dentro del *seaQuest* continuaba a la mayor velocidad posible la apremiante tarea de desviar los circuitos y sistemas del hardware del ordenador. Media nave tenía el mismo aspecto que si un descuidado gastroenterólogo hubiera estado realizando de prisa y corriendo una intervención quirúrgica; los gruesos conductos, con su aspecto de tripas, se hallaban extendidos a lo largo de los dos corredores longitudinales y se elevaban, de un modo desagradable para la vista y sin orden ni concierto, hasta los cuadros de distribución que había en las paredes y se metían por las rejillas de ventilación del techo y por las trampillas situadas en el suelo junto a los tubos cetáceos. Aquello era un verdadero barullo, pero progresivamente se convertía en un barullo que funcionaba.

O eso esperaba Nathan con desesperación. De pie en mitad del puente, observaba a los equipos de militares y científicos, que trabajaban febrilmente para efectuar las últimas conexiones de los sistemas con las mesas de controles del puente. Gruesos conductos recorrían todo el lugar, de manera que uno podía tropezar y romperse el cuello si no se andaba con cuidado. Y hubo que desactivar las compuertas herméticas; otra cosa más en que pensar, porque, si la lucha se ponía fea y el barco recibía suficientes impactos como para que entrase agua otra vez, el único modo de cerrar las brechas sería cortar literalmente el recién puesto en marcha control de los sistemas de la nave. Nathan trató de no preocuparse por aquella expectativa más de lo que debía, aunque el problema no dejaba de darle la lata en el fondo de la mente, insistiendo en que seguía necesitando una solución. De todos modos, sellar los compartimientos en ese momento equivaldría al suicidio.

Nathan se inclinó sobre la mesa de comunicaciones de O'Neill y observó cómo éste verificaba los mensajes que llegaban de la colonia de viviendas. Estaban

«jugando a la pata coja» con los transmisores que tenían disponibles; utilizaban varios de ellos en serie y cambiaban apresuradamente de uno a otro, probablemente para impedir que el *Delta* averiguase cuál se estaba empleando e impedirle así que lo inutilizase. Era una jugada prudente, porque, si aquel canalla de submarino quería cortar las comunicaciones de la colonia por completo, tendría que apuntar a todo lo que tuviera aspecto de transmisor, y eso les llevaría mucho tiempo y les haría gastar armamento esencial. «Es gente lista. Esperad. Esperad sólo un poco más, que ya vamos...», pensó Nathan.

O'Neill seguía la transmisión de la colonia de viviendas de frecuencia en frecuencia, con el entrecejo fruncido por la dificultad que entrañaba aquella persecución, pero al mismo tiempo disfrutando por el reto que ello suponía.

—Están empleando de todo; desde frecuencia Q, baja frecuencia... hasta latas de zumo de naranja —dijo, mientras seguía tecleando para hacer otro recorrido que captase el último cambio de frecuencia de la colonia—. Sabe Dios qué pensará el submarino atacante; posiblemente, incluso que tienen problemas con sus sistemas de comunicación y que los mensajes de la colonia puede ser que ni siquiera se estén recibiendo en otra parte. —Sonrió un poco—. Mejor para nosotros si creen eso.

—Estarán furiosos si piensan así —apuntó Bridger—. Apuesto a que ese canalla quiere desesperadamente que los mensajes lleguen a su destino. De otro modo, no acudiríamos y, entonces, ¿qué harían ellos allí? Se habrían tomado las molestias para nada.

O'Neill sonrió de un modo siniestro.

—Bueno, pues si no se andan con cuidado y no vigilan su trasero mientras machacan ese lugar...

Bridger sacudió la cabeza, pues en su opinión aquella posibilidad era mínima.

—No creo que podamos contar con eso —objetó en voz baja—. Dios quiera que podamos, pero lo que el comandante de ese barco desea más que ninguna otra cosa es tenernos a la vista.

O'Neill, entonces, se puso a escuchar con mucha atención.

—Hay más minisubmarinos de los colonos reuniéndose ahora, señor. Intentan bloquear el... —Se interrumpió—. ¡El *Delta-IV* ha hecho fuego!

—Han lanzado dos torpedos —corroboró Ortiz, y se quedó callado un momento—. Impacto. ¡Dos golpes directos!

—Suben las apuestas —murmuró Nathan. Había estado temiendo que aquello sucediera; otra masacre de inocentes. Ford llegó corriendo a donde estaba él y Nathan se volvió—: Dígame, señor Ford.

El oficial no tenía el aspecto de un hombre que fuera portador de buenas noticias.

—Hemos recuperado un mínimo control del armamento —le comunicó—. Sólo el tubo número uno. Con capacidad de disparo manual únicamente.

No era gran cosa, pero desde luego era mejor que nada; muchísimo mejor que lo que tenían un par de horas antes.

—¿Qué me dice de los sistemas de puntería? —preguntó.

—Los sistemas de puntería continúan estropeados.

Bridger frunció exageradamente el entrecejo y dijo:

—Así que es posible que podamos disparar un torpedo manualmente, pero no tenemos manera de indicarle adónde tiene que ir...

Ford asintió en silencio, con aspecto de sentirse aún más desgraciado.

Nathan se quedó un momento meditando, se giró para empezar a pasear... y se encontró mirando hacia el tanque del puente, el «puesto» de Darwin. El delfín se encontraba allí flotando, ocioso, aunque interesado. Observaba a Nathan y esperaba. «A ti por lo menos voy a librarte de esto. No es culpa tuya en absoluto», pensó Nathan, y volvió a girarse.

Intentó concentrarse y recordó lo que decía siempre Danielson: «Piensa de una manera que sea lateral, porque lo que espera tu adversario es que pienses de un modo lineal. En el noventa por ciento de los casos eso es lo mejor que sabe hacer, así que nunca sospechará que vayas a hacer algo que él difícilmente es capaz de concebir...»

Nathan se alegró terriblemente en aquel momento de que Marilyn Stark nunca hubiera tenido mucho tiempo para dedicárselo al anciano. Era una de las cosas de ella que habían suscitado comentarios entre los cadetes de su promoción, que, por lo general, veneraban prácticamente a Danielson, mientras que Stark, según había oído decir Nathan, le encontraba «incompetente» (se refería a que era demasiado entusiasta); y es que, a la propia Stark, los demás cadetes la llamaban «reina de las nieves». En aquella época, Nathan pensaba que la llamaban así únicamente por envidia de su indiscutiblemente brillante expediente académico y su capacidad militar; pero ahora sabía que no era ésa la razón. La inteligencia de Stark era una inteligencia fría, muy rígida, muy disciplinada y muy centrada; sin embargo, esa misma rigidez podía convertirse en su punto flaco, y era perfectamente explotable. No hay duda ninguna de que un rayo láser es muchísimo más brillante que la luz que produce un foco eléctrico; pero éste ilumina no sólo el punto enfocado, sino también lo que hay alrededor. Así pues, la propia fijación de Stark bien podía cegarla, reduciendo sus preparativos y limitándolos a las opciones que su propia visión del mundo llena de prejuicios le haría considerar probables o posibles. Lo improbable o aparentemente imposible se le pasaría por alto, sin más.

«Nuestra única ventaja es que yo sé que ella está ahí, pero ella no sabe que yo estoy aquí. ¡Dios, espero que sea suficiente...!», pensó Nathan.

De todos modos, él seguía teniendo el mismo problema importante que antes: fijar el objetivo. ¿Cómo podía uno dar en el blanco cuando no había manera de decirle al torpedo adónde dirigirse? La desagradable verdad de todo aquello era que

Stark ni siquiera necesitaba haberse tomado la molestia de estropear el control por ordenador de los sistemas de propulsión del *seaQuest*; al quitarle la capacidad de apuntar al blanco le dejaba impotente para nada que no fuera chocar directamente con el objetivo. Durante un breve momento Nathan consideró aquello. Aun cuando no hubiera posibilidades, ¿tendría un resultado lo suficientemente definitivo chocar directamente contra la aleta del *Delta* y sacar de su emplazamiento el centro de mando situado debajo? ¿Cuántos miembros de la tripulación morirían? ¿Y cuántos pasajeros?

Era realmente de locos creer tan siquiera que ella les dejaría acercarse tanto a su barco. Y, de todos modos, se trataba de una reacción demasiado lineal... Seguro que Stark se esperaba algo así. No; había que pensar alguna otra cosa.

Volvió a alejarse del sillón de mando, paseando con la vista fija en el suelo. Si hubiera una manera de rodear los accesos del propio sistema de puntería del ordenador...; pero no, no la había, y el virus estaría implantado con más protección dentro y alrededor de esos accesos que en ninguna otra parte, o al menos eso había dicho Lucas. Stark eligió el itinerario con menor esfuerzo, y también el más elegante; de modo que, aunque recuperaran un torpedo o dos, ella sabría que no servirían de nada. Se echó a reír silenciosamente, una carcajada amarga para sí mismo, mientras regresaba otra vez al sillón de mando, se volvía de espaldas y miraba a la parte posterior del puente. En realidad, aunque ellos creyeran que la derrotaban, quien triunfaba era Stark, al hacerles malgastar su tiempo en reparaciones que no iban a servir de nada. «¡Maldita sea!», pensó, y se dirigió a la parte de atrás del puente y pasó junto a Ford, que volvía a mirarle con gesto preocupado. La lástima era que no pudieran programar nada más que un torpedo para que acertase en cualquier cosa que se pareciese a un *Delta*. Se echó a reír para sí otra vez, y en esa ocasión por la manera en que su desesperación estaba empezando a manifestarse en forma de locura. ¿Y por qué quedarse sólo en eso? La verdadera lástima era no poder simplemente pintar una gran diana en el *Delta*, con la inscripción de «ábrase por aquí», y decirle al torpedo: «¡A por ellos!»

Se detuvo, sin mirar a ninguna parte en concreto, y luego dirigió la vista al tanque de agua en la parte trasera del puente y a Darwin... y se le ocurrió la idea. De inmediato se odió a sí mismo por haberla tenido, pero seguro que funcionaría y, además, no se podía hacer otra cosa; por lo menos, nada que él fuera capaz de concebir y ejecutarlo a tiempo.

Dio media vuelta y fue rápidamente hacia Ford.

—¿Nuestros torpedos tienen la opción de rastreo manual?

—¿Señor? —preguntó Ford, sorprendido.

—Es decir, ¿podemos programarlos para que queden fijos en una frecuencia determinada?

—Si hace falta —contestó Ford, todavía con cara de desconcierto—, desde luego que sí. Por radiotransmisión, o... —Siguió la mirada de Bridger, se encontró con Darwin en el tanque y, lentamente, se le iluminaron los ojos con la idea—. ¡Podemos marcarlos!

—Manténgame al tanto —le ordenó Nathan, cortante—. Esto no debería llevar mucho tiempo.

Abandonó el puente, y Darwin se fue tras él.

Pasaron unos minutos hasta que llegó a la cubierta superior y, allí, se encontró a Westphalen delante de él. Nathan soltó varios tacos mentalmente, pues no quería que nadie más estuviese presente en aquella entrevista; pero se sentiría tan culpable si echaba de allí a Westphalen como se sentía ya por la entrevista en sí.

La cabeza de Darwin sobresalía del agua del tanque de la cubierta superior, y miraba hacia la puerta.

—¡Hola! —le saludó el delfín.

—Me ha dicho que estaba esperándole a usted —le explicó Westphalen, mirándole a él primero y luego a lo que llevaba en la mano con silenciosa preocupación.

Bridger se quedó en el marco de la puerta, con tal mezcla de sentimientos que se sentía casi paralizado. No había dicho ni una palabra y apenas si había entrado, pero allí estaba Darwin, contento y dispuesto, como si hubiera estado esperándole. Sin poder evitar sentirse culpable, Nathan pensó: «Y probablemente haya estado esperándome. No les he hecho mucho caso a los tubos de acceso al puente ni al tanque de allí porque todavía me resulta difícil creer que existan. Nunca pensé que se tomaran en serio ese aspecto del diseño. De todos modos, ¿cuánto tiempo llevará Darwin observándome y preguntándose qué es lo que pasa? ¿Y se lo habrá estado preguntando en realidad? Lucas me dijo que puede acceder a los sistemas de comunicación de la nave a través del traductor; o sea que, si ha querido, habrá estado escuchando todo lo que ha sucedido. Aunque no sé cuánto es capaz de entender de todo ello...»

El respirador con arnés que llevaba en la mano pesaba mucho, y tuvo que cambiárselo a la otra mano. La mirada de Darwin siguió con interés el movimiento de la mano y, luego, volvió al rostro de Nathan. «Me pregunto hasta qué punto entenderá mis cambios de expresión. ¿Sabrá si significan algo...? ¡Cómo odio todo esto, cómo lo odio...!», exclamó Nathan para sí.

Se oyó la voz electrónica del delfín:

—Isla. ¡Jugar!

—Sí —le respondió—, yo también tengo ganas de jugar, pero éste no va a ser un juego como los otros..., aunque, vaya, ojalá lo fuera. Darwin, necesito tu ayuda.

—¿Ayuda? Darwin ayuda.

De nuevo aquel tono alegre de voz, siempre absolutamente dispuesto a cualquier cosa. «Seguro que, de haber nacido humano, sería un *boy scout*...»

Nathan sacudió la cabeza y dijo:

—A lo mejor quieres oír primero de qué se trata... —Y pensó: «¡Sobre todo porque podría matarte!»

Darwin puso la cabeza sobre el borde del tanque, mirando un poco de reojo a Nathan, y habló:

—Confío... Bridger.

Nathan se conmovió hasta lo más profundo de su ser. Aquella confianza tan simple le hizo sentirse más culpable que nunca, y se preguntó cuántos detalles sobre ese concepto le habría proporcionado al delfín el vocabulario de Lucas.

—Ése es precisamente mi problema —repuso Nathan, sintiéndose de lo más infeliz—. Casi preferiría que no fuera así. —Pero estaban en juego las vidas de todas las personas a bordo del barco, tanto las de la tripulación, que ya conocía los riesgos, como las de los civiles, que nunca los buscaron y ya confiaban en que ellos los salvaran. Y la propia vida del delfín también. No había manera de salir de aquello. No quedaba más remedio que hacer lo que fuera necesario, aunque se tratase del posible sacrificio de un inocente en favor de otros inocentes. Hizo lo que pudo por tragarse el nudo que tenía en la garganta y añadió—: Haré a Bill Noyce responsable personal si a ti te pasa algo.

Darwin le miró sin decir nada; quizá porque no tenía ni idea de lo que significaba aquel torbellino de palabras.

Sólo que quizá sí que lo sabía y, al quedarse callado, tal vez estuviera intentando que Nathan conservara su dignidad. ¿Quién podía saber lo que entendían por dignidad los delfines, o por autodominio?

Pero no era el momento de ocuparse de eso. Nathan se arrodilló sobre el canalillo de desagüe y dejó el arnés y el respirador a su lado. Westphalen habló desde un lado y en un tono discreto:

—Estamos a más de seiscientos metros de profundidad. Eso está justo en los límites de resistencia de un delfín. Sólo la presión...

—Él ha hecho ya más de quinientos metros en la isla —replicó Nathan—. Y sin consecuencias permanentes, porque sabe cómo moverse para minimizar el modo en que la presión actúa sobre su cuerpo.

—Zambullida profunda —dijo Darwin. ¿Era orgullo lo que se percibía en aquella voz sintetizada?—. Cazar.

—Es hacerle arriesgar la vida —objetó Westphalen.

El dolor interno volvió a golpear a Nathan, que tuvo ganas de gritarle: «¿Crees que no lo sé?» Hizo un esfuerzo por desechar el dolor y la respuesta y miró a la

científica del modo más desafiante que pudo.

—¿Tiene usted otra idea mejor?

Ella se quedó mirándole, y, luego, hizo un gesto negativo con la cabeza, impotente.

—Ojalá la tuviera...

Nathan miró al arnés, a Darwin y otra vez al arnés.

—¿Sabes lo que hay por ahí, Darwin? —le preguntó.

—Submarino —respondió en seguida el delfín—. Barco que nada. Barco que mata.

«¿Cuánto de lo que dice procederá del trabajo de vocabulario de Lucas?», se preguntó Nathan, y asintió con la cabeza.

—Submarino. Eso es.

—Tiburón de metal —añadió Darwin y, por un momento, enseñó unos dientes malvados y su eterna sonrisa se volvió muy fiera—. Cazar. —Nathan no pudo evitar mirar a Westphalen, que parecía un poco asombrada. Los dos sabían perfectamente cómo odiaban los delfines a los tiburones; les daban caza y los mataban arremetiendo contra ellos con el morro hasta que morían por las heridas internas—. Broma —agregó entonces, y les soltó una carcajada, una carcajada de delfín.

—Ha aprendido lo que es una metáfora —observó Westphalen, impresionada—. ¡Y el sentido del humor!

—Créame, sentido del humor ya tenía —repuso Nathan, sonriendo brevemente—. Las imitaciones de tiburón formaban parte de su repertorio. Solía escabullirse por detrás de mí, sumergido, y me empujaba por la espalda y luego se quedaba allí, riéndose y sonriendo con malicia. Pero, en cuanto a lo demás, voy a tener unas palabras con ese muchacho. No se preocupe... Cazar, sí, Darwin, ésa es la idea.

—Profundo —apuntó él—. Necesitar aire.

El tono seguía siendo completamente alegre y confiado, pero miraba con una expresión que sugería que no estaba muy seguro de cómo iba a poder ayudarle Nathan en ese aspecto.

Nathan cogió el arnés y el respirador y le hizo una seña para que se acercase. Con calma, Darwin nadó hacia él y se dio la vuelta en el agua para que Nathan pudiera empezar a ajustarle el arnés.

Le llevó un par de minutos encajar el arnés, pues, aunque se preste a ello, un delfín a medias fuera del agua es un considerable bulto con el que pelear para meterle en un arnés, tenga la forma que tenga. Y era crucial la posición correcta de éste en concreto, especialmente la pequeña cúpula del cambio de gases que había por encima del respiradero, el equivalente a la pieza de la boca en un respirador humano, ya que no había que dejar la menor oportunidad de que se torciera por un golpe, a causa de un movimiento o por un impacto. Una vez que el arnés estuvo bien sujeto y los

cierres bien tensos, Nathan probó diferentes maneras de sacar el respirador de su centro; el arnés resistió, y el cierre hermético de látex, tan fino como una piel y que rodeaba el respiradero, permaneció tenso.

Darwin soportó todo aquello con gran interés y miró a Nathan cuando éste terminó.

—Este arnés te permitirá respirar sin tener que salir a la superficie —le explicó Nathan, mientras el delfín se metía de nuevo en el agua, sacudía todo el cuerpo, como un hombre que se ajusta una chaqueta recién puesta, y volvía a asomar la cabeza—. No tendrías que sentirte diferente a cuando llevabas el arnés con el sensor en la isla.

Darwin le miró como si pensase que había perdido el juicio.

—Darwin necesitar aire —insistió, y Nathan advirtió el tono de preocupación en la voz—. Demasiado profundo para subir rápidamente...

Nathan negó con la cabeza.

—No tendrás que subir rápidamente. Con esto no tendrás que subir para nada.

Darwin siguió mirándole dubitativamente.

—¿Broma?

—Nada de eso. ¡Adelante, prueba a ver!

Con evidente indecisión, el delfín metió la cabeza un poco debajo de la superficie. Nathan se puso de pie para observarle, y vio que el respiradero se movía y que la cúpula que había por encima se empañaba a causa de la condensación cuando Darwin sopló a propósito y luego sopló otra vez, pero más fuerte. El arnés no se movió de su sitio. Acto seguido, el delfín se sumergió y nadó más o menos un largo, manteniéndose cautelosamente a poca distancia de la superficie. Nathan le observaba inquieto.

Unos treinta segundos más tarde, Darwin volvió a emerger y Nathan vio en él una de las expresiones que sabía que los delfines sí tenían: la mandíbula caída y la boca abierta por la sorpresa.

—¡Darwin respirar! —exclamó encantado.

A Nathan, a su pesar, no le quedó más remedio que sonreír, pero aquella diversión espontánea no duró mucho. Se agachó lentamente junto al borde del tanque una vez más y se sacó del bolsillo el aparatito con la tira de nailon que le había estado pesando como si fuera plomo, tanto en los pantalones como en la conciencia.

—Muy bien, ya sabes lo que hay que hacer. Cuando yo abra el tubo, tú sales y sigues el indicador. ¿Te acuerdas? Como en la isla.

—Venga.

Sacó del agua el cuerpo, estirándose para coger la tira. Westphalen se puso al lado de ellos.

—Darwin —dijo en voz baja—, no tienes que hacerlo si no quieres.

En otras circunstancias, Nathan se habría enfadado con ella, pero en ese momento

no pudo sino estar de acuerdo en que era lo más acertado que se podía decir. Darwin se quedó mirándola muy pensativo, volvió a sumergirse, se colocó en vertical y cabeza abajo y empezó a golpear el agua con la cola, un gesto que Nathan ya conocía de los viejos tiempos y que servía para expresar una negativa rotunda.

—No. Cazar tiburón. Hacerlo por Bridger.

Las entrañas de Nathan se le encogieron ante la idea de que alguien, o lo que fuese, hiciera algo «por él». Había pasado mucho tiempo desde que un ser humano había dicho tanto, mucho tiempo en solitario...

El delfín volvió a salir del agua y Nathan puso boca abajo el transmisor de señal para hacer puntería que tenía en las manos, quitó la tapa que cubría el botón, lo apretó y el aparato se puso a emitir un sonido intermitente y empezó a parpadear una lucecita situada en la parte superior. Lo tapó de nuevo y se lo tendió al delfín. Darwin cogió la correa apretándola con fuerza entre los dientes, miró a Nathan de reojo y dijo con alegría:

—Darwin nadar como Bridger.

Nathan se quedó sorprendido.

—¿Como yo?

Alargó una mano y dio unos golpecitos sobre el respirador, pensando que el delfín podía referirse a la escafandra autónoma o al tubo de respiración para bucear.

Darwin golpeó el agua con la cola.

—Sin traje. —Y el tono de su voz fue similar al de Lucas, el del listo dándole explicaciones al torpe—. ¡Piel!

Acto seguido, con su risa de delfín se zambulló y desapareció.

Bridger sonrió ligeramente y, a su lado, Westphalen, con una expresión de desconcierto, preguntó:

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Broma —respondió Nathan, y se apresuró a salir para dirigirse al puente.

Capítulo 12

En el puente, Ortiz levantó la vista bruscamente de su tablero de control cuando las pantallas de las sondas WSKR empezaron de repente a parpadear al recibir nuevos datos.

—¡Aproximámonos al punto de fricción! —le indicó a Ford—. ¡Las sondas están detectando múltiples naves pequeñas... a dos mil trescientos metros a estribor!

Bridger entró por la puerta trasera de estribor y el corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho. Por fin el globo estaba a punto de subir y, como de costumbre, en su interior algo le gritaba: «No estamos listos. Necesitamos unos minutos más para organizarnos...»

—Pinche las imágenes en las pantallas frontales —le ordenó Nathan, mientras se dirigía al centro del puente y hacía lo imposible por hacer caso omiso de aquella voz interior, porque prestarle atención nunca antes le había hecho ningún bien.

Las pantallas cobraron vida con las imágenes que enviaban las WSKR de lo que se parecía muchísimo a una planicie submarina, porque, aunque la llanura no era uniforme por completo (aquí y allá la atravesaban largas y profundas zanjas de presión; sin duda, el motivo de que la colonia de viviendas estuviera allí), la composición mineral y el registro de fósiles de aquellos lugares eran de un tremendo interés científico y económico. Las ondulantes estribaciones de las montañas Long Chain no eran visibles a mucha distancia, y a lo lejos, perceptibles para los sistemas de las WSKR pero no para la vista humana, se encontraban las montañas propiamente dichas, enormes picos desiguales que serían el orgullo de un montañero; algunas de ellas tenían casi seis mil metros de altura, y de haber sido más altas serían islas. Abajo, en la llanura, se extendía la colonia de viviendas, un lugar más bien pequeño en comparación con la Central Energética Gedrick, un racimo de cúpulas semejantes a burbujas y de cápsulas Quonset unidas por conductos de acceso no demasiado bien instalados. Alrededor del perímetro de aquel lugar había aproximadamente una docena de minisubmarinos de las más variadas e inimaginables clases de diseño: globos de observación, pequeños monoplasas, robots con muchos brazos para recoger muestras de roca y de suelo, y excavadoras pequeñas, que caminaban como cangrejos, para extraer muestras más profundas; es decir, cualquier cosa que pudiera moverse en el entorno submarino y contribuir a alguna clase de defensa, aunque fuera remotamente. A Nathan se le hizo un nudo en la garganta al ver aquellas pequeñas y frágiles naves y compararlas con lo que les hacía frente: el *Delta*, que se mantenía allí flotando en silencio; un enorme garrote negro y amenazador, silencioso y aparentemente invulnerable, esperando, esperándolos a ellos.

Permaneció de pie observando con odio aquella cosa. Una vez más, el *Delta* había llevado con éxito la voz cantante, obligándolos a salir de las profundidades para

responder a la amenaza que se cernía sobre aquellos inocentes.

Y Nathan ya se estaba hartando de eso y pensó que iba siendo hora de que fuese él quien llevase la batuta.

—¿Situación, señor Ford?

—El control de armamento informa de que el tubo uno está cargado, fijado y a la espera. El torpedo está completamente cargado.

—Manténgalo. —Nathan hizo un gesto negativo con la cabeza—. Reduzca la carga a un veinte por ciento. Quiero detenerlos, no destruirlos.

—Señor... A la orden, señor. —Ford echó una rápida mirada a Phillips, que se encontraba ante el tablero de control de armamento—. Ya ha oído al capitán. Carga del veinte por ciento.

Pero en el tono de su voz se traslucía que, en su opinión, Nathan había vuelto al estilo de *boy scout*.

—Ya está al veinte por ciento —informó Phillips.

—Eso está muy bien, señor —se aventuró Ford, sin alterarse lo más mínimo—, pero tenga en cuenta que no disponemos de ningún cargador automático que funcione en la sala de torpedos, y recargarlo a mano, en el caso de tener que efectuar un segundo disparo, nos llevaría entre sesenta y noventa segundos.

—O sea que sólo tenemos un disparo —concluyó Bridger—. Pues tendrá que bastarnos.

Una parte de él protestaba: «¡No es bastante! ¡Nunca conseguiremos que salga bien!»

El resto de su ser insistía, casi con igual fuerza, en que aquello era mucho más de lo que tenían antes, que debían darse todos por contentos y, sencillamente, seguir adelante con ello.

—Pero seguimos sin tener puntería —observó Ford.

Bridger suspiró.

—Mala suerte... —murmuró.

Iba a tener que hacerlo, después de todo; iba a tener que hacer aquello por lo que había estado rezando para no verse en la tesitura de tener que hacerlo. Pero ya no había manera de evitarlo...

Se giró hacia las pantallas. Los minisubmarinos empezaban a moverse de nuevo; la llegada del *seaQuest* los había detenido un momento, pero sólo provisionalmente. Se trataba de gente irritada y que intentaba defender lo que para ellos era importante; pero es que eso de intentarlo era el término operativo más frecuente allí, ya que no disponían de ningún arma que pudiera inquietar remotamente al *Delta*, ni siquiera antes de la reestructuración experimentada por éste en su blindaje.

Ellos tenían vehículos de investigación, sin otra cosa que no fueran arpones, aparatos para recoger muestras y brazos manipuladores con garfios, pensados para

trabajos delicados en el fondo del océano, así que se limitaban a zumbar alrededor del *Delta* como avispas enfadadas, pero avispas sin agujones; y el *Delta* permanecía allí, ignorándolos.

Hasta que uno de ellos se acercó demasiado a la enorme proa y empezó a darle mazazos con algo. Nathan estaba pensando que lo que sostenía entre sus garfios era una roca...

En sólo cuestión de unos pocos segundos, un torpedo de E-plasma salió abrasador de uno de los tubos del *Delta*, haciendo hervir el agua a su paso, y fue a dar con otra de las muchas naves que tenía a su alrededor, con la más grande, que explotó con un estallido de llama electrostática y la onda expansiva de la explosión hizo que todas las demás naves cercanas se balanceasen y una de ellas reventó, se abrió, como un huevo que hubiera caído al suelo, y expulsó al agua, juntamente con el piloto, todo el aire que contenía.

El aire comenzó a elevarse a sacudidas en forma de glóbulos retorcidos, y el piloto, que murió al instante por la presión, cayó lentamente hacia el fondo junto con los restos de la nave destruida. La nave pequeña, la que había tenido la osadía de atacar al *Delta*, retrocedió apresuradamente, y lo mismo hicieron sus compañeras; al menos, todas aquellas que todavía se encontraban intactas o que disponían aún de energía suficiente para moverse después de los efectos de la detonación.

En el interior del *Delta*, Marilyn Stark contemplaba las pequeñas naves que hormigueaban furiosamente alrededor de su barco, sentada en silencio en su sillón de mando y sin prestarles demasiada atención. Pensó: «Eso les enseñará a guardar las distancias, por lo menos, y a respetar a una fuerza superior. Al fin y al cabo, ¿qué quieren, que me quede aquí sentada y permita que se entretengan intentando hacernos daño con esos garfios?»

Así que esa pequeña molestia se había acabado de momento. Había otra cuestión mucho más importante a la que atender en aquellos momentos...

—¡Ha vuelto! —gritó histéricamente el jefe de sensores, con la estridencia del pánico reflejada en la voz—. ¡El *seaQuest* ha vuelto!

Se limitó a sonreír, mientras pensaba: «Les está yendo mejor de lo que supuse que les iría, aunque no creo que les vaya a servir de nada, no es más que una última muestra de bravuconería, eso es todo. Sea quien sea quien esté en el barco, es un buen fanfarrón. Pero pronto eso tampoco tendrá importancia, ni para él ni para nadie que se encuentre a bordo...»

—¡Comandante! —la llamó Maxwell, gritando y sin poderse creer el desinterés de Stark; luego, tragó saliva, asustado por su propia osadía, y se encogió en su asiento.

Stark se limitó a sonreír de nuevo, de aquella peculiar manera suya; estaba

realmente de un humor demasiado bueno en ese momento como para castigar a aquel pobre diablo.

—Tranquilos —les dijo a todos los del puente—, estense tranquilos. Están ante un tiburón sin dientes.

Se sentó un poco más erguida en el sillón. «Hacer durar demasiado un placer es una vulgaridad; es mejor matar rápidamente y con limpieza que ponerse a jugar con la presa», dijo para sí, y en voz alta ordenó:

—Timonel, de la vuelta a cero-seis-cero... —Sonrió con deleite—. Posición de ataque.

Ortiz comprobó los indicadores de lectura, volvió a comprobarlos y el cambio de actitud le dijo lo mismo las dos veces.

—¡El *Delta* está girando sus cañones hacia nosotros!

Bridger se puso a su lado.

—¿Rumbo?

—Cero-seis-cero. Avanza directamente hacia nosotros.

Crocker miró a Bridger con una expresión, ya conocida de los viejos tiempos, que decía: «¿Proa con proa?» Bridger asintió, Crocker dio instrucciones a los timoneles y la proa del *seaQuest* dio la vuelta para igualar al *Delta* movimiento a movimiento.

—Jefe O'Neill —ordenó Nathan, mientras se dirigía hacia el sillón de mando—, deje abierta la banda baja en todas las frecuencias. Quiero que todos los que se encuentran ahí fuera me oigan.

—A la orden, señor. —Manipuló un momento en su tablero. Bridger se detuvo junto al sillón de mando, lo miró pensativamente y se dejó caer en él. El puente estaba completamente silencioso—. ¡Banda baja abierta, señor! —informó O'Neill—. A la espera para la transmisión.

Bridger extendió la mano hacia su tablero de mando, se aclaró la garganta y apretó un botón.

—Atención a todas las naves de la colonia y a los colonos. Les habla Nathan Bridger, al mando del buque de profundidad *seaQuest*, en representación de la Organización..., la Organización de Océanos... —La mente se le quedó en blanco. ¡Maldición!—. ¿Cómo demonios se llama? —le susurro a Ford, que se encontraba a su lado.

—Organización de los Océanos Unidos de la Tierra.

—En representación de la Organización de los Océanos Unidos de la Tierra. Estamos aquí para proteger y defender sus instalaciones. Todas las naves que se encuentren libres en el agua trasládense inmediatamente a otro lugar más seguro.

»Repito: aléjense inmediatamente...

Y acababa de suceder una de las poquísimas cosas que hubieran podido

sobresaltarla, de modo que Stark, a pesar de ser Stark, tuvo que levantarse muy lentamente de su sillón de mando con una mirada de completo asombro en el rostro.

—Nathan Bridger... —murmuró.

Maxwell corrió apresuradamente hacia ella, con los ojos muy abiertos y llenos de espanto.

—¡Comandante! ¿Lo ha oído? Bridger es...

—Sí, lo he oído —le interrumpió ella, evidentemente molesta. ¿Acaso se pensaba que se había quedado sorda de repente? De todas maneras, lo que sí estaba era asombrada. El rumor que corrió por toda la flota era el de que el viejo Bridger «Calzoncillos de Hierro», justo a la mitad de la construcción del más poderoso submarino que nunca se hubiera visto surcar las aguas del mundo, de pronto perdió el norte y se retiró a una isla desierta, y que allí se aisló del mundo, como una especie de Próspero lunático con un puñado de ordenadores, para dedicarse, por así decirlo, a la investigación. De modo que Stark parpadeó, preguntándose qué demonios habría tenido el suficiente poder para arrancar a aquel hombre de su autoimpuesta soledad, porque se decía que había rechazado numerosos intentos de volver a sacarlo de su retiro—. No creí que regresase nunca...

Maxwell, sin embargo, que no tenía noticias de la historia de aquel hombre, estaba mucho más preocupado por otras cosas.

—¿Qué está haciendo aquí?

—No lo sé —respondió Stark.

—¿Y si ha sido capaz de localizar el sabotaje y lo ha solucionado?

Stark estaba muy ocupada considerando todas las posibles ramificaciones de aquella súbita aparición.

—Bueno, estoy completamente segura de que lo ha localizado —comentó con aire ausente—, pero también de que no ha solucionado nada. No hay manera de hacerlo.

De eso estaba más que segura. Aquel barco era uno de los más complejos, en términos de hardware, de todos los barcos construidos hasta entonces; los antiguos transbordadores espaciales apenas si eran más complicados. El *seaQuest* se construyó para que no necesitase prácticamente nada en lo referente al mantenimiento, y la mayoría de sus sistemas más importantes estaban protegidos por exceso, en lugar de tener a mano componentes de repuesto y de reserva. Cualquier cosa que se rompiera tenía un sistema idéntico justo detrás y otro más atrás, y así hasta seis o siete capas; más que suficiente incluso para llevar a cabo una travesía muy larga. Sin embargo, contra lo que no estaba protegido era contra la posibilidad de que el exceso de sistemas se volviera en su contra, una situación que astutamente había elaborado e instalado Stark después de que la relevaran del mando.

La idea le pasó por la mente más de una vez mientras todavía ocupaba el sillón de

mando del *seaQuest*, hacía de eso ya mucho tiempo. Stark tomó la determinación de que, mientras ella siguiese en servicio activo, nadie más estaría al mando de aquella nave sin su permiso, porque un arma tan poderosa era demasiado importante para confiársela a unas manos con menos talento, o menos fieles, que las suyas. Consideró detalladamente cómo convertirse, en esencia, en guardiana del *seaQuest* y, de pronto, después del incidente acaecido en la Fosa Livingston, se encontró con que iba a tener que empezar a ejercer aquel papel de guardiana. Como ya había pasado tantísimo tiempo planeándolo todo, sólo le llevó dos semanas, entre programar e instalar subrepticamente el dispositivo en la sentina, la tarea de implantar los accesos del virus de duración indefinida que le demostraría a la Flota el gran error que habían cometido al quitar a Stark del timón de aquella nave. La primera vez que el *seaQuest* entrase en acción fracasaría estrepitosamente e incluso había posibilidades de que acabara destruido. Pero Marilyn Stark creía que no; más bien sospechaba que el barco escaparía y se arrastraría hasta un puerto. Se produciría un cierto alboroto entre la jerarquía naval y, antes o después, llegaría la orden: puesto que nadie más sabe manejar este barco, que venga Stark. Volverían a llamarla, aquellos que la revelaron del mando caerían en desgracia y ella, a la chita callando, eliminaría el virus y le enseñaría a la Marina cómo había que capitanear un barco como aquél.

Sin embargo, todos sus planes parecían haberse hecho pedazos, aunque, en realidad, se sentía más insultada que enfadada, porque ¡mira que entregarle su barco a un oficial en excedencia, a un vagabundo de playa, a un cobarde que había huido del cumplimiento de su deber...!

—Atención, *Delta-IV* —se oyó la voz calmada del vagabundo de playa—, estoy dispuesto a aceptar su inmediata e incondicional rendición. De otro modo, me veré obligado a disparar contra ustedes. Tienen veinte segundos para comunicarme su respuesta.

Marilyn Stark se acomodó en su sillón de mando y esbozó una sonrisa.

«Veamos si sirve de algo», pensó Nathan, y cerró el canal.

—Control de armas —ordenó—. Inunden todos los tubos y abran las puertas exteriores y los pistones de proa.

Se produjo un silencio pleno de asombro.

—Pero, señor —se oyó dubitativa la voz de Phillips, el oficial de armamento—, ¡solamente el tubo número uno tiene algo en su interior!

—Ya lo sé —repuso Nathan—, pero usted haga lo que le digo. Es cuestión de amartillar la escopeta, de hacer todo el ruido del mundo. —Más para sí mismo que para los demás, añadió—: Puede que no seamos peligrosos, pero vaya si podemos aparentarlo...

—Comandante, el *seaQuest* ha inundado todos los tubos de torpedos y las puertas exteriores se están abriendo.

Stark se levantó del sillón y miró fijamente a su jefe de sensores.

—Y, dígame..., ¿se detecta algún dispositivo de puntería?

El hombre lo comprobó en su tablero.

—Ninguno —respondió con cautela, como si pensara que se trataba de alguna trampa.

Stark movió la cabeza negativamente y miró con aire de suficiencia a Maxwell, sonriendo porque lo que había supuesto se corroboraba.

—Bridger nos lo machacaba siempre en la academia —dijo finalmente—. Lo primero que hay que hacer antes de lanzar un torpedo es poner en funcionamiento los dispositivos de puntería. Si él no está haciéndolo ahora, sólo puede ser porque no tiene armas. Se está tirando un farol. El *seaQuest* es un blanco fácil.

Dio un paso adelante, con el corazón henchido porque por fin, tras tan larga espera, llegaba el momento de su venganza.

Después de aquello, su vida se abría ante ella, podría hacer cualquier cosa...

—Inicie secuencia de tiro, señor Maxwell —ordenó en voz baja—. Todos, los seis tubos.

—Pero eso llevará casi un minuto.

—Ya lo sé. —Stark tenía una expresión soñadora en la mirada mientras contemplaba las imágenes que se le formaban en la mente—. Quiero hacerlo saltar fuera del agua. Ya es hora de que el estudiante se convierta en profesor.

Capítulo 13

—Adelante, control de armamento —dijo Nathan—. Hable.

La voz de Phillips, desde el puesto de control de armamento, sonó más bien sombría, tanto como sus propias perspectivas.

—¡Tiene usted un único torpedo de E-plasma, señor, el tubo número uno! ¡Y me temo que eso es todo! ¡Además seguimos sin puntería!

Ford alzó la vista de su puesto, alarmado.

—¡El *Delta* se está situando en posición de ataque! ¡Se prepara para disparar!

Bridger permaneció sentado, sopesando las opciones que tenía. Por poco que le gustasen, no le quedaba más remedio que llevarlas a término.

Bajó la mano y apretó un botón de su tablero de mando con firmeza.

—Muy bien, amigo mío —murmuró—, ya estás en camino. Realiza tu hazaña. Y que Dios te acompañe...

Miró fijamente a un lado, a una de las pantallas del tablero de las sondas WSKR, y alargó el cuello para ver más allá de Ortiz. La pantalla de Júnior mostraba lo que él estaba buscando: la tronera controlada de estribor, una diminuta hendidura en el oscuro forro del casco, lo suficientemente pequeña, en contraste con el resto de los trescientos metros del casco, como para pasar inadvertida si uno no miraba con mucha atención. Una delgada silueta plateada salió de ella a toda velocidad, con la palidez de su cuerpo interrumpida hacia la parte delantera por las correas de un arnés. «Darwin..., ¡caza...!», pensó Nathan.

Unos segundos después O'Neill le avisó:

—¡Todas las naves pequeñas se han retirado ya de la zona, señor!

Eso al menos era un alivio. Ortiz levantó la vista y dijo:

—¡El submarino rebelde nos tiene en su punto de mira, señor!

«Fantástico. Pero más vale que sea a nosotros y no a los colonos, supongo», se dijo Nathan.

—Señor, las puertas de nuestro torpedo están abiertas y listas para disparar —le comunicó Ford. Pero Nathan no hizo nada, no dijo nada; se limitó a seguir esperando—. Comandante —le apremió el oficial—, ¡nuestra única posibilidad es ser los primeros en disparar!

De buena gana hubiera sonreído de oreja a oreja al ver a su segundo comandante intentando enseñarle a su padre a hacer hijos; sólo que él estaba esperando algo y no se atrevía ni a respirar, y apenas a pensar, hasta que aquello ocurriera. Levantó una mano para mantener a Ford callado un poco más de tiempo y se inclinó adelante en el sillón de mando y tragó saliva, esperando...

—¡El *Delta-IV* está inundando todos sus tubos de torpedos, señor!

Nathan miró a Ortiz.

—¿Todos los tubos? ¿Está seguro?

—Sí, señor. Seis tubos. Los pistones de proa están cerrados aún, no... ¡Ecuación de presión, los pistones de proa se están abriendo cíclicamente!

Desde luego, Loner, la sonda WSKR más adelantada, se encontraba ya lo suficientemente cerca del *Delta* como para mostrarlo en sus pantallas: los oscuros fosos de las compuertas abriéndose y, en lo más profundo de sus gargantas, perfectamente visibles para la superaguda visión de la sonda, las sombrías y brillantes narices de los torpedos, preparados para salir disparados. Nathan los contempló, fascinado por aquella visión, como un pájaro podría quedar fascinado por una serpiente. «No permitas que esa mujer te obligue a precipitarte. Espera un momento, espera...»

—Ella nunca supo cuándo debía abandonar —murmuró, mirando fijamente en las pantallas el perfil del *Delta-IV*, allí suspendido, negro sobre oscuro, y pensó: «Piensas hacerlo a lo grande, ¿eh? No quieres que tengamos ni la más mínima posibilidad de volver a casa ninguno de nosotros, pero en especial ninguno de los inocentes que te vieron llevarte la peor parte en nuestra última escaramuza. Bien, pues tengo noticias para ti.»

Pero, al mismo tiempo, Stark le daba lástima, tan absolutamente incapaz de enfrentarse a lo que habían hecho de ella todos esos años de vivir al borde de la violencia. Su único refugio había sido meterse de lleno en ella. Él mismo no se vanagloriaba de que su propia solución hubiera sido mejor en ningún aspecto; pero, al menos, quitándose del medio no había matado a nadie.

Excepto a Carol... Sacudió la cabeza para desechar esa idea. De nada servía recrearse en ella.

Pero es que tal vez a Darwin también...

—¡Venga, venga ya, dime algo...!

Y en una de las pantallas una cosa plateada brilló en la oscuridad, algo que se movía velozmente, cruzado por las bandas del arnés.

Nathan se inclinó hacia delante, observando, sintiendo literalmente el corazón en la garganta; apenas podía respirar y los latidos del corazón más parecían los tambores salvajes de alguna mala película antigua. Darwin nadaba velozmente por debajo del casco del *Delta*, dirigiéndose al punto central del barco, y cerca de su cabeza una diminuta chispa de luz intermitente le acompañaba. Fue en aquel momento cuando Nathan se hizo cargo realmente por primera vez del tamaño del barco, porque Darwin sólo medía un metro y medio de largo y le estaba costando mucho llegar a la zona del objetivo, mucho más tiempo de lo que Nathan había pensado. «¡Venga, venga, Darwin!»

El resto de la tripulación que se encontraba en el puente también miraban, paralizados. De pronto hubo un súbito acelerón y Darwin se lanzó disparado, ya casi

había llegado. Salió del campo visual de Loner, justo al otro lado de la curva del fondo del *Delta*...

Y la imagen cambió a otra proporcionada por Júnior; la WSKR número tres había estado descendiendo silenciosamente durante todo aquel tiempo, demasiado lento seguramente para no ser detectada, como si no fuera más que otro trozo de los restos del minisubmarino que el *Delta* había hecho pedazos. En la pantalla todos pudieron contemplar el furtivo ascenso de Darwin directamente hacia el casco del *Delta*. Júnior tomó en primer plano la cabeza del delfín cuando éste se giró y pegó contra el casco del submarino rebelde la correa que sostenía. Algo oscuro pareció quedar adherido allí y la cinta quedó colgando, balanceándose con la corriente. Darwin hizo una pirueta hacia abajo, se dio la vuelta y se puso a nadar hacia el *seaQuest* como un relámpago; y, mientras tanto, un débil destello verde brotó del objeto oscuro que había dejado en el casco del *Delta*, y otro destello, y otro...

—Acerquémonos un poco más —ordenó Marilyn Stark—. Quiero estar segura de que lo partimos en dos...

De pronto giró la cabeza bruscamente al empezar a resonar por todo el barco un silbido agudo e intenso.

Se dio la vuelta en redondo en el asiento.

—¿Qué demonios es eso? —gritó.

Sus oficiales la miraron impotentes, y con la misma impotencia ella les devolvió la mirada. No a ellos, sino al indicador que señalaba que había algo en el casco, una masa pequeña que emitía señales de radio además del sonido. El silbido resonó de nuevo, y otra vez más...

—No —murmuró Stark, negándose a creer lo que el indicador le decía—. ¿Cómo ha podido hacer eso? ¡Nos ha... marcado!

El silbido metálico resonó también por todo el *seaQuest* y Nathan se alegró más de oír aquel sonido que ningún otro de los que hubiera oído en su vida.

—¡Tenemos la señal del objetivo, capitán! —avisó Hitchcock a gritos y en tono triunfal—. ¡Fuerte y clara! Distancia, doscientos setenta...

El oficial de armamento, Phillips, se dio la vuelta en su tablero de control con la expresión de un hombre al que se ha indultado cuando ya estaba en el patíbulo.

—¡El torpedo está fijado en dirección al blanco, capitán!

Bridger apretó con fuerza las mandíbulas y de repente se sintió horriblemente seguro de que todo y todos se le venían encima en espiral, esperando una palabra suya, una orden. Y la dio.

—¡Fuego!

Stark abrió con un movimiento rápido el tablero de seguridad de su sillón de mando y su largo y estilizado dedo oprimió suavemente el botón de disparo. Las seis luces de confirmación se encendieron; pero, en vez de producirse el firme resplandor de un lanzamiento, permanecieron intermitentes, unos ojos pequeños y rojos que la miraban parpadeando todos a la vez, desafiándola a ver qué hacía al respecto. Volvió a oprimir el botón, apretándolo con el pulgar, y una vez más, y otra; pero siguió sin obtener nada más que el parpadeo, el parpadeo, el parpadeo... «Me ha fallado. La maquinaria me está fallando igual que me fallaron los hombres. No hay derecho. ¡No es posible que esto esté ocurriendo!», pensó con desesperación y, con la boca torcida en una desagradable mueca, dio la vuelta a su sillón y descargó toda su hosca mirada en Maxwell.

—¿Por qué no disparamos, maldita sea?

—¡Las compuertas de nuestros tubos no se abren, comandante! —respondió Maxwell, en un tono cargado de desesperación—. ¡La secuencia de lanzamiento estará lista dentro de... otros ocho segundos!

Pero el silbido continuaba sin interrupción y Stark oía ya progresivamente más alto el zumbido de un torpedo acercándose; si era real o sólo fruto de su propia imaginación, daba igual. Cuando el jefe de sensores se giró para mirarla, con la cara más blanca que el papel, ella comprendió cuál era la verdad. Pero tampoco importaba. Ya no. Nunca...

—¡El *seaQuest* ha disparado! Un torpedo fijado en el blanco... a noventa metros y acercándose...

Marilyn miró brevemente a Maxwell, adoptó un gesto de resignación y dijo:

—No tenemos ocho segundos. Ya no tenemos tiempo en absoluto. —Movié la cabeza lentamente de un lado a otro y enseñó los dientes en lo que hubiera podido ser una sonrisa—. Bridger...

La imagen que enviaba Júnior lo mostraba con más claridad de lo que Bridger lo había visto nunca antes, o de lo que había querido verlo. El torpedo avanzó a gran velocidad, moviéndose ligeramente al pasar las correcciones de rumbo desde la cabeza autodirigida a las superficies de control, hasta que el *Delta* centró toda su atención. Y, finalmente, el golpe; la cubierta del torpedo estalló en pedazos, a causa del impacto y de su propia carga explosiva interna, y liberó la carga activada de E-plasma, que reventó con una fuerza terrible y se agarró, como una estrella de mar hambrienta, al casco del *Delta*, lanzando zarcillos de deslumbrante energía blanquiazul que se extendieron reptando en todas las direcciones, y hasta el veinte por ciento de carga que llevaba fue demasiado para el vetusto casco de acero oculto

bajo el blindaje realizado a base de remiendos. El casco empezó a agrietarse, se abrió hacia fuera como la cáscara de un huevo golpeado desde dentro, y los seis torpedos salieron despedidos de los tubos y se elevaron en espiral, incontrolados e inofensivos.

El *Delta* empezó a hundirse a la deriva lentamente, muy lentamente, con las grietas extendiéndose por todo el casco, sin control alguno del timón y aún avanzando suavemente por inercia hacia una de las enormes simas de bordes irregulares de la planicie submarina; y lentamente, muy lentamente cayó en su interior. Resultaba extraño ver cómo algo tan macizo, tan pesado, de pronto parecía tan ligero como una pluma y descendía a la deriva hasta adentrarse en la oscuridad, en la negrura de la sima, aún más negra que la propia nave.

Las tres WSKR se quedaron dando vueltas por encima de la sima. Primero, Loner y, luego, Mother bajaron tras el barco que se hundía. Detrás de ellas, Júnior titubeó sólo un momento, suspendida sobre el borde de la sima mientras seleccionaba alguna de las varias señales en conflicto. A continuación, como si tomara la decisión de descartar un blanco pequeño por otro mucho mayor, se apresuró a seguir a sus compañeras.

En el puente del *seaQuest* había un estruendo infernal; los miembros de la tripulación daban vítores, se reían aliviados y se estrechaban las manos unos a otros.

Bridger permaneció unos largos segundos sentado en el sillón de mando, mirando al frente y pensando, o intentando no hacerlo. Bajó fugazmente la vista hacia su mano, que seguía sobre el interruptor, completamente firme, como si el interruptor de control no tuviera más importancia que un interruptor de la luz.

Ford se acercó a él sigilosamente.

—¿Dónde está Darwin? —le preguntó Nathan con la boca seca todavía.

—Volvió a bordo hace cinco minutos. Westphalen está abajo quitándole el respirador. —Nathan asintió en silencio, sin moverse. Ford miró la mano posada sobre el interruptor, todavía firme como una roca, y agregó—: Supongo que nunca se pierde el hábito, señor.

Nathan hizo un gesto negativo, con tristeza.

—No —sentenció con la voz llena de pesar, una voz obsesionada por el pasado que cosechaba inevitablemente sus amargos frutos—. No, creo que no...

Nathan se encargó de que la situación se estabilizase: se desplegaron las WSKR para que no perdieran las cosas de vista, se enviaron equipos en TeamCrafts para ayudar a la gente del puesto de investigación a reparar los daños sufridos, y para ayudarlos también a recuperar a sus muertos, y se enviaron otros TeamCrafts a examinar los restos del *Delta* por si hubiera algún superviviente.

Luego, fue a echar un vistazo por el barco para ver cómo seguían las reparaciones y asegurarse de que la gente se encontraba bien después del ataque. Casi lo primero que vio por el pasillo de babor fue a tres militares que se cruzaban con un par de miembros del equipo científico y los miraban con cautela, como si temieran que estuvieran a punto de hacer explosión. «Se acabó aquello de que todos nos hagamos rápidamente amigos después de lo que hemos pasado juntos. Todavía nos queda mucho por hacer», pensó Nathan al acercarse a él los militares.

Cuando pasaron junto a Bridger, hicieron el saludo militar y uno de ellos dijo:

—Hola, señor.

Y otro:

—Buen trabajo el de hoy, señor.

Mantuvieron el saludo y Nathan se limitó a hacer una inclinación de cabeza y siguió caminando, dejando que se lo tomaran como les pareciese. A él también iba a costarle mucho volver a acostumbrarse a las formalidades del servicio.

Tendría que abandonar un montón de viejos hábitos, porque si uno elige pertenecer a un ejército, tiene que estar de acuerdo en formar parte de él sin querer revolucionarlo todo... demasiado.

Sonrió con ironía y continuó adelante, avanzó por el pasillo y bajó por unas escaleras para ir a la cubierta superior. Cuando estaba a la mitad de las escaleras divisó a Ford, que se dirigía hacia él por el pasillo, aparentemente buscándole.

—Perdone, señor. —Nathan terminó de bajar las escaleras y se reunieron mientras él empezaba a caminar por el pasillo—. El equipo de reconocimiento acaba de regresar del *Delta* hundido. Traen supervivientes.

Bridger se quedó pensando durante un momento.

—Ponga vigilancia en uno de los compartimientos de popa y habilítelo como prisión provisional hasta que regresemos a Pearl. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Stark...?

Ford movió negativamente la cabeza y contestó:

—Pero, según el equipo de reconocimiento, tampoco se hallaba entre las víctimas.

En cierto modo, aquello no le pareció sorprendente a Nathan.

—¿Estaba el minisubmarino del *Delta* en su sitio?

Ford le echó un vistazo a su tablero electrónico portátil para comprobar si la información estaba actualizada.

—Según los informes no había ninguno, señor. ¿Cree usted que quizás ella...?

Nathan pensó en ello durante unos instantes y luego se encogió de hombros. En aquel preciso momento no importaba mucho; pero tenía que pensar, aunque fuera brevemente, en qué haría Marilyn después de todo aquello si continuaba viva. ¿La destrozaría moralmente una derrota como aquélla? ¿Estaría más determinada que

nunca a recuperar lo que le pertenecía..., es decir, lo que ella consideraba que le pertenecía? No dejaba de ser una pequeña pesadilla persecutoria, y obsesionante en las noches demasiado tranquilas. El mar era grande y oscuro, y en él existían muchos lugares donde esconderse para lamerse las heridas y recuperar las fuerzas. Y ella ya lo había hecho una vez. Podría volver a hacerlo...

Caminaron juntos sin decir nada durante unos momentos, observando cómo la tripulación lo iba poniendo todo en orden y asomándose a alguna puerta al pasar.

—Señor... —empezó a decir Ford entonces, y Nathan le miró mientras continuaban caminando—, la tripulación está muy orgullosa de lo que ha hecho usted hoy. Ha sido muy emocionante..., para todos nosotros..., tener ocasión de ver al viejo Nathan Bridger en acción.

Nathan asintió con la cabeza, sintiéndose más que un poco melancólico.

—A ése es al que ustedes han visto hoy, comandante. A ése es exactamente a quien han visto...

Pero ¿por qué se sentía tan desconcertado? Le habían devuelto a ese barco creado por él, al puesto que anheló, por el que luchó día y noche... y del que luego se apartó pensando que nunca volvería a verlo. Y descubría después que no había hecho otra cosa sino engañarse. Se compadeció de sí mismo por habersele concedido el deseo de su corazón...

—Señor —oyó la voz de Ford de nuevo. Nathan le miró con cierta sorpresa, creyendo que el sombrío tono de su voz habría bastado para alejar a la mayoría de las personas. Pero estaba claro que Ford tenía otras cosas en la cabeza en aquel momento. Le vio titubear; era evidente que estaba haciendo un gran esfuerzo—. Capitán, yo... —Nathan dejó que se tomase su tiempo—. Me gustaría... Quiero disculparme por no haber sido del todo sincero con usted —dijo finalmente—. Fue un error y lo lamento. Sólo estaba...

—¿Cumpliendo órdenes? —le interrumpió Bridger, con amable ironía.

Ford le miró.

—Sí, señor.

—Bueno, supongo que alguien tiene que... Pero recuerde después de esto que, antes de utilizar las armas de que se dispone, hay que intentar emplear la cabeza.

—Sí, señor.

Nathan dejó escapar un suspiro.

—En cuanto el equipo de reconocimiento se haya acomodado, emprenderemos el camino hacia Pearl.

—¿Le gustaría al capitán hacerse cargo del timón?

—Estoy seguro de que usted puede encargarse perfectamente de eso, comandante —respondió Nathan.

—A la orden, señor.

Y Ford fue a ocuparse de ello.

Nathan continuó camino de la cubierta superior.

En el tanque, Darwin trazaba perezosamente círculos, boca arriba la mitad del tiempo. Un pez cayó en el agua cerca de él; se trataba de una caballa y Darwin la atrapó sin detenerse.

—¡Gracias!

—Soy yo quien debe darte las gracias a ti —repuso Nathan, sentado en el borde del tanque—. Hoy has arriesgado tu vida, por mí y por este barco.

Darwin abandonó su posición boca arriba y miró a Nathan según trazaba su último círculo.

—Gustar, este barco.

—¿De veras?

—Sí —confirmó Darwin, mostrando en la voz cierta sorpresa porque necesitase preguntárselo—. Cómodo. Muchas cosas... fascinantes. Cosas que hacer. ¿Nos quedamos... un tiempo?

Nathan permaneció sentado, mirando fijamente a la caballa que tenía en la mano, que le devolvió su mirada quieta, no muy expresiva. Levantó la vista de nuevo y vio que Darwin estaba a su lado, con la cabeza apoyada en el canalillo de desagüe, mirando a Nathan y esperando.

—No lo sé —le contestó por fin—. Toma.

Le ofreció el pez y Darwin lo cogió, se lo tragó entero y permaneció allí apoyado, mirando a Nathan.

Esperando...

Su camarote estaba en penumbra. El estrecho marco dorado destelló opaco con la débil luz cuando Nathan sacó de él la fotografía, intentando por un momento estudiarla objetivamente, como si se tratara de la fotografía de una extraña. La fotografía era de una mujer de cuarenta y tantos años, sonriente, que llevaba un vestido veraniego de algodón y con el cabello rubio echado hacia atrás por la brisa; el rostro era sereno y aparecía feliz.

Lentamente, Nathan se acercó a la disquetera de imágenes del ordenador, deslizó la fotografía sobre la placa de vidrio y marcó la contraseña en el teclado. Las luces se oscurecieron aún más...

El holograma efectuó primero unos giros hasta que acabó de formarse; y de pronto allí estaba ella, quieta, casi sorprendida entre una respiración y otra, en pleno fluir de vida y alegría. Nathan se acercó, casi incapaz de respirar él mismo ante aquella visión. Si se moviera, si hablara...

Alargó un brazo.

La mano pasó a través.

Nathan soltó el aire de los pulmones, fue a una silla cercana y se sentó sin dejar de mirar la imagen. Si al menos pareciese que respiraba, aunque sólo fuera...

—He estado trabajando en un dispositivo para el movimiento —se oyó decir a una voz a su espalda. Nathan miró hacia atrás por encima del hombro. Lucas estaba allí de pie—. Todavía no he logrado fijar bien el procedimiento. —Parecía muy sumiso al mirarle, y Nathan se preguntó qué sería exactamente lo que había en su propia expresión para causar aquella docilidad—. La puerta estaba abierta —se disculpó Lucas.

Nathan asintió con la cabeza, y el chico entró lentamente, contemplando la imagen, y dijo:

—Es muy bonita.

—Sí —convino Nathan en voz baja—. Lo era.

Lucas parecía vacilante, nervioso.

—Sólo venía a decirle que me pareció... efectivo el modo en que llevó usted la situación hoy.

A Nathan no le quedó más remedio que sonreír abiertamente.

—¿Efectivo? Gracias.

Se hizo un embarazoso silencio.

—Entonces —se decidió por fin Lucas—, ¿va usted a quedarse, o qué?

Nathan se sintió vagamente sorprendido. ¿Qué más le daba una cosa u otra, después de todo? ¿Y por qué se quedaba pensándolo tanto, en lugar de decir sencillamente que no y mandar al muchacho a ocuparse de sus propios asuntos?

—No es tan sencillo —respondió.

—¿Por qué no? A usted le gusta esto, ¿no? Quiero decir, ¡éste es su barco!

Y así era, en cuerpo y alma; de un modo físico y real, mucho más físico que esa imagen que los sistemas del barco hacían posible...

—Le hice una promesa a una persona —confesó en voz baja.

—¿A ella?

Nathan asintió.

Lucas se puso a su lado y, para asombro de Nathan, se sentó y estuvo mirando la imagen durante lo que pareció un largo rato.

Luego, muy bajito, preguntó:

—¿Eran felices?

Nathan se sorprendió por la seriedad de la pregunta, y aún se sorprendió más de que Lucas fuera capaz de ponerse tan serio.

—Sí —contestó, y sintió que acababa de hacer una afirmación exageradamente modesta para describir a su amante, a su mejor amiga, a la que fue su esposa durante

veintisiete años—, lo éramos.

Lucas movió la cabeza con incredulidad.

—Mis padres nunca fueron felices —reconoció—. Quiero decir que ni siquiera soportaban estar juntos en la misma habitación. Siempre hacían lo posible por molestarse el uno al otro, intentando que el otro se sintiera hecho una mierda. Me acuerdo de que yo deseaba que se divorciasen de una vez para acabar con todo aquello...

—¿Y por qué no se divorciaban?

Lucas soltó un suspiro.

—Decían que cuando se casaron prometieron permanecer juntos para siempre. —Hizo un movimiento negativo con la cabeza—. Supongo que no contaban con que las cosas cambiaran.

Nathan miró al chico y pensó: «Siempre sorprendentes los críos. El cambio... a todos nos llega. ¿Qué es lo que supone más valor, echarse atrás ante lo nuevo y lo peligroso, invocando viejas promesas, o rehacer las promesas... y tratar de obrar mejor y ser más juicioso en la siguiente ocasión?»

Encima de sus cabezas, se oyó una llamada por el altavoz general:

—¡Capitán al puente! ¡Capitán al puente!

Nathan permaneció sentado donde estaba, contemplando la imagen de Carol. A su lado, Lucas también la miraba, deseando... ¿quién sabía qué?

Pero Nathan sí sabía lo que él deseaba, por fin.

Se puso en pie lentamente, tomó aire y dijo:

—Me parece que eso va por mí.

Se encaminó hacia la puerta.

El puente estaba muy tranquilo cuando Nathan llegó; sólo una mínima parte de la tripulación se encontraba en su puesto. Justo después de cruzar el umbral, las luces se debilitaron bruscamente.

«Oh, no», pensó. Pero Hitchcock se dirigía a la escotilla en ese momento y al ver la expresión de Nathan sonrió.

—No se preocupe, señor. Es el casquete que simula la noche. Oscurecemos las luces durante seis horas de cada veinticuatro.

—Para dar una sensación de noche y día —asintió Nathan—. Muy bien. Gracias, teniente.

Hitchcock le devolvió el saludo con una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, señor.

Nathan entró despacio, disfrutando de aquel vacío, de aquella paz. Se detuvo en medio de la estancia y miró hacia las pantallas frontales y a la oscuridad del mar. Ford se puso a su lado y permaneció de pie junto a él, silencioso durante un momento

y contemplando la oscuridad exterior. Luego dijo:

—Estamos en contacto con el mando de la OUT, señor. El almirante Noyce... —
Hizo una pausa y añadió—: El almirante pregunta si el capitán Bridger está disponible para hablar con él.

Nathan estuvo un momento más contemplando la oscuridad del mar, varios segundos. Finalmente, se volvió hacia Ford.

—Sí, comandante. Dígale que el capitán Bridger está a bordo.

Ford sonrió y se dirigió a su puesto. Bridger, por su parte, se acercó al sillón de mando, lo miró durante un momento y se dejó caer en él, aceptando por fin el lugar que le correspondía. Permaneció allí sentado y quieto unos segundos y, luego, alargó la mano hacia el enlace de comunicaciones y le dio un golpe con la palma.

—Tú y tu puñetero helado de regaliz —dijo.

Como una sombra entre las sombras, en lo más profundo y completamente en calma, el *seaQuest* siguió avanzando rumbo a Pearl, y rumbo a la mañana siguiente.

